

MISIÓN: IMPARABLE

*Claves misionales para la plantación de iglesias
contemporáneas*

Por Fernando A. Mora C.
Llano Alto, Venezuela
2014

Tabla de Contenido

Tabla de Contenido	2
Prólogo	3
Introducción	4
Jaque Mate: el objetivo del juego	7
Impulsos misionales: ¿centrífugos o centrípetos?	10
Recuperando el valor de lo sencillo y lo cotidiano	14
El retorno a lo orgánico	20
Recetas para el crecimiento	24
Constructores de iglesias	31
Una iglesia apostólica	35
Apóstoles invisibilizados	43
El trabajo como apostolado	51
Movimientos de plantación de iglesias	60
Anatomía de un movimiento plantador de iglesias	67
La ciudad: un campo infinito de misión	72
Conversando en la plaza	80
Una imagen vale más que mil palabras	86
Predicando y experimentando el Reino	90
La medida del éxito	97
Llevando el mensaje de Cristo donde no sea conocido	106
Innovación y Resistencia al Cambio	116
Acerca del Autor	123

Prólogo

En el año 2007 puse a la disposición de muchas personas un libro previo con el mismo título. Se trataba de un texto ambicioso donde hacía un comentario del libro de Los Hechos desde una perspectiva misionera. Sin embargo, el material resultó ser muy largo y detallado y me pareció que su utilidad era limitada. Aparte de que no soy biblista experto. Por estas razones pongo a la disposición de misioneros y plantadores de iglesias esta nueva versión que contiene algunos temas de la original pero con nuevas secciones y una revisión completa del material. Ya no se lee como un comentario bíblico sino más bien como un ensayo de reflexión acerca de la inmensa tarea que tenemos por delante en cuanto a la misión cristiana en el mundo contemporáneo.

Hago esta revisión casi diez años después que comencé a escribir el texto original. Han sido años duros a nivel personal y en lo que respecta a la situación política, social y económica de mi país. Mi esposa y yo, hemos pasado un largo tiempo de reevaluación de nuestras creencias acerca de la iglesia, su organización, su misión. Al experimentar con varias formas de iglesia con aciertos y fracasos, hemos tenido que hacer correcciones y vuelto a comenzar en varios casos. También nos tocó vivir un lapso de tres años fuera de Venezuela y allí experimentar la comunidad cristiana desde otros ángulos. Como consecuencia de este proceso, surgieron muchas reflexiones, preguntas, dilemas y crisis.

En gran medida este texto contiene mis reflexiones sobre la plantación de iglesias, pero vinculadas con aspectos fundamentales de la misión de la iglesia contemporánea que están en este momento sobre el tapete y ameritan una discusión mucho más amplia y profunda que lo que este libro puede ofrecer. Por eso mis respuestas o propuestas no pretenden ser completas pues se trata de problemas complejos, mi labor se limita a exponerlas, reportarlas, verbalizarlas. En la escritura de este libro he investigado bastante y por ello he tratado de citar las referencias más pertinentes para beneficio de los lectores. Como siempre, una de mis expectativas es que la lectura de este libro produzca muchas conversaciones y anime nuevas experiencias.

Una persona que ha tenido que soportarme hablando de estos temas durante los últimos diez años es mi esposa Nora. No se cuántos kilómetros hemos caminado juntos, hablando sobre el libro de los Hechos y haciendo conjeturas sobre el mismo y sobre sus aplicaciones a nuestro entorno. Debo reconocer que su óptica de mujer cristiana igualitaria, a veces muy radical, otras muy sensible y misional, me hizo cambiar no pocas líneas. Han sido años donde en ocasiones la soledad nos ha abrumado, y en los que nos damos cuenta que las ideas misionales no son tan fáciles de llevar a la práctica por el peso de la tradición y la institucionalización de la iglesia. A pesar de ello, hemos podido seguir adelante tratando de ayudar a otros en este camino. Gracias Nora por ser una gran compañera.

Fernando Mora
Carrizal, 05 de febrero de 2014

Introducción

Como es bien sabido, hasta bien entrado el siglo XX, la iglesia occidental dominaba muchas esferas de la sociedad, en lo ético, político y en lo económico. Muchos autores denominaron a esa iglesia poderosa y arrogante, asociada en gran medida con los imperios occidentales, *la iglesia constantiniana*, fuese ella católica o protestante, pues surge a partir de la absorción del cristianismo como culto oficial del Imperio romano hacia mediados del siglo IV. En un mundo estable, bastante predecible, donde la iglesia estaba bien vista por los gobernantes, esa condición de respetabilidad e importancia de la religión, en paralelo con la vida secular de la humanidad, se podía mantener. Las misiones por su parte se dirigían hacia lugares donde la presencia cristiana era poca o nula. Pero en las ciudades, las parroquias o iglesias locales seguían siendo el enclave de la iglesia y la misión era básicamente mantenerlas vivas animando más y más a los creyentes a participar en los eventos y actividades, especialmente los nominales.

Sin embargo, el estilo de vida mundial experimentó una acelerada transformación en un tiempo muy corto. Hoy en día, las condiciones de la sociedad cambian tan vertiginosamente que cuando las personas logran desarrollar nuevos hábitos o rutinas, ya son obsoletos y necesitan adaptarse a otras situaciones¹. Las estrategias que se diseñan para responder a esas rápidas transformaciones sociales se envejecen muy rápidamente, el uso de metodologías de épocas previas, esa “lógica del pasado” como la llamó Peter Drucker, es desaconsejable pues ellas no están adecuadas al manejo de variaciones tan impredecibles. Si una palabra puede resumir las condiciones de vida actuales es la constante *incertidumbre* en todas las áreas del quehacer humano, incluyendo las creencias religiosas. Lo que se daba por sentado veinte años atrás hoy en día es cuestionado y desechado por inadecuado. En el sentido ético-moral esto produce una situación de inestabilidad que es insoportable para muchas personas habituadas al pensamiento tradicional, pero, por el contrario, produce una nueva generación que, como surfistas en la playa, si saben colocarse sobre la cresta de las olas del cambio social y cultural y así sobrevivir. Solo que estas nuevas generaciones prefieren el diálogo y la experiencia espiritual que la imposición de dogmas religiosos, no responden a fórmulas mecánicas

¹ Bauman Zygmunt, *Liquid Life*, Polito Press, Malden-Massachussets, USA, 2005, 1-2

diseñadas para arrancar conversiones fáciles, más bien, su acercamiento a Dios es progresivo y cauteloso. Así que para alcanzar a estas personas y continuar con la misión cristiana se requiere de nuevas iglesias que puedan adaptar su forma y estrategias de discipulado de acuerdo con el contexto. Una de las nuevas claves misionales es que para lograr su objetivo, la iglesia debería ser ligera de estructuras para que pueda adaptarse al ambiente que la rodea.

Por otro lado, pareciera que la calidad de vida promedio a nivel mundial, especialmente en relación con la convivencia, la ecología y el ambiente, tiene una tendencia avasallante hacia el deterioro. Esta es una realidad muy cercana a nosotros los latinoamericanos quienes aún esperamos con ansiedad el camino hacia el desarrollo para poder salir de nuestra condición tercermundista. Uno de los problemas más graves que estamos confrontando es el crecimiento desproporcionado de las ciudades. En una década más, dos de cada tres seres humanos morará en una urbe que no estará preparada para recibirlo:

Las recién llegadas a la liga principal de las aglomeraciones urbanas, la mayoría de ellas en o casi en bancarrota, tendrán que tratar de acoplarse en un lapso de diez a veinte años con los problemas que le han tomado a Londres o Nueva York más de 150 años en resolver. Lo que por ahora sabemos es que las preocupaciones y temores que plagan a las ciudades antiguas serán minúsculos en comparación con las adversidades que los nuevos gigantes urbanos tendrán que confrontar.²

No es difícil imaginarse lo que esto provoca a nivel humano. Más y más personas acumulándose en ciudades que no fueron planificadas para albergar a tanta gente, individuos sin trabajos, personas desarraigadas, extraídas de sus tierras y familias, gente expuesta a las más variadas clases de creencias, nuevos cultos y religiones. Pobreza, violencia, terror, abusos, desconfianza son característicos de las urbes contemporáneas, como también lo eran en las ciudades donde comenzó la misión cristiana en el primer siglo, solo que ahora están elevadas a una potencia superior. Frente a los riesgos que significa esa agregación de propios y extraños que representa la ciudad, la iglesia se presenta como la comunidad del reino de Dios, donde la justicia, paz y el gozo prevalecen. Así que la dimensión comunitaria de la iglesia, que es otra clave misional,

² Bauman, *Op. Cit.*, pp. 70

debe ser rescatada y vuelta a poner en juego en medio de una civilización postmoderna y globalizada cuya tendencia pareciera dirigirse hacia su autodestrucción.

En cierta medida muchos de los análisis a los que haré referencia en este libro entrarán en conflicto con nuestra experiencia actual y las imágenes que tenemos, muchas de ellas muy nostálgicas y poco misionales, de la iglesia tradicional, convencional, o *constantiniana*. La identificación primaria será con una iglesia que es por naturaleza misionera, desde donde se encuentra en un momento determinado, hasta lo último de la tierra. Donde todos y cada uno de sus miembros son misioneros. Es una iglesia que simplifica sus estructuras por el bien de la misión, que se libera de las jerarquías, aplanándose y llevando a los líderes a colocarse al nivel del resto de la comunidad. Como la misión es la que va marcando la pauta, cada vez que sea necesario una nueva expresión de la iglesia emerge como consecuencia de ello. Por lo tanto, podemos hablar de una iglesia misional emergente que puede ocurrir en cualquier contexto cultural contemporáneo, sea en un barrio de Caracas o en una casa de Managua, entre roqueros de Medellín o surfistas en Río de Janeiro, entre familias acomodadas de Buenos Aires o sencillas mujeres trabajadoras de Maracay. La forma de cada una de estas iglesias es diferente, pero son misionales y emergieron en su contexto particular.

Sin duda estamos ante un nuevo orden de cosas. Pero, como ya dijimos, incluso ese orden es cambiante, líquido, quizás ya se modificó mientras usted leía estas líneas. Como alguien decía, estamos saliendo de la *terra firma* y eso implica que ya no hay más mapas a seguir³, debemos aprender a navegar. Una buena forma de hacerlo es observar a los buenos navegantes, ver como estudian el viento, las olas, usan los instrumentos, modifican el curso dependiendo de las circunstancias, incluso cómo diseñan sus naves. Eso es lo que queremos hacer en los próximos capítulos, preguntarnos cómo la iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, puede navegar las difíciles aguas culturales de su tiempo y seguir alcanzando al mundo conocido.

³ Sweet Leonard, *Aquachurch*, Group Publishing, Loveland-Colorado, USA, 1999, pp. 18

Jaque Mate: el objetivo del juego

Hace unos años atrás tuve un compañero de trabajo en la Universidad Simón Bolívar en Caracas, fanático del ajedrez, que me contó acerca de un libro que Bobby Fisher, el excéntrico excampeón del mundo, había preparado junto con un par de expertos en educación y titulado *Bobby Fisher enseña ajedrez*⁴. Típicamente los libros de ajedrez hasta ese entonces se habían caracterizado por comenzar enseñando las movidas iniciales, las aperturas, los pasos intermedios y luego las finales. Sin embargo, mi amigo me decía que en aquel libro, Fisher sostenía que para aprender a jugar bien ajedrez era mejor comenzar dominando el arte de dar *jaque mate*, lo que para él era la esencia del juego.

Cuando pensamos en el inicio de la misión cristiana siempre releemos el pasaje en Hechos 1:8, esa maravillosa declaración que Jesús le hace a unos discípulos cuyas preocupaciones distaban de la idea de misión:

Sean testigos del reino de Dios, tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8)

Jesucristo no le está hablando a un ejército bien cohesionado, una maquinaria bien aceiteada o un equipo con muchas horas de entrenamiento continuo. En absoluto, sus interlocutores no han dado muestras de mucho coraje, carecen de organización y tienen numerosas limitaciones personales. Sin embargo, Jesús les está describiendo desde el comienzo cuál es el jaque mate en ese tablero donde el reino de Dios lucha por hacerse presente en cada espacio, circunstancia y grupo social. Sin ningún complejo le habla a un pequeño grupo sobre visiones que tienen alcance global. No se trata de la iglesia estructurada y organizada como hoy la conocemos. De hecho, aunque no existe nada que se le puede llamar iglesia aún, él se atreve a pintarles un cuadro en el cual el reino de Dios se extiende hasta los confines de la tierra mediante el testimonio de ellos. Jesús ha creado una narrativa, una idea, una visión y la expresa con palabras que van a dar vida a

⁴ Fisher, B., Margulies, S., Mosenfelder, D. (1966). *Bobby Fisher teaches chess*. New York: Bantam Books.

la nueva realidad del grupo, van a definir sus convicciones más profundas y van a propiciar las acciones que les llevarán al cumplimiento de la encomienda.

Notemos que Jesús no les habla del cómo lograrán esos objetivos, para ello tendrán que esperar cada circunstancia y situación a fin de encontrar las formas adecuadas para expresar ese testimonio en los diversos escenarios que se presenten. Lo anterior permite afirmar que la misión antecede cualquier concepción o definición de la iglesia y que la forma de ésta debería adecuarse a las necesidades detectadas. Esto no siempre es bien entendido ya que generalmente lo que intentamos es forzar estructuras y culturas eclesiásticas antes de entender el contexto y definir la misión. En otras palabras, Jesús describe la misión, pero no presenta ningún procedimiento o metodología para llevarla adelante.

La misión que Dios le había asignado a Jesús en el mundo se transfiere a los discípulos allí reunidos⁵. De la misma manera que el Padre había enviado a su hijo, ahora Jesucristo les envía a proclamar el reino en toda la tierra⁶. Esta es una reminiscencia de otras instancias donde Dios declara y afirma sus planes. Más concretamente, cuando Dios le revela a Abraham que a través de él serían bendecidas todas las familias de la tierra⁷. El pasaje reafirma el hecho de que Dios es el verdadero iniciador de la misión, que ella surge de su amor⁸. “Existe la misión sencillamente porque Dios ama a las personas”⁹.

Al analizar la narrativa que Jesús propone a sus oyentes, aparte de la definición de la extensión de la misión, también describe los contextos en los cuales esa misión va a ser efectuada. “*Jerusalén y Judea*” vienen a representar el alcance de aquellos que son física y culturalmente cercanos; “*Samaria*”, sigue siendo físicamente cercana, pero relacionalmente o culturalmente mucho más lejana; mientras que lo “*último de la tierra*” describe a aquellos que deben ser alcanzados pero que se encuentran lejos tanto geográficamente, como relacional y culturalmente. Así pues, alcanzar al vecino de al lado, quizás no implica el cruce de barreras demasiado grandes desde el punto de vista cultural, pero se considera misión, tanto como alcanzar a personas de otras culturas en nuestro medio o moverse a otros países con diferente idioma y patrones culturales.

⁵ Juan 17:18

⁶ Juan 20:21

⁷ Genesis 12:3

⁸ Juan 3:16

⁹ Bosh D., *Misión en transformación*, Libros Desafío, Grand Rapids-Michigan, USA, 200, pp. 479.

Siempre habrá una frontera que cruzar en términos relacionales, unas más sencillas que otras, pero siempre desafiantes. La primera frontera se refiere al establecimiento de puentes significativos con aquellos que nos rodean, esto siempre es difícil ya que envuelve la toma de riesgos relacionales, especialmente en la cultura postmoderna en que vivimos. Luego el asunto se agrava cuando vemos que pueden existir notables diferencias culturales, aunque las personas vivan muy cerca unos de los otros. Esto se ha complicado hoy por hoy a causa de la globalización y las migraciones, por ello, Samaria para nosotros puede estar sumamente cerca geográficamente hablando. Por último, queda el desafío de alcanzar a quienes viven en regiones alejadas, que trabajan, hablan y piensan en lenguajes y patrones culturales radicalmente diferentes a los nuestros¹⁰.

En todo caso, lo que es notorio del texto es el planteamiento de la misión como una fuerza centrífuga, la cual se va extendiendo progresivamente hacia todas las esferas. No sólo desde el punto de vista geográfico, sino también relacional y cultural. La misión es la de “*ser testigos*”, lo cual implica muchísimo más que simplemente transmitir conocimientos y doctrinas. Se trata de comunicar una serie de vivencias, acciones y noticias vinculadas con la obra de Dios en Jesucristo¹¹. La idea es la de esparcirse a comunidades, pueblos, tribus, naciones, etnias, culturas diversas, culturas emergentes, para ser testigos del hecho de que el reino de Dios se ha acercado y de cómo ello está afectando la vida personal del testigo y la historia. La iglesia surgirá del cumplimiento de esta misión testimonial, al tratar de continuar transmitiendo como cuerpo el mensaje de reconciliación y salvación de Jesucristo. Las implicaciones de esta visión de la misión son enormes, especialmente en una época donde la iglesia ha adquirido un carácter institucional y donde la fuerza de la organización muchas veces opaca la tarea misional.

¹⁰ Winter Ralph, “The New Macedonia”, 351-353, En: *Perspectives*, Winter y Hawthorne (editors), 3a edición, William Carey Library, Pasadena-California, 1999.

¹¹ González Justo, *Hechos de los Apóstoles*, Kairós, Buenos Aires-Argentina, 2000, pp. 49.

Impulsos misionales: ¿centrífugos o centrípetos?

Debo confesar que durante años me atrajo la idea de un “avivamiento”, un “despertar”, una visitación que sacudiese a las iglesias. Una tendencia setentona en mí, llena de idealismos, de espontaneidad, cuasi-anárquica, medio hippie, me acercó al *Jesús Movement*, el mismo que dio origen a varios movimientos cristianos influyentes, entre ellos “La Viña”, donde llegué a apreciar las experiencias personales y grupales con Dios de una manera determinante. Otra tendencia, muy sesentona y setentona, latinoamericana por demás, influida por pensadores sociales y teólogos poco convencionales, me obliga a soñar con la erradicación de la pobreza, la denuncia de la injusticia y la desigualdad, la ruptura de las cadenas, y la liberación de la opresión como objetivos centrales de cualquier mover de la iglesia. No puedo hoy en día concebir un “avivamiento” que no contenga en forma complementaria lo experiencial y lo transformativo, tanto en lo personal como en lo social. Así que a lo largo de mis años he caminado y buscado bastante tratando de encontrar expresiones de la iglesia cristiana que combinen esas inquietudes. En esas andanzas, durante uno de mis viajes para cumplir con actividades académicas, visité una pequeña congregación en una ciudad norteamericana y allí me hablaron de un “avivamiento” que ocurría en Toronto (Canadá). Corría el año de 1994.

Nora y yo reunimos dinero y un año más tarde visitamos aquel sitio. Estábamos muy emocionados pues también sería la primera experiencia conociendo una iglesia de La Viña, organización a la que posteriormente nos asociamos hasta la fecha. Según nos contaron, para enero del año anterior, la pequeña iglesia Airport Vineyard de Toronto no llegaba a las cien personas. Dieciocho meses más tarde, estábamos ante una megaiglesia en plena expansión, con visitantes de todas partes del mundo, entre ellos nosotros, los únicos dos latinoamericanos que en esos días osaron llegar al lugar.

Los reportes hablaban de mucho desorden, de una especie de caos. A nosotros, por el contrario, nos pareció muy organizado todo aquello, incluso hasta había transporte gratuito desde los hoteles cercanos al templo que se había erigido en tan corto tiempo. Quizás lo único “molesto” eran las continuas interrupciones al predicador de turno por causa de algunos gritos, risas, gemidos o llantos, o bien alguien que caía en éxtasis y hacía una que otra extravagancia. Pero las instalaciones eran estupendas, el sonido y la

música de primera, los baños limpios, el restaurant económico y la librería bien surtida. No creo que esto guardara mucho parecido con aquella iglesita de la calle Azusa en 1906, ni con las pequeñas congregaciones pentecostales de mi ciudad donde había mucho ruido, danza, liberaciones y manifestaciones que iban desde los temblores en el cuerpo a las vociferaciones de lenguajes desconocidos.

Al igual que nosotros, miles de personas fueron hasta estos centros de avivamiento en busca de un nuevo Pentecostés. Quienes lo hacían tenían el anhelo de “atrapar el fuego”, al decir de un slogan que publicitaba estos eventos, o de vivir una nueva experiencia que le diera sentido a sus vidas. Sabían que había algo rutinario y sin sabor en sus congregaciones y por ello hacían el esfuerzo de viajar a los lugares más distantes del mundo en busca del soplo del Espíritu. Muchos encontraron lo que andaban buscando en el sentido de sumergirse en una nueva experiencia espiritual, pues su búsqueda estaba más enfocada en las señales. Otros siguieron el peregrinaje de avivamiento en avivamiento, tal vez intoxicados con la energía y vibración que tales reuniones transmitían. Pero hubo personas que, a pesar de las manifestaciones, sabían que estaba faltando algo en todo aquello y pronto regresaron a la rutina de sus pequeñas congregaciones locales. Sin embargo, en muchos casos, el poder ver y sentir experiencias masivas de la espiritualidad cristiana se convierte en una búsqueda de toda la vida y con cada nueva historia de un lugar donde hay una visitación, la emoción se recrudece y con ello la necesidad de ir al sitio, conocer a los que allí participan, enseñan, predicán, comprar las grabaciones de los sermones, captar el nuevo mensaje y apropiarse de la nueva imaginación y el lenguaje que el avivamiento provoca.

Poco a poco aparecieron más lugares donde este fuego podía ser “atrapado” y en ese momento, algunos aventureros religiosos se comenzaron a beneficiar del peregrinaje de tanta gente sedienta y necesitada de refrescamiento. Las ofertas de conferencias de “avivamiento” inundaron las revistas y las nacientes páginas de Internet. Sin embargo, aunque algunos pocos fueron verdaderamente renovados y nuevamente impulsados hacia la misión, estos escasos resultados no se comparan con la magnitud de personas que visitaron esos lugares, ni con el tiempo invertido y los recursos usados por esas congregaciones durante un periodo de tiempo que se extendió por varios años. Con el pasar del tiempo y las desilusiones he pensado bastante sobre esto, pero no descubrí que

es lo que me frustraba personalmente hasta que me dispuse a evaluar toda esta forma de espiritualidad cristiana desde un punto de vista misional.

Estos modelos de avivamiento nos dan una idea bastante cercana de la ideología que aún existe entre nosotros en cuanto al tema de la misión. Sin lugar a dudas que en los avivamientos mencionados existía una sincera búsqueda de renovación, refrescamiento y cambio ante una cultura postmoderna y post-cristiana que avanzaba en esos momentos a pasos agigantados. El problema es que la respuesta encontrada no modificaba mucho los paradigmas eclesiales existentes a lo largo de siglos de historia de la iglesia. Mientras que Hechos 1:8 nos plantea la idea de un *impulso centrífugo*, es decir hacia fuera, de avance, de penetración en la sociedad. Lo que estos avivamientos planteaban, con sus complejos programas y centralización en ciertos lugares “santos”, era un *impulso centrípeto*, hacia adentro, hacia la institución, hacia reforzar la estructura.

En sí lo que hacían era afianzar cuatro paradigmas que se contradicen con el pasaje de Hechos 1:8: la iglesia que dice “vengan” en lugar de “vayan”; el énfasis e importancia renovados de algunos lugares sagrados donde se supone que ciertas cosas acontecen; el hambre de experimentación y búsqueda de poder espiritual de las personas, sin que necesariamente haya una tarea misionera que cumplir; y la idea del “ungido” o dotado con la capacidad para servir de canal para transmitir las bendiciones espirituales. Para poder mantener un movimiento en base a estos cuatro paradigmas se requiere una energía inmensa y demasiados recursos, especialmente dinero.

Cuando se instala en la personas la idea de que “hay que ir” a tal o cual lugar, o que “hay que oír” a tal o cual persona, o peor aún que “hay que ser tocado” por tal o cual, creo que comenzamos a desvirtuar esa irrupción del Espíritu Santo y su propósito. He allí una concepción de la iglesia de poco impacto en la sociedad y con muy limitadas capacidades para alcanzar a quienes están lejos del cristianismo, aún dentro de la cultura occidental. Solo pensemos por un momento qué hubiera sido de la iglesia primitiva si los Samaritanos, el etíope, Cornelio, los creyentes de Éfeso, Antioquia o Corinto hubieran tenido que regresar a Jerusalén para ser avivados. Por el contrario, pienso que ellos renovaron la iglesia con sus conversiones y los retos que misionalmente representaron.

El impulso centrípeto ha sido denominado recientemente el *modo atraccional*¹² ya que con él se busca, mediante las más variadas maneras, que las personas sean atraídas hacia la iglesia que así se convierte en el centro de la acción y de la vivencia del cristiano. Sin embargo, el impulso centrífugo responde más a lo que se ha dado en llamar el *modo misional* por medio del cual se motiva que la iglesia vaya y se encarne en las diferentes culturas y comunidades que necesitan oír el testimonio del evangelio. La diferencia parece sutil e irrelevante, pero es de lo más trascendente. El modo misional está más en sintonía con el mandato de Jesús que leemos en Hechos 1:8. Requiere traspasar fronteras relacionales, sociales, culturales, étnicas y para ello se hace imprescindible el poder espiritual del cual hemos hablado.

Cuando la iglesia equipa y motiva a las personas para cumplir la *misión de Cristo*, el empoderamiento espiritual se convierte en una prioridad que afecta la oración, adoración, predicación y ministerio¹³, pero no para satisfacer anhelos egoístas, gustos personales o hacer resaltar ideologías o doctrinas, sino porque sin el poder del Espíritu es imposible ser testigos hasta lo último de la tierra. Necesitamos esos avivamientos que impulsen a miles a “ir”, necesitamos una fuerza centrífuga que envíe a los creyentes hacia afuera. Una espiritualidad cristiana que no tenga una perspectiva misional y que no produzca repercusiones sociales me parece que es vacía.

Sigo buscando, quiero experimentar el poder del Espíritu Santo en mi persona y la de muchos, pero a la vez pido a Dios que ello nos impulse hacia la transformación de nuestra sociedad. Esa es mi esperanza.

¹² Frost y Hirsh, Op.Cit. pp. 18-21

¹³ Anderson Ray, *The soul of ministry*, Westminster John Knox, Louisville-Kentucky, USA, 1997, pp. 115.

Recuperando el valor de lo sencillo y lo cotidiano

Desde el final del siglo XX y lo que va del siglo XXI los cristianos nos hemos fascinado bastante con los números. En algunos círculos se hace una equivalencia directa entre cantidad y eficacia de la iglesia. Los líderes más carismáticos, que son capaces de congregarse a la mayor cantidad de personas, son considerados los *gurús* del movimiento de crecimiento de la iglesia, mejor conocido en Latinoamérica como *Iglecrecimiento*. Así pues, todo lo *mega* es considerado como óptimo y digno de ser imitado. Con la aplicación de excelentes técnicas de mercadeo, desarrolladas en una economía de libre mercado, la mayoría de las mega-iglesias captan numerosos creyentes que carecen de una concepción clara de lo que es la iglesia, la vida comunitaria y mucho menos lo que implica el cumplimiento de la misión cristiana.

Entre las últimas tendencias se ha apelado a la explotación de los grupos pequeños o células como “técnica” para conseguir a los interesados e introducirlos en la compleja maquinaria que ha resultado ser la iglesia de nuestros días. Es así como durante muchos años estuve envuelto en el desarrollo de grupos pequeños, células, grupos de apoyo e iglesias caseras. Todo comenzó en 1984 cuando tuve oportunidad de asistir a una conferencia que dictó en Caracas David Cho, pastor de la congregación más grande del mundo en aquel entonces¹⁴. Recuerdo que salí con un gran entusiasmo a iniciar mi primer grupo celular en mi propia casa con la idea de que nuestra minúscula iglesia de no más de veinte miembros se multiplicaría a raudales. Nada más lejos de la realidad. Aunque se que a otros amigos míos les han funcionado otras fórmulas que han aparecido después, ese no ha sido mi caso.

Desde entonces he buscado mis propias explicaciones. Algo que si ha resonado fuertemente en mi corazón es que usar la vida comunitaria como técnica desvirtúa la misión de la iglesia. Al leer y releer el pasaje en Hechos 2:42-47 me pregunto por qué nos cuesta tanto a los cristianos contemporáneos el ver un movimiento tan natural y orgánico como aquél que sucedió en Jerusalén. Quizás la respuesta ha comenzado finalmente a rondar mi cabeza y tal vez en los últimos años he podido experimentar no solo algo de

¹⁴ La iglesia del Evangelio Completo en Seúl, Corea del Sur.

esa *koinonía*¹⁵ a la que el pasaje hace referencia, sino de la camaradería, amistad, compañerismo contagioso que hace a los grupos pequeños tan atractivos, que otros quieren conectarse e iniciar un peregrinaje espiritual que les permita llegar a creer profundamente en las verdades del evangelio.

Una simple observación del pasaje en cuestión nos permite aseverar que los miembros del movimiento de Jesús, judíos palestinos primero, y luego helenistas, no hicieron demasiados cambios a sus rutinas familiares y culturales. Simplemente parece que integraron la nueva fe a sus ritmos naturales de vida. La asistencia al templo y el encuentro continuo en las casas eran prácticas comunes en aquellos tiempos. La hospitalidad y la generosidad se constituyeron en dones muy apreciados, la enseñanza era netamente práctica y ocurría a medida que la misión avanzaba. En pocas palabras, se trataba de un diseño muy sencillo, integrado naturalmente a las prácticas familiares de la época y de un crecimiento orgánico.

Hace unos años reflexionaba acerca del hecho de que los grupos y pequeñas comunidades constituyen un vehículo natural para llevar adelante la misión de la iglesia, pero no porque organizacionalmente resultan efectivos y eficientes, sino porque realmente ellos satisfacen las necesidades de conexión y comunidad que faltan en las instituciones de nuestra sociedad actual¹⁶. Sin embargo, cuando observamos el movimiento de las iglesias celulares que comienza a despuntar a finales del siglo XX, vemos la complejidad y el peso descomunal de las metodologías, procedimientos y controles usados¹⁷. La primera vez que tuve oportunidad de darme cuenta de estos problemas dentro del movimiento de las iglesias celulares fue durante una conferencia en la ciudad de Curitiba (Brasil), cuando después de hablar con pasión acerca de las bondades de los grupos pequeños, un pastor se me acercó para confiarme sus frustraciones y conflictos al tratar de integrarse a la metodología de grupos pequeños mejor conocida como G-12¹⁸. Con el correr del tiempo me he dado cuenta que el deseo de organizar la iglesia basándose en un grupo de células ha sido aplicado más como una

¹⁵ Término derivado de una palabra griega que significa asociación o compañerismo. La palabra describe la calidad de las relaciones de la iglesia primitiva, especialmente la fortaleza de su vida comunitaria y hermandad.

¹⁶ Mora F., Op.Cit., pp. 15.

¹⁷ Simson Wolfgang, *Casas que transformarán el mundo*, CLIE, Tarrasa, España, 2003, pp. 136.

¹⁸ Ver por ejemplo Comiskey Joel, *Groups of 12*, Touch, Houston-Texas, USA, 1999

fórmula de crecimiento numérico que en su dimensión misional lo cual desvirtúa lo natural y espontáneo, para dar fuerza a elementos que son controlables con estrategias gerenciales.

Los primeros cristianos detectaron que el ambiente familiar era el más adecuado para el esparcimiento de la nueva fe en Jesucristo. Era una cuestión meramente práctica y así lo hicieron, sin modificar radicalmente los patrones culturales. Hoy por hoy, las culturas emergentes que nos rodean en los ambientes urbanos precisan justamente de espacios donde las personas puedan pertenecer, vivir en comunidad y sentirse parte de un organismo que avanza porque posee una misión clara y definida. Los grupos pequeños, las células, las iglesias caseras, es decir, esas pequeñas comunidades de fe que surgen espontáneamente en los diversos vecindarios de las urbes y poblados de nuestra América Latina, deben encarnarse de una manera más efectiva con el medio circundante y responder con más dinamismo a las necesidades del amplio rango de contextos y ámbitos sociales existentes.

Es posible descubrir vulnerabilidades en la vida de aquella primera iglesia de Jerusalén, como su deseo de circunscribir la vida cristiana solamente al ámbito de aquella ciudad y sus moradores judíos, sin una clara motivación de seguir lo prescrito por Jesús de ir hasta lo último de la tierra¹⁹, o bien su rápida conversión a una secta ortodoxa judía más, lo cual la llevo en pocos años a fomentar el legalismo y la religiosidad. A pesar de ello, me atrevo a proponer tres aspectos esenciales que podemos rescatar de esa primigenia iglesia para la misión en el mundo globalizado e interconectado en el que vivimos y que observo a partir de la lectura de Hechos 2:42-47.

En primer lugar precisamos *valorar lo relacional* por encima de lo programático. Como ya mencioné, durante mucho tiempo la iglesia ha dependido de metodologías de mercadeo para posicionarse en la sociedad y hasta cierto punto ganar respetabilidad. Sin embargo, en Hechos 2:47 vemos como la naciente comunidad cristiana se había ganado la “*estimación general*” de la ciudad. La iglesia estaba encarnada, era parte de aquella cultura y estaba conectada con ella mediante conjunto dinámico de relaciones, amistades y contactos. En medio de la cotidianidad en la que ellos se desenvolvían, había traído un nuevo sabor a la ciudad, sin dejar de resaltar y afirmar el tejido social básico de la

¹⁹ Cole, N. *Church 3.0*

comunidad donde estaba encajada. Fue a través de las redes relacionales que el mensaje del evangelio se propagó en Jerusalén. Siguiendo las enseñanzas de Jesús, los creyentes se habían infiltrado en la comunidad, penetrando como sal y luz, haciendo toda clase de conexiones creativas con una multiplicidad de personas con quienes compartían acerca de Dios y conversaban sobre su experiencia espiritual, permitiendo así que la misión cristiana se fuese llevando a cabo de una manera progresiva, natural, orgánica e imparables²⁰.

En segundo lugar necesitamos aprender a *Vivir en comunidad*. Algunas frases del pasaje en Hechos 2:42-47 tales como “tenían todo en común”, “compartían sus bienes entre sí”, “estaban juntos” o “unánimes”, “tenían una misma mente”, nos revelan a una sociedad “naturalmente sobrenatural”²¹ basada en un gran compañerismo, comunión o *koinonía*. Existía entre ellos una conexión muy cercana, apoyándose mutuamente, tanto espiritualmente como materialmente, demostrando así una unidad de mente y corazón muy profunda. Habiendo dejado a un lado los gustos personales, se identificaban más con los temas fundamentales o valores que los unían, lo cual les daba una claridad de criterios, propósitos, identidad y misión. Esto difiere de las formas contemporáneas de crecimiento de la iglesia que se enfocan más en metodologías o programas y donde el aspecto comunitario es minimizado. Estos antiguos textos, aún con todas las limitaciones que puedan tener en su interpretación, nos desafían a la formación de comunidades misionales, es decir, grupos de hombres y mujeres que estén encendidos con la pasión que el conocimiento de Jesús produce, que quieren seguir al Dios misionero aún en los lugares más extraños, que están dispuestos a dedicar tiempo a conocer y servir a la comunidad y a las personas que les rodean. Se trata del desarrollo de comunidades abiertas donde otros pueden entrar y pertenecer, para que lleguen a adquirir compromisos semejantes con la misión.

Por último, sería bueno recuperar la práctica de *compartir la mesa* más a menudo. Clásicamente las congregaciones se identifican con una serie de actividades fijas que se llevan a cabo en un edificio especial para tal fin. Dentro del servicio religioso se plantea

²⁰ Frost M, Hirsch A., *The shape of things to come*, Hendrikson, Peabody-Massachusetts, USA, 2003, pág 42.

²¹ Esta es una famosa frase acuñada por John Wimber, fundador del movimiento de iglesias Viña (Vineyard)

una liturgia característica y se usan una serie de símbolos que tienen significación para los iniciados. En general, para que la iglesia funcione, se requiere de un personal debidamente entrenado y un cierto espacio físico adecuado. Sin embargo, la lectura de Hechos 2:42-47 nos lleva a pensar en la iglesia más como un grupo de personas que forman una comunidad, cuya espiritualidad está en sintonía con los ritmos naturales de su cotidianidad, y donde cada miembro es un participante activo. Esta es una iglesia que está por igual en el templo (espacio de lo sagrado) o en las casas (espacio de lo común o mundano). De allí la importancia simbólica que tiene el que una comunidad de creyentes tome tiempo para reunirse en el contexto de una comida comunal. Es básicamente una declaración con hechos de la importancia que cada participante tiene, de la igualdad que cada uno tiene delante de los ojos de Dios, de la decisión que cada uno ha puesto en el deseo de conectarse, conocerse y servirse mutuamente.

Cuando la comunidad se reúne a comer todos están al mismo nivel y la enseñanza fluye horizontalmente en forma conversacional, los prejuicios se reducen, se trata de un evento nivelador. Durante una comida la dinámica de interacción es radicalmente diferente que en una liturgia que magnifica el lugar del púlpito y donde los ojos están puestos en la personalidad del que habla o dirige. Aunque aquella iglesia inicial de Jerusalén no pretendía usar la mesa para cruzar las barreras étnicas o culturales y acercarse a otros diferentes a ellos, desde el punto de vista misional, es posible afirmar que una mesa compartida es un lugar profundamente especial para hablar de Cristo. Durante un período de más de cuatro años (2005-2009) tuvimos oportunidad de experimentarlo en una iglesia casera que iniciamos en la zona de San Antonio de Los Altos, cerca de Caracas. Las reuniones ocurrían los días sábado por la noche y constituyeron un tiempo memorable en cuanto a la lectura comunitaria de la Biblia, la oración e intercesión comunal, los tiempos de comer juntos y compartir la cena del Señor con todos los miembros de esta familia espiritual. Casi siempre había visitantes, personas apenas iniciadas en el conocimiento de Cristo o incluso sin una creencia firme, sin embargo, aquellos tiempos de comer junto y sobremesa resultaron extraordinarios para profundizar en la relación y conversar sobre las necesidades reales de estas personas. Lo que surgía de esos encuentros era algo extraordinario con un efecto perdurable y una afirmación de las relación con Dios y entre los miembros de aquella iglesia casera.

Hoy en día, en cualquier lugar del mundo las personas aman cocinar con los amigos, hablar de comida, experimentar nuevos platos, ir a restaurantes, probar diferentes tipos de comida. Mis propios hijos han desarrollado un gusto por esa clase de encuentros y siempre encuentran un pretexto para reunirse con sus amigos a experimentar algún plato nuevo o visitar un restaurantes que innovan con los sabores. En la cultura contemporánea, la mesa compartida sería un lugar perfecto para la comida misional. Sin embargo, la forma como la iglesia se ha organizado y el énfasis desmedido en el activismo, limita la posibilidad de ofrecer comidas misionales a nuestros amigos no cristianos. En ese sentido nos pareceríamos más a la iglesia de Jerusalén que era un círculo muy cercano de judíos. Por ello sería muy conveniente escuchar lo que señala Frost²² y modificar los patrones de convivencia, amistad y acercamiento a otros que tenemos, para adaptarnos a las realidades de nuestra época:

...El problema es que muchos cristianos usan su tiempo libre en actividades y reuniones eclesíásticas, perteneciendo a comités y de vez en cuando socializando con algunos amigos de la iglesia. Mientras quienes todavía no son cristianos se conectan comiendo con otras personas,... los cristianos pasamos toda la semana en cultos, estudios bíblicos y reuniones de líderes.... Cuando tenemos algo de tiempo para invitarles a nuestras mesas, queremos que sea en nuestros propios términos...

²² Frost Michael, *Exiles*, pp. 168

El retorno a lo orgánico

Una de las cosas que me llaman la atención en estos tiempos es el énfasis en lo “orgánico” o como algunos también lo denominan, lo “verde”. Por todos lados encontramos productos que tienen una etiqueta que los certifica como 100% orgánicos. Frutas, legumbres, bebidas, lácteos, granos, ropa, cosméticos y hasta salchichas llevaban la marca de que no tenían preservativos, ni productos químicos, de no haberse usado detergentes, o sido fumigados con pesticidas, sino que habían sido producidos bajo una supuesta forma biológicamente mucho más natural, sin hormonas o reguladores químicos de crecimiento, sin manipulaciones genéticas, cosechados, tratados o manufacturados de forma menos mecanizada o automatizada.

La verdad sea dicha, el sabor, apariencia y textura de estos alimentos o productos es bastante rico. Esto lo pude comprobar con una cerveza orgánica que probé en un restaurante de Melbourne. Cuando me trajeron la botella ámbar vi un líquido turbio que a primera instancia no lucía muy apetecible. Después del primer sorbo cambié inmediatamente de opinión, se trataba de una de las mejores cervezas que he probado. Detallando el contenido del frasco podía observar que el líquido no era muy homogéneo pues contenía residuos, lo que le aumentaba la turbidez, pero sin duda que ello reforzaba el sabor deliciosamente amargo de la bebida. Respecto a eso fíjense lo que dice un anuncio a favor de estas cervezas: “Si voltea la botella para que se mezclen los residuos, la apariencia será ligeramente turbia. Si lo prefiere puede decantarla al servirla en la jarra para que queden los residuos en la botella. *Nuestra cerveza es turbia pero nuestra consciencia está muy clara.*” Cuando terminé con la segunda ronda pude también comprobar que el grado alcohólico era superior al de las cervezas industrializadas y descoloridas que tenemos por estos lares. Desafortunadamente, aún cuando ya estaba listo para llamar a nuestra mesera nuevamente, mis compañeros de viaje me aconsejaron que no me tomara la tercera.

No es solo el sabor lo que está en juego en un producto orgánico. Para los grandes chefs y los gourmets más experimentados, los alimentos producidos orgánicamente se asocian con la idea de alta calidad, con la imagen de granjeros dedicados que cultivan con

esmero sus siembras o con artesanos que con gran habilidad y amor crean manjares para nuestro deleite. Ahora entiendo por qué se alegraban nuestros padres cuando habían “huevos criollos” para comer y por qué los buscaban cuando alguien estaba enfermo para que se alimentara mejor. No era solo el sabor y el color de las yemas, sino que el contenido alimenticio es muy superior al de los huevos producidos en masa en los gallineros industriales.

Todavía hay algo más, el movimiento orgánico, hoy por hoy, está fuertemente vinculado con los principios del comercio justo, de responsabilidad social y de preocupación por la naturaleza y el equilibrio ecológico. Así que en esto que pareciera una moda pasajera hay cosas bastante profundas que de alguna manera van a potenciar su desarrollo y proliferación y que nos deberían llamar a la reflexión. ¿Qué significa esta nueva ola orgánica que está creciendo a pasos agigantados? ¿Por qué esa idea también ha permeado a las organizaciones de todo tipo? ¿Por qué ha llegado esto a establecerse como un lenguaje importante dentro de la iglesia cristiana contemporánea?

Pienso que he vivido tres épocas importantes de la eclesiología contemporánea. Primero, la época del, así llamado, *iglecrecimiento*, que correspondió a buena parte de los años 70 y 80. Después siguió el tiempo de lo que se denominó el *crecimiento natural* o la época de la búsqueda de los signos de una *iglesia saludable*. Eso se divulgó mucho durante los años 90 cuando se generaron una serie de herramientas para hacer complejas evaluaciones en las congregaciones locales. Pero, en los últimos años, escuchamos hablar más y más de lo que se denomina la *iglesia orgánica*, concepto aún en desarrollo que suscita numerosos resquemores y dudas. Sin embargo, como veremos a continuación, el surgimiento de una concepción más orgánica de la iglesia, tal como en el caso de los productos orgánicos, tiene amplia justificación y una notable aceptación entre muchas personas que han crecido en este ambiente mundial globalizado, artificial y post-cristiano en el que vivimos.

Donald McGavran es considerado el padre del iglecrecimiento (*church growth*), movimiento que comenzó a gestarse principalmente durante los años sesenta, viendo su máximo desarrollo en las décadas subsiguientes. McGavran derivó sus postulados de sus observaciones de largo plazo en el campo misionero en la India. Básicamente estableció tres principios que fueron desarrollados ampliamente en las décadas subsiguientes por sus

seguidores. En primer lugar, que el crecimiento numérico de nuevos convertidos es la razón de ser de la misión. Luego postuló que para poder obtener ese crecimiento es necesario identificar el perfil de los candidatos y candidatas a ser alcanzados. Por último, que las iglesias se establecen con mayor facilidad y crecen entre grupos homogéneos de personas. De allí su bien conocido postulado de que “las personas prefieren convertirse en cristianas sin tener que traspasar barreras sociales, lingüísticas, educacionales o de clase social.”

Cuando estos principios se combinaron con el creciente uso de los medios y el marketing de los años 70 y 80, el resultado fue el crecimiento acelerado de muchas iglesias y el surgimiento del fenómeno conocido como *megaiglesias*. Aunque estos avances son innegables, no es menos cierto que el enfoque pragmático, basado en la aplicación de estrategias funcionales, también ha producido incontables problemas como la excesiva preocupación con la popularidad y la imagen de los líderes, una dependencia de las estadísticas, la búsqueda de beneficios económicos, la falta de interés en los problemas vinculados con la justicia social y el medio ambiente y, sobre todo, la superficialidad de la fe de muchos de los creyentes.

Posteriormente, con el surgimiento de esas megaiglesias y debido a una gran preocupación con la continua deserción de creyentes decepcionados con el cansancio de la vida de muchas congregaciones que se encontraban en pleno crecimiento, Christian Schwarz y otros comenzaron a hablar de los indicadores de salud de una iglesia. Mediante estudios estadísticos a nivel mundial, lograron simplificar los signos vitales básicos a ocho características subjetivas: liderazgo que edifica a otros, multiplicación de colaboradores voluntarios, espiritualidad fervorosa e inspiradora, existencia de estructuras funcionales, formato de los cultos, existencia de grupos celulares, evangelismo según las necesidades, ambiente relajado y afectivo. Surgió así una especie de norma de calidad ISO para las iglesias y una buena cantidad de especialistas que podían evaluar la salud de una congregación con herramientas diseñadas para tal fin.

A pesar de que se afirmaba que las iglesias que se enfocaban en mejorar estas ocho características lograban un *iglecrecimiento natural*, la verdad es que lo que se producía era un efecto de ajuste por medio de programas específicos que buscaban producir resultados a corto plazo y cuya principal variable de medición seguía siendo la

numérica. Su objetivo primordial era mantener en el redil a los creyentes, evitar que se dispersaran o que fueran en busca de otras formas de espiritualidad a la disposición. Desde un punto de vista más positivo puede señalarse que esta búsqueda de salud congregacional hizo que los líderes comenzaran a poner mayor atención al aspecto relacional y a los grupos pequeños o células. Sin embargo, esto comienza a ocurrir ya entrado el nuevo milenio, con una sociedad globalizada y una cultura que impone otros desafíos a la misión cristiana, especialmente en cuanto a su valoración de la experiencia espiritual y la vida comunitaria.

Así como los cambios mundiales produjeron una población que rechaza los preservativos, los fórmulas de crecimiento, el uso de pesticidas y otros métodos manipulativos en los productos, igualmente una vasta proporción de cristianos comenzaron a rechazar los programas preconcebidos, las metodologías de mercadeo, el liderazgo jerárquico, las inmensas corporaciones con numerosos departamentos y personal altamente especializado, y el surgimiento de una subcultura marcada por el activismo excesivo, pero, a la vez bastante distanciada de las luchas por la justicia, la igualdad de género, la superación de la pobreza y la preservación del medio ambiente. De allí que comenzaron a aparecer nuevas formas de iglesia con diferentes nombres, tales como *iglesia emergente*, *iglesia misional*, *iglesias caseras* y otras. A pesar de las diferencias entre ellas, uno de los aspectos comunes y resaltante es que las mismas basan su existencia en el hecho de considerarse expresiones orgánicas de la iglesia cristiana.

Recetas para el crecimiento

Crecimiento de la iglesia es una frase que he escuchado infinidad de veces durante los últimos 35 años. Es innegable que ha habido un crecimiento numérico de la iglesia latinoamericana pues hasta ello fue uno de los temas fundamentales del último cónclave católico para la elección del nuevo papa²³. Resulta relativamente fácil comprobar cómo congregaciones de todas las denominaciones, principalmente pentecostales, proliferan en los poblados y grandes urbes de nuestro continente. Tampoco es un secreto que el foco de atención eclesiástico, principalmente en los grandes centros urbanos (donde se concentra cerca del 80% de la población latinoamericana), se dirige a la búsqueda de modelos eficientes de crecimiento y la reproducción de megaiglesias. La literatura sobre el tema del crecimiento de la iglesia sigue aumentando a pasos agigantados. Los expertos abundan. Pesadas metodologías y procedimientos burocráticos son instalados por las iglesias para lograr realizar “transiciones” de un estilo o modelo a otro que sea más productivo. Se habla continuamente del éxito de varias megaiglesias ubicadas en grandes urbes de Latinoamérica, de sus fundadores y de sus métodos de crecimiento, los cuales se copian y difunden a lo largo y ancho de todo el continente.

Bajo esta presión, muchas congregaciones en América Latina han adoptado alguno de los modelos organizacionales originados en su gran mayoría en una sociedad de consumo como la norteamericana, tales como: ser sensibles a los que buscan (seeker sensitive²⁴), ser impulsados por propósitos (purpose driven²⁵), ser basadas en grupos pequeños o celulares²⁶ y muchas otras alternativas que surgen a cada momento. Este febril interés en la aplicación de nuevos modelos revela la preocupación existente desde finales del siglo pasado por el crecimiento numérico. Como manera de balancear y evaluar dichos modelos, también se ha planteado el uso de métodos cuantitativos y cualitativos de investigación, como el ampliamente difundido paradigma biótico²⁷, el cual sirve para determinar la salud de una congregación en función de ciertas características, objetivas y subjetivas, medibles con métodos de investigación (como por ejemplo: el

²³ De hecho este ha sido la preocupación de los arzobispos católicos y del actual Papa Francisco.

²⁴ Redman R., *The great worship awakening*, Jossey-Bass, 2002

²⁵ Warren Rick, *The purpose driven church*, Zondervan, 1996.

²⁶ Comiskey J., *Reap the harvest*, TOUCH, Houston-Texas, 1999.

²⁷ Schwartz C., *Las ocho características de una iglesia saludable*, Editorial CLIE, Barcelona-España, 1996.

crecimiento numérico, la vivencia espiritual, la calidad de los programas y la organización funcional). Se trata de una forma científica de establecer una medida al crecimiento, pero a la vez de proponer correctivos a la organización con la intención de lograr los resultados deseados. En cierta forma es una manera de ajustarse a las presiones del mercado al estilo de las corporaciones y una forma de incluir en la toma de decisiones medidas más “objetivas” del éxito que pueden ser logradas con recolección de datos y técnicas sofisticadas de análisis, en una suerte de “*church intelligence*”.

Recuerdo una visita que hice a la República Dominicana para colaborar en el inicio de iglesias de la Viña en ese país. La persona que me invitó me presentó con el pastor de una de las megaiglesias de la ciudad. Tuve unas conversaciones bastante cordiales y a la vez profundas con este pastor, especialmente sobre el tema de los grupos pequeños, algo que no había podido poner en práctica con facilidad y por lo cual se sentía un poco frustrado. No debemos olvidar que en el modelo biótico de evaluación del crecimiento de la iglesia, se le asigna a la existencia de un programa de grupos pequeños un lugar determinante como catalizador del crecimiento y como indicador de la salud de las iglesias. Sin embargo, a la luz de la forma tradicional de medir el crecimiento de una iglesia, es decir, mediante la asistencia y quizás el número de eventos y programas, aquella iglesia, y por ende su pastor, parecían muy exitosos. En algún punto de nuestra conversación el pastor me llevó a conocer a su “director de producción”, un joven profesional que había sido contratado para que “produjera” todos los servicios y eventos de la iglesia, cuidando hasta el más mínimo detalle del programa, la música, los especiales y la predicación. Se trataba de un enfoque muy profesionalizado y orientado a servir al “consumidor” potencial, al más puro estilo de las corporaciones comerciales que ofrecen productos en medio de un mercado altamente competido. Al conocer estos aspectos de su organización me resultó muy claro el por qué sus grupos pequeños no funcionaban, obviamente la iglesia se basaba en el atractivo y calidad de sus reuniones masivas y gastaba una energía inmensa en estos aspectos. Pueden imaginarse la cara del pastor cuando le propuse que él mismo iniciara un grupo pequeño para modelar ante el resto de la congregación las implicaciones de la dimensión comunitaria de la iglesia y que sobre todo, comenzara vinculándose amistosamente con sus vecinos, con la gente de la comunidad donde vivía y donde debía comenzar.

Claramente, debido a la forma como hemos sido entrenados, antepone las fórmulas a la misión. Se nos ha hecho creer que si hacemos las cosas de una determinada manera, lograremos ciertos resultados. En realidad lo que estamos es invirtiendo el orden. La forma o metodología de cada nueva plantación debería responder a las características de la misión que hay que cumplir en ese lugar. Las características de las nuevas iglesias deberían adecuarse a la manera cómo el mensaje de Cristo debe ser entendido en esa cultura. No podemos usar los “planos” de las iglesias “exitosas” y con ellos edificar la de mi barrio o ciudad y pretender que de esta manera estamos cumpliendo con la misión en ese lugar. Hoy en día Latinoamérica está plagada de clones de iglesias de rápido crecimiento numérico, con estructuras y métodos descontextualizados, copiados de manuales o adquiridos en costosos cursos y talleres, al estilo de las corporaciones comerciales. A pesar de su aparente crecimiento, en muy pocos aspectos se pudiera decir que esas iglesias son *relevantes* dentro de la sociedad en la que fueron plantadas. Aunque se usen paradigmas gerenciales avanzados y formas novedosas de mercadeo, parece que la injusticia, idolatría e inmoralidad siguen haciendo de las suyas en nuestro continente.

En gran medida los conceptos de iglecrecimiento siguen los patrones característicos del mundo de los negocios. Se trata de una suerte de *Macdonalización*²⁸ de la iglesia que se supone produce extraordinarios resultados, normalmente medidos numéricamente, con su énfasis en la calidad, la eficiencia, la técnica, la planificación y el control. Por un lado está la aplicación de técnicas de mercadeo y de producción para hacer más atractiva la iglesia y su mensaje. En segundo lugar la idea de que es posible reproducir los modelos, no importa dónde ellos hayan sido desarrollados. Es lo que en teoría organizacional se denomina la presión por mimetizar estructuras que se suponen producirán los mismos resultados dondequiera que se apliquen. Esta tendencia a la copia de modelos organizacionales y métodos se da en gran medida debido a la incertidumbre a la que se ven sometidas las empresas, instituciones de diversa índole, e iglesias frente a los grandes cambios sociales. Cuando los pastores observan una iglesia exitosa, la tendencia es a tratar de calcar sus prácticas, sin que haya certeza que ellas vayan a funcionar en el nuevo contexto. Por ello es que observamos una extraordinaria similitud entre las diferentes iglesias a lo largo y ancho del continente latinoamericano. Incluso

²⁸ Término acuñado por George Ritzer en su libro *The McDonaldization of Society* (1993)

algunas han replicado ciertos programas tan perfectamente que parecen franquicias de las iglesias que los originaron. Un tercer aspecto es el surgimiento de los expertos exitosos, voces de autoridad que han creado alguna metodología novedosa, aunque solo sean pequeños cambios semánticos, pues en muchos casos no se trata sino de la repetición de viejos modelos empaquetados de otra forma. Además ha servido de base para la proliferación de apóstoles y profetas autoproclamados, los cuales exponen sus métodos a través de conferencias, videos, y libros a otros líderes que sueñan con imitarles y conseguir resultados similares.

No puedo negar que no haya sido partícipe de esa macdonalización a la que me refiero en el párrafo anterior. A lo largo de mi servicio ministerial me encontré, adopté, e incluso desarrollé algunas metodologías que sin duda buscaban proveer el crecimiento de la iglesia cristiana en formas que fuesen eficaces, medibles, planificables y controlables, cosa que puede volverse a repetir con cualquier modelo, incluyendo aquellos que pueda discutir y favorecer en este texto. El problema es cuando reducimos la misión imparables a un programa muy bien empaquetado que se supone producirá excelentes resultados y olvidamos las complejidades, incertidumbre, duración y alto grado de desorganización de la tarea misionera. Podría hablar de mis intentos frustrados, gracias al Espíritu Santo, por establecer programas de grupos celulares en los cuales trataba de cuantificar todo lo que pudiera, uniformizar la enseñanza, controlar la calidad de los líderes y planificar la reproducción de los grupos²⁹. ¡Gracias a Dios! Mis entrañas o mi ignorancia gerencial se resistieron a sistematizar esos programas. Sin embargo, otros fueron mucho más exitosos como en el caso de G-12 (programa celular diseñado por César Castellanos en la iglesia Misión Carismática Internacional de Bogotá, Colombia) o el Curso ALPHA³⁰ (Programa de evangelismo diseñado por Nicky Gumble y Sandy Millar de la iglesia Holy Trinity Brompton en Londres, UK) que son productos desarrollados y mercadeados con las mejores herramientas de los negocios y el emprendimiento, solo para mencionar dos ampliamente difundidos en las Américas. Sin embargo, no cabe duda que estos programas, con todo el éxito que puedan tener, tienen un alto grado de artificialidad en su puesta en marcha, además que a la larga requieren altos grados de especialización y de

²⁹ Ver Mora, F. *Manual para iglesias que crecen*, Editorial Certeza, Buenos Aires-Argentina, 2005.

³⁰ Ward, P. "Alpha- The McDonaldization of religion?", *ANVIL*, Vol. 15, No. 4, pág. 279-286, http://www.biblicalstudies.org.uk/pdf/anvil/15-4_279.pdf, última visita: 2 de diciembre de 2013.

entrenamiento, lo cual implica personal dedicado a su gerencia. Aparte de ello, limitan la creatividad e innovación en la misión, atando a las personas a ciertos estilos particulares que producen un alto grado de uniformización, lo cual termina limitando la contextualización del mensaje que los diferentes grupos sociales y étnicos requieren.

Si las iglesias no representan espacios que contrarresten los efectos perversos de la cultura globalizada, no pasará mucho tiempo antes de que sean desenmascaradas, vistas con sospecha y desestimadas por las personas a las que queremos alcanzar con el mensaje del evangelio. En muchas situaciones, el descubrir que una persona es solo parte de un esquema multiplicativo piramidal que solo busca captar adeptos puede producir una gran frustración. La razón de ser de la iglesia se pierde, su misión y origen estratégico original se desvirtúan. Tratar de reducir la misión a la tarea de hacer crecer una organización es algo que tarde o temprano se convertirá en un bumerang para las iglesias que se hagan adictas a estas metodologías. Desvirtuar la amistad, el compañerismo y la relación humana en aras del crecimiento numérico congregacional tiene sus consecuencias a la larga.

Las demandas actuales de la vida urbana, en términos sociales y económicos, han creado espacios para el mejoramiento material, pero han ido destruyendo progresivamente la práctica del amor y de la amistad sincera. Hoy por hoy, la amistad se ha vuelto una práctica subversiva, dentro y fuera de la iglesia. Como señala Rodney Clapp, las iglesias urbanas “tiene una misión sorprendente, totalmente novedosa: proveer un espacio cultural para el nacimiento y práctica de amistades”.³¹ Sin embargo, los programas de crecimiento numérico distraen a las personas de esta tarea misional fundamental, incluso sacan a los creyentes de las dinámicas naturales de los sistemas sociales donde ellos habitan. La primera comunidad cristiana en Jerusalén se nos presenta como el modelo, el paradigma, de una nueva sociedad, renovada y reunificada, de la que Cristo es la cabeza. Por eso las palabras de Leslie Newbiggin sobre el concepto de comunidad cristiana son impactantes:

...he llegado a creer que la principal realidad que debemos tomar en cuenta del impacto cristiano en la vida pública es la congregación cristiana. ¿Cómo será creíble el evangelio,

³¹ Rodney Clapp, *A peculiar people*, IVP, Downers Grove-Illinois, USA, 1999, pág. 205.

es decir, que la gente crea que el poder que tiene la última palabra en los asuntos humanos está representado por un hombre colgado a una cruz? Sugiero que la única respuesta, la única hermenéutica (clave interpretativa) del evangelio, es una congregación de hombres y mujeres que creen eso y viven por eso. No estoy, por supuesto, negando la importancia de las muchas actividades por las que buscamos desafiar la vida pública con el evangelio.... Sino que afirmo que son secundarias, y que solo tienen poder para cumplir su propósito en la medida que están enraizadas en la comunidad de creyentes....³²

Esto quiere decir que la respuesta para la extensión del reino de Dios a través de la iglesia no es encontrar cuál es la nueva metodología disponible para el quehacer la iglesia, o el nuevo programa evangelístico exitoso que podamos comprar, o el predicador de moda que va a llevar a Cristo a mis amigos. Pareciera que Newbigin nos invita simplemente a ser una comunidad real allí en el medio natural donde vivimos, junto con las personas que nos rodean, siendo honestos y convincentes con la coherencia de nuestros actos. Nada de mercadeo, nada de técnicas de control o de gerencia, nada de fórmulas rápidas con resultados cuantificables en una hoja de Excel. La respuesta más bien es una visión encarnacional, sencilla y orgánica de la misión cristiana que es bien difícil de poner en fórmulas simples. Es vida que fluye de forma natural, no programada, con todas sus incertidumbres e inseguridades, es una aventura que podría resumirse en algunas acciones sencillas con la gente que nos rodea, pero que tienen implicaciones inmensas, y por qué no cósmicas:

- *Aprender* los ritmos, la vida y los conflictos de la comunidad y permitir que la dinámica de la vida espiritual pueda responder a esos desafíos efectivamente. En la práctica esto se refiere a ir a las casas o los lugares de reunión de las personas, vivir y trabajar en la zona, interactuar con los miembros de la comunidad o grupo, ocupando nuestro tiempo escuchando, comiendo, conversando, jugando con aquellos a dónde hemos sido enviados.
- *Insertarnos* en la sociedad, conviviendo con los necesitados, acercándonos a ellos, no esperando que vengan a nosotros. Descubriendo quiénes son las “*personas de paz*”³³ en nuestras comunidades. Es decir, quiénes son esas personas que están

³² Newbigin L., *The Gospel in a pluralist Society*, Eerdmans, Grand Rapids-Michigan, 1989.

³³ Mateo

espiritualmente abiertas, que poseen buena disposición, que tienen influencia en la comunidad y una amplia red de relaciones.

- *Identificarnos* con las luchas y necesidades, perspectivas y realidades existenciales de la comunidad, estableciéndose así el contexto relacional necesario para compartir la fe de una manera natural y espontánea. Esto implica básicamente abordar la vida de las personas, entender sus perspectivas, sus dolores, sus luchas, sus causas existenciales.

Constructores de iglesias

Uno de los viajes que más he disfrutado junto con mi esposa fue la visita que le hicimos a nuestro hijo Daniel en Australia. Muchos de los recuerdos están afortunadamente memorizados en una tonelada de fotos que tomamos en cada sitio que visitamos. Por ahora está en la “nube” y las veremos muy esporádicamente, pero allí están como prueba de que se hizo el periplo. Revisando algunas de esas imágenes encontré ciertos elementos para la reflexión personal, como es el caso de una foto tomada en Brisbane a una catedral cristiana. Para mí la gráfica es elocuente por sí sola, pues me obliga a pensar y revisar mi accionar misional cristiano. La leyenda del inmenso afiche frente a la catedral se lee así en Castellano: *Cien años en construcción... a ser concluida en...*

¡Qué ironía! Una iglesia que ha tardado cien años en construir su edificio, un monumento que ahora puede ser visitado por los turistas para su esparcimiento y, en algunos poquísimos casos, algo de contemplación. Un lapso de tiempo que ha que transcurrido entre el siglo XX y una parte del XXI. Años en los que han habido tantos y acelerados cambios en la sociedad que nos hacen ver al tiempo avanzar a pasos agigantados como si se le aplicase una función logarítmica. Pensar que apenas solo un poco más de cien años es lo que ha tardado el movimiento pentecostal y carismático en esparcirse por todo el mundo, en especial Latinoamérica y África. Paradójicamente, cien años también han sido suficientes para que el mensaje de la iglesia cristiana haya ido perdiendo progresivamente relevancia en esta sociedad globalizada en que vivimos. Ante tanta inclemencia del paso avasallante del tiempo, me pregunto ¿Qué importancia puede tener una edificación, con toda la belleza arquitectónica que pueda poseer, para la comunicación del mensaje salvador de Jesús a una cultura tan extraordinariamente secular como la australiana? ¿Cómo se correlacionan aquellas palabras del propio Jesús: *yo edificaré mi iglesia* (Mateo 16:18) con estos cien años de esfuerzos para conseguir levantar un templo cuya principal función viene a ser puramente decorativa?

Cada vez que me pongo a pensar en ello, me maravilla el hecho de que la iglesia primitiva se aferró a esa promesa de Jesús pues no intentó fabricar templos. Los arqueólogos no han encontrado evidencias de templos cristianos durante los primeros

trescientos años del inicio del movimiento. Tal vez una que otra casa modificada o un salón usado eventualmente para la reunión de los grupos, pero no una construcción dedicada exclusivamente al culto religioso. Sin embargo, ello no fue un freno para el crecimiento espontáneo y multiplicación de las primeras comunidades, pues diversos estudios han demostrado que la iglesia pasó de aquel puñado de 120 que se encontraba en el aposento alto el día de Pentecostés, hasta llegar a unos nueve millones de creyentes para el año 312 D.C., fecha de la conversión de Constantino³⁴.

Durante un poco más de trescientos años la iglesia cristiana hizo sus avances dentro del Imperio Romano sin un programa de construcción, sin edificios representativos, sin íconos arquitectónicos. A pesar de ello, hoy por hoy, a la gran mayoría de cristianos les cuesta mucho trabajo separar la palabra *iglesia* de la imagen de un edificio. Cuando vamos a lugares como Brisbane queremos visitar sus joyas arquitectónicas y entre éstas sobresalen las iglesias. Sea la basílica de San Pedro en Roma, Notre Dame en París, Guadalupe en México, Coromoto en Guanare, el templo Mormón en Salt Lake City, los tecnificados *campuses* de las megaiglesias norteamericanas, o el fastuoso templo de la Iglesia Universal del Reino de Dios en Río de Janeiro, es obvio que los cristianos han querido con esas construcciones enviar un mensaje al mundo alrededor. En una experiencia más cercana aún, apenas a unos quinientos metros de donde vivo la comunidad portuguesa de mi estado lleva quizás unos cinco años erigiendo una basílica dedicada a la Virgen de Fátima patrona de Portugal. El edificio avanza lentamente pero ya se yergue a medio construir. Le faltan muchas cosas aún, adornos, vitrales, luces, altares, por ello las actividades de recolección de fondos continúan con gran ahínco y las familias donan grandes sumas de dinero para la obra, todo esto ocurre dentro de un país con una economía enferma y grandes desajustes sociales.

Pero, ese mismo término “basílica” proviene de la palabra *basileia* que significa “reinado de Dios”. En otras palabras, estos sitios de culto vienen a ser considerados como enclaves del reino de Dios, territorios santos, lugares donde Dios habita y puede ser hallado, sitios santos que se diferencian de lo que se encuentra a su alrededor. Sin embargo, en realidad el término iglesia proviene de *ekklesia*, un vocablo introducido en

³⁴ Stark R., *Cities of God*, Harper San Francisco, California, 2006, pp. 66-70

las epístolas paulinas que significa asamblea o reunión de personas. Aunque Pablo también usa la metáfora de la iglesia como una construcción cuya base principal o fundación es Cristo (1 Corintios 3:9), refiriéndose a la agrupación de creyentes que va siendo edificada por Dios mismo. Por ello la ekklesia es una comunidad, una familia, un cuerpo, una red social muy fluida.

Durante los últimos años me ha tocado conversar con un gran número de plantadores de iglesias y participar directamente en la plantación de varias de ellas. Una de las cosas que siempre me ha sorprendido es la manera cómo Dios reúne los grupos y conforma los equipos de trabajo en cada lugar donde decide continuar la misión imparabla. En general, aún cuando gastamos un tiempo considerable en la planificación, en la estructuración de equipos de plantación, en la escogencia de los lugares, en estudios del campo y su sociología, siempre Dios nos tiene guardadas algunas sorpresas. En muchos casos, el grupo de misioneros plantadores con el que se comienza no es el que va a permanecer, quizás las personas a las que pensamos evangelizar no responden como esperábamos haciéndonos cambiar nuestro modelo de trabajo, además, en el camino se nos unen otros creyentes con motivaciones e ideas diferentes a las iniciales. En la práctica, lo que surge como iglesia viene a ser algo muy diferente a lo que habíamos pensado y planificado. Pareciera como si Dios nos está forzando a que abramos un campo más amplio a la espontaneidad, a observar bien qué es lo que él ya está haciendo, y más bien unirnos a esa tarea. Entonces, la plantación se daría en forma natural, sin necesidad de forzar situaciones, con un fruto permanente y especialmente con un código genético que incluye la expectativa en la obra del Espíritu Santo como un componente esencial. En todo caso, la pregunta clave sigue siendo: ¿Cuáles son las características mínimas que un grupo de creyentes deben tener para ser considerados una iglesia?³⁵

La respuesta a la pregunta anterior va a depender claramente de la concepción o modelo mental de iglesia que poseamos. En lo profundo de nuestro ser yace una visión de la comunidad cristiana que está muy dominada por la institucionalidad, la congregación reunida, el sermón, los programas establecidos, los números, la membresía, la enseñanza y la adoración estandarizada y estereotipada. Por eso tendemos a proyectar estos parámetros en la evaluación que podemos hacer de la iglesia de Antioquía, incluso ver en

³⁵ Frost Michael, *Exiles*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts-USA, pp. 143-146, 2006

este texto mucho más de lo que realmente está allí presente. Para Calvino, cada vez que la palabra de Dios fuese compartida y recibida, y los sacramentos (bautismo y comunión) administrados era porque estábamos en presencia de una iglesia³⁶. En el mismo orden de ideas, Allen³⁷ señalaba que el objetivo de toda plantación es producir una iglesia que sea de *propagación, sostén y gobierno* propios. Así se expresaba:

¿Qué “iglesias” son las que han de sostenerse, gobernarse y extenderse por sí mismas? En el Nuevo Testamento encuentro esa clase de iglesias: la iglesia de Antioquia, la iglesia de Tesalónica, la iglesia que está en Corinto, la iglesia que está en la casa de alguien. Leo acerca de las iglesias en Galacia, las iglesias de Asia, las iglesias de Judea, Estas “iglesias” eran grupos locales de cristianos completamente equipados con ministros y sacramentos y eran... .. iglesias con sostén propio, gobierno propio y propagación propia.

³⁶ Ward P., *Liquid church*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts-USA, pp.67, 2002

³⁷ Allen R., *La expansión espontánea de la iglesia*, Editorial La Aurora, Buenos Aires-Argentina, pp. 51, 1970

Una iglesia apostólica

Hace algún tiempo conversaba con un amigo pastor en una ciudad latinoamericana sobre el libro de Wolfgang Simson, *Casas que transformarán el mundo*³⁸. Yo disponía de la versión en inglés y el acababa de leer la traducción al español. “¿Cómo te pareció?” Le pregunté. “Es un libro fenomenal hasta que llegas al capítulo donde comienza a hablar de los cinco ministerios”. Tal afirmación me sorprendió sobremanera. ¿Por qué les resultaba chocante a mi amigo y a muchos otros líderes cristianos que se hablara acerca de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros?

La dificultad parece surgir del término *apóstol*. Hoy en día tenemos en toda Latinoamérica una camada de “apóstoles” autodesignados que funcionan en base al liderazgo autoritario y algunas veces abusivo. Generalmente es un gobierno eclesiástico más bien burocrático y estructural, basado en el autoritarismo y carisma del líder y en la habilidad de su organización para captar gente y recursos. Lo cual refleja mucho el ambiente político en el que nuestro continente ha estado sumido por siglos, ávido de “mesías”, “de papas y de mamás” o de “botas militares” que nos resuelvan la vida. Rara vez se trata de una persona que responde al significado original del término, es decir, uno o una³⁹, que es enviado o enviada, con una comisión específica. En realidad se trata de una perversión de la idea original de Efesios 4:11, donde cada ministerio se complementa y da sentido el uno al otro, funcionando cada uno en sinergia con los otros roles, apuntando así a una especie de liderazgo plural, colectivo o corporativo. Esta dinámica la describe de la siguiente forma Allan Hirsh, quien ha sido prolífico acerca de este tema en los últimos años:

... No hay una palabra simple para describir este poder catalítico social sino invocar el lenguaje bíblico y denominarlo *apostólico*. Esto no se refiere sólo a la doctrina apostólica (poderosa como lo es en sostener la fe) sino a una cierta categoría de liderazgo, el de la persona apostólica. No encuentro ninguna instancia en las cuales la iglesia haya extendido significativamente la misión de Dios y experimentado un crecimiento metabólico, donde el liderazgo apostólico no haya estado presente de una forma u otra. De hecho, mientras más notorio el impacto de la misión, más fácil es discernir la

³⁸ Editorial CLIE, Tarrasa-Barcelona-España,

³⁹ Entre los colaboradores de Pablo se encontraba Junia que se presume era una mujer apóstol.

influencia de este modo de liderazgo... el liderazgo apostólico, como en todos los tipos de influencias, se identifica y mide en base al efecto que tiene en los ambientes sociales en los cuales opera. En estos términos, está siempre presente en los períodos de extensión misional. Tales personas puede que no se denominen a sí mismas “apóstoles”, pero la naturaleza apostólica, y el efecto de su ministerio e influencia, son innegables.⁴⁰

En realidad no quisiera subestimar lo complicado que puede ser la definición de estos términos que se introducen en Efesios 4:11. Las influencias culturales van a ser determinantes de nuevo, por ello supongo que cada época tuvo su propia definición del término apóstol. En nuestro caso la interpretación del vocablo va a ser afectada por la comprensión que tengamos del liderazgo, sus características y su rol dentro de las organizaciones. Los estudiosos resumen el progreso de las organizaciones, instituciones, y corporaciones bajo cuatro principios organizativos fundamentales: jerarquía, mercado, comunidad y red. En la jerarquía la autoridad delegada burocráticamente se convierte en el mecanismo coordinador. En el mercado son las necesidades de los clientes o usuarios las que determinan las características de la organización. En la comunidad como principio organizativo entran en juego los valores compartidos, el colectivismo y la cooperación. En la red, la confianza entre los actores para cumplir con la misión y lograr el bien común viene a ser el factor determinante. Cuando la jerarquía o el mercado son los principios dominantes, se produce una especie de despersonalización de la organización pues la eficiencia (jerarquía) y la satisfacción de las necesidades (mercado) se vuelven dominantes, mientras que en la comunidad y la red, la interacción y la interdependencia humana son esenciales. Por estas razones, independientemente de cual sea el principio dominante, siempre veremos expresiones comunitarias en diferentes grados de desarrollo, así como intentos de formación de redes.

Es bastante obvio que cada principio organizativo también propiciará también una clase particular de liderazgo. Para Max Weber la jerarquía requería de una burocracia donde los cargos estuvieran bien definidos en términos de su función y de la cadena de mando existente en la organización, pero llegando al final a un líder carismático patriarcal casi omnisciente, influyente, prestigioso, intachable y reverenciado como

⁴⁰ Hirsh A., *The forgotten ways*, Brazos Press, Grand Rapids-Michigan-USA, pp. 151, 2006

modelo a seguir, que dirigía desde el pináculo de la pirámide de su organización. Obviamente esta estructuración es altamente racional y calculada, lleva de normas y mecanismos de control, pero sobre todo rígida y resistente al cambio. Cuando se introduce la consideración del mercado como principio organizativo modifica someramente la burocracia para añadir la posibilidad de adaptación de los procesos a fin de que el producto final sea el exigido por los clientes. Esto requiere un tipo de liderazgo transformacional, alguien que sea capaz de articular una visión diferente del futuro, convencer a sus seguidores y clientes de que ello es posible, imaginarse el proceso de cómo lograrlo y de esta forma transformar su organización y finalmente lograr los objetivos planteados. En este caso, el énfasis se centra en lograr que los seguidores del líder estén alineados con su visión que se constituye en el eje central de la organización. No cuesta mucho trabajo encontrar los paralelos de lo que acabo de describir con las iglesias desarrolladas usando los principios del iglecrecimiento, en especial aquellas que hacen uso de técnicas de mercadeo para ampliar su feligresía.

Sin embargo, en medio de un mundo que se va haciendo cada vez más complejo, lleno de incertidumbre, que requiere agilidad, resiliencia, voluntad de cambio, creatividad e innovación de parte de todos, nuevas formas de organizarse van a surgir y ellas a su vez van a requerir nuevas definiciones del liderazgo. Formas comunitarias de asociación y de colaboración comienzan a surgir en las que el individualismo y la competencia son reemplazados por la confianza mutua que facilitan los acuerdos entre muchos participantes, para realizar nuevos emprendimientos en terrenos desconocidos y en situaciones complejas e inciertas. Se pasa de las estructuras netamente jerárquicas a nuevas expresiones donde se producen múltiples interacciones interdependientes y donde todos pueden contribuir de manera efectiva. El liderazgo se modifica de su énfasis en la autoridad, la posición, y la búsqueda de seguidores de una visión, para convertirse en un liderazgo plural, colectivo, colaborativo, y horizontal. En el mundo de la gerencia toda esta tendencia está intrínsecamente ligada a la innovación y el emprendimiento, a la expansión hacia nuevas fronteras. Razón por la cual este nuevo lenguaje gerencial se hace tremendamente atractivo para describir la naturaleza del ministerio apostólico en los movimientos misionales, por lo que se buscan paralelos prácticos con el pasaje de Efesios

4:11 en el que pareciera describirse una comunidad colaborativa de líderes descritos como apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

Allan Hirsh ha denominado a esta fuerza que impulsa la innovación y la búsqueda de nuevos retos, el *carácter apostólico*, el cual posee un tipo de liderazgo distintivo pues debe servir de referencia para el avance hacia nuevos territorios, lo cual incluye no solo la visión sino también la estrategia, la formación de equipos ministeriales, la propiciación de una cultura colaborativa orgánica alrededor de la misión, lo cual extiende por medio de la interrelación con una multiplicidad de organizaciones, iglesias, ministerios e individuos que conforman redes colaborativas que comparten ideas, recursos, amistad, proyectos dentro de un ecosistema misional iniciado e impulsado por el Espíritu Santo. En otras palabras:

una iglesia misional ... va a necesitar bastante más que el tipo de liderazgo tradicional del pastor y maestro. El liderazgo siempre proporciona un punto estratégico de influencia para el cambio y la renovación misional. Teniendo esto en cuenta, (cabe) preguntarse qué tipo de liderazgo. La respuesta natural es el misional y por tanto debe incluir la idea de apostólico⁴¹.

Como se ve, en estas consideraciones el citado autor incluye ideas acerca del cambio, renovación, reestructuración, reinterpretación, impartir una nueva visión, realinear, innovar, con el fin de cumplir con la tarea misional, aunque en general lo plantea dentro del contexto de las iglesias existentes o de la plantación de nuevas congregaciones. Eddie Gibbs⁴² también considera el llamado apostólico en el contexto del nacimiento de nuevas iglesias. Sin preocuparse de otras acepciones tradicionales del término, y siguiendo conceptos originalmente propuestos por Martin Garner⁴³, identifica lo apostólico con riesgo, aventura, desafío, comenzar de cero, superar los temores y los prejuicios, acercarse a los extraños y difíciles de alcanzar, a la vez de hacer frente a las adversidades, dificultades y la inseguridad financiera.

⁴¹ Hirsh, A. (2009). *Caminos Olvidados*, Missional Press, pág 157

⁴² Gibbs, E. (2013). *The Rebirth of the Church*. Grand Rapids (Michigan-USA): Baker Academic, pág. 90-93.

⁴³ Garner, M. (2007). *A call for Apostles Today*, Cambridge (UK): Grove Books.

Viv Grigg⁴⁴ por su parte extiende el ministerio apostólico a cualquier manifestación cristiana cuyo objetivo sea cumplir la misión imparables, no únicamente la plantación de iglesias, en concordancia con un principio que él deriva del pensamiento del misionero David Bosch, según el cual la verdadera eclesiología es principalmente misionera, no cívica. Grigg hace un llamado a comprender al rol apostólico (o carácter apostólico según Hirsh), como el impulso hacia “*la creación de estructuras de emprendimiento que demuestren la actividad de Dios en arenas seculares*”. Tal declaración concibe que la función del ministerio apostólico es impulsar al pueblo de Dios en diferentes direcciones, fuera del claustro de las iglesias, enviándolo hacia el mundo hambriento de Dios. Esto deja abierta las posibilidades para una multiplicidad de nuevas expresiones del cuerpo de Cristo, sin que necesariamente tengan que ser solo de naturaleza religiosa o litúrgica. Más adelante en este libro veremos lo que esto significa en relación al ministerio bivocacional y su importancia apostólica.

Dentro de este marco de referencia contemporáneo es interesante considerar la iglesia de Antioquía en el libro de los Hechos, porque ella surge de una manera completamente diferente, con una historia propia, sin copiar nada de la de Jerusalén, ni las otras comunidades de Judea, o las de las ciudades de samaritanos, las de Lida, Jope y Cesárea. Muchos estudiosos del crecimiento de la iglesia la consideran como un modelo “exitoso” de la extensión del reino de Dios hacia lo último de la tierra. Indudablemente que su nacimiento implica una innovación, un cambio radical de lo que hasta ese momento significaba la iglesia de Jerusalén con su énfasis en el pueblo judío. En Antioquía ocurren cosas en la misión imparables especialmente novedosas, pero especialmente se da el hecho trascendente de que esta comunidad asume la bandera de la evangelización del mundo conocido y la tarea apostólica del esparcimiento del mensaje a través de la siembra de nuevas comunidades, especialmente entre grupos distintos a los judíos, en claro cumplimiento del mandato de Hechos 1:8.

Sin duda que el establecimiento de la iglesia en Antioquía fue uno de los eventos más significativos en la historia de la iglesia primitiva. Se describe como un paso más dentro de un proceso natural de expansión, pero no se hace ninguna alusión a una

⁴⁴ Grigg, V. (2005). *The Spirit of Christ and the Postmodern City: Transformative Revival Among Auckland's Evangelicals and Pentecostals*. Tesis Doctoral. University of Auckland. Nueva Zelanda, pág. 111

estrategia específica o a algún plan diseñado por un comité delegado, “expertos” o por los mismísimos “doce apóstoles”. Al contrario, parece responder al patrón que ha tenido el Espíritu Santo, a lo largo de los capítulos previos, de sorprender constantemente a los líderes de la iglesia respecto a la dirección que deben seguir en el cumplimiento de la misión imparables. ¿Quiénes fueron los fundadores de la iglesia en Antioquia? Es difícil trazar nombres propios, destacar individualidades. En su gran mayoría se trataba de judíos helenistas, seguidores de la corriente de Esteban que tuvieron que huir de la capital hebrea hacia Fenicia, Chipre y Antioquía. Igualmente, había también otros que vinieron de Chipre y de Cirene en el Norte de África. Los mismos actuaban siguiendo el mandato misionero, sin necesariamente responder a algún grupo o líder en particular. Personas imbuidas en el pensamiento de que Dios no estaba confinado a un ‘lugar santo’, a una ley particular contenida en un ‘libro sagrado’, ni a una serie de costumbres particulares. Estos aventureros eran personas dispuestas a tomar riesgos por la extensión del reino de Dios. Eran creyentes misionales, que simplemente se habían tomado la gran comisión en serio y respondían a un impulso natural de compartir las buenas nuevas con otras personas. Como llegan allí huyendo, su única alternativa era integrarse a la comunidad antioqueña a ejercer sus oficios y hacer vida en la ciudad, mientras con pasión se dedicaban a: ‘anunciar las buenas nuevas’.

La ciudad de Antioquia era un suelo fértil para la predicación del mensaje del reino, pues sus habitantes estaban ávidos de nuevas ideas. Había allí personas de diferentes regiones, incluyendo el norte de África, Asia y de regiones distantes como Persia, India y hasta China. Al mismo tiempo, la comunidad judía estaba totalmente integrada a la vida de la ciudad y no había un distanciamiento tan grande con los gentiles. Estos misioneros encuentran en Antioquia una libertad que no habían experimentado antes, libres de ojos críticos, divisiones y persecuciones violentas. La nueva realidad en la que los gentiles se comienzan a incorporar a la iglesia les llevó a innovar y crear una experiencia comunitaria centrada en Cristo con sus propias características contextualizadas.

Dentro de este caldo de cultivo cultural, judíos y gentiles comienzan a encontrarse de una forma rutinaria en las casas de miembros de buena posición de la iglesia de

Antioquía⁴⁵. Evidencia de esto lo podemos observar en la epístola a los Gálatas 2:11-14, donde Bernabé, Pedro y los otros judíos de la comunidad de creyentes disfrutaban del compañerismo de la mesa comunal junto con los gentiles que habían creído en Jesús en las diferentes iglesias caseras que se establecieron a lo largo y ancho de la ciudad. En base a la afirmación de Pablo en Gálatas 3:28 donde expresa que en Cristo no hay diferencia entre judíos, gentiles, esclavos, libres, hombres y mujeres, es posible inferir que la iglesia que había surgido practicaba una vida comunitaria basada en la igualdad. Esto, sin lugar a dudas, constituía un avance notable en relación a la descripción de la iglesia de Jerusalén contenida en Hechos 2:42-47, además, representaba una nueva referencia para las futuras plantaciones que ocurrirían en el cumplimiento de la misión imparables.

De acuerdo a lo descrito en este capítulo, no hay duda de que la iglesia de Antioquía poseía un liderazgo con carácter apostólico desde sus inicios, así que era parte de su código genético. Después que Bernabé y Pablo llegaron a la ciudad, se preocuparon de enseñar los principios fundamentales de la fe a lo largo y ancho de las iglesias caseras que se habían establecido en la ciudad y de formar un equipo de liderazgo que agrupaba diferentes tipos de personas y dones. Funcionaban como líderes catalíticos⁴⁶ que interactuaban horizontalmente con sus compañeros, basándose en la confianza mutua, las relaciones, buscando la cooperación, inspirando a otros para que la idea central de hacer avanzar la misión imparables se hiciera realidad. Como respuesta a este liderazgo apostólico, en la comunidad existía una atmósfera de misión y de movimiento continuos que los impulsó a ser pioneros y pioneras en nuevos territorios, poner fundamento donde no había nada antes, y mantener siempre viva la pasión por la misión. De allí que el núcleo fundamental del ministerio apostólico estaba concentrado en la expansión de la iglesia a través de la plantación de nuevas congregaciones y la transmisión de la enseñanza cristiana en la vida de esas comunidades.

Esta es la clase de iglesias y líderes apostólicos que hacen falta en estos tiempos para que la misión imparables pueda llevarse adelante en medio de los desafíos de la globalización, la postmodernidad, la irrelevancia de la religión, la destrucción ecológica,

⁴⁵ Gehring Roger, *House church and mission*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts-USA, pp. 109-113, 2004

⁴⁶ Brafman O. y Beckstrom R., *The starfish and the spider*, Penguin Group, New York-USA, pp. 129, 2006

los conflictos, violencia y división familiar, y sobre todo, la urbanización acelerada con sus secuelas como la pobreza. Nuevas congregaciones deben surgir en todos los lugares posibles, con los valores del reino. Para ello se requiere dismantelar las superestructuras denominacionales y eclesiásticas, que se encuentran completamente agotadas como modelos, diseminar el poder y la autoridad que están hoy en día concentradas en unos pocos líderes con títulos como “apóstoles” y “profetas”, y salir de la comodidad de los templos para moverse hacia territorio desconocido, de esta forma seguiríamos cumpliendo con una misión imparables, aún lejos de estar concluida, especialmente entre las nuevas generaciones y los numerosos grupos no alcanzados que aguardan por escuchar las buenas nuevas.

Apóstoles invisibilizados

Durante un período de casi tres años tuve oportunidad de enseñar en una universidad en la República de Grenada, a escasas 80 millas náuticas de la costa venezolana, dentro de un programa de gerencia en salud. Esa universidad es famosa por su escuela de medicina que prepara médicos para el sistema de salud norteamericano, aunque también otorga becas para caribeños y africanos. Cuando llegamos descubrimos que la comunidad cristiana allí era bastante grande y por lo tanto había surgido una congregación dentro de la universidad. Era un grupo de adultos jóvenes que provenían de diferentes denominaciones y tradiciones eclesiológicas, en su mayoría evangélicos norteamericanos, pero también había muchos nuevos creyentes. De hecho, en los tres años que estuvimos allí siempre hubo bautizos en las preciosas playas aledañas al campus. Muchos estudiantes participaban en el grupo, aunque en general el enfoque era más bien tradicional, del tipo atraccional, así que el centro de todo era el servicio dominical, por cierto, bastante planificado y preciso en su uso del tiempo. Con nuestra llegada y la de otra pareja de profesores, las jóvenes mujeres de la iglesia, misioneras en potencia, tuvieron una amplia participación en diversas actividades, pero sobre todo, fueron incorporadas progresivamente como predicadoras para dar una perspectiva femenina durante los servicios dominicales.

Todo parecía andar bien hasta que empezamos a recibir correos electrónicos de protesta por parte de algunos estudiantes varones que estaban en desacuerdo con la participación de esas predicadoras. Hasta un joven que había sido líder de adoración durante un buen tiempo, sorpresivamente hizo público su desacuerdo en la charla que dio cuando se despedía para ir a cumplir con sus rotaciones clínicas. Mi esposa y yo ya habíamos pasado por controversias similares en el pasado pero en diferentes contextos, incluso decidimos en 1987 cambiar de congregación y denominación cuando un nuevo pastor informó a los miembros de nuestra minúscula iglesia local que a partir de ese momento sólo los hombres podían usar el púlpito y las mujeres debían restringirse al “diaconado”, entendido como una especie de servicio de apoyo que generalmente se quedaba en labores de limpieza del local, servir café y refrescos, tal vez visitar enfermos

y proveer alguna clase de bolsa de comida o ropa a los más necesitados. Sin embargo, lo que nos tomó por sorpresa en Grenada es la misma situación nos estuviera ocurriendo en una universidad, donde el 60% de los estudiantes eran mujeres, muchas de las cuales se convertirían en el futuro cercano en líderes en el área de la salud. Muy posiblemente esas mismas predicadoras que pretendían ser silenciadas llegarían a ser jefas de servicios y departamentos hospitalarios, directoras de hospitales y hasta ministras de salud en sus países de origen. Allí volvimos a darnos cuenta de que el rol de la mujer en la iglesia seguía siendo muy difícil y lleno de incertidumbres, no importa el lugar, el grupo social, la edad, o el nivel educativo de las personas donde la iglesia se plante.

A pesar de los avances de la mujer en la sociedad, su liderazgo en las iglesias contemporáneas tiende a ser minimizado, invisibilizado y sobre todo cuestionado. Sin embargo, no cabe duda que hay un impulso misional que late en la mujeres, incluso llevándolas a lugares donde ni los hombres osarían llegar y comenzar una labor apostólica de siembra y discipulado. Eso fue lo que movió a mi esposa Nora y su amiga Judith a comenzar un trabajo misionero en el barrio Aquiles Nazoa de Los Teques, la ciudad donde vivimos por más de 17 años. Ellas se metieron en esa peligrosa zona tratando de ubicar a las familias de niños que encontraban deambulando en las calles, expuestos a delinquir, probar drogas o prostituirse. Al llegar al lugar encontraron hombres y mujeres de paz y comenzaron a formar lentamente una comunidad cristiana. Hasta los *malandros* de la zona las llegaron a conocer y proteger en sus andanzas por esos lugares. En los muchos años que sirvieron en aquel barrio fueron muy pocos los hombres de la iglesia local que se aventuraron a subir los trescientos escalones desde la parada de autobús hasta la pequeña casita o rancho que sirvió de centro de operaciones. Sin embargo estas mujeres se abocaron durante más de diez años a enfrentar situaciones de violencia intra-familiar, mujeres heridas por los abortos ilegales, niños que no asistían a la escuela o que no rendían en sus estudios, niños o incluso adolescentes que ni siquiera tenían registro de identidad y a la par anunciar las buenas nuevas del reino de Dios.

Otra historia similar, quizás un poco mejor conocida es la de la misionera Jackie Pullinger quien con solo 22 años de edad llegó a Hong Kong en 1966 para comenzar un

trabajo de largo alcance que todavía continúa hoy 48 años después⁴⁷. Al igual que Nora y Judith, Jackie también comenzó con la enseñanza de niños dentro de la ciudad amurallada de Kowloon, un sector de Hong Kong que se convirtió en una anomalía política pues quedó fuera tanto del dominio chino como del inglés. Un antro de vicios, pornografía, prostitución, de degradación humana, de miseria, donde las aguas negras corrían a cielo abierto en medio de edificios provisionales, apilados los unos con los otros, y a punto de caerse. Allí inició su tarea de compartir el amor de Jesucristo con gánster y pandilleros de las mafias locales conocidas como la triada, con las prostitutas y con los pobres que allí residían, llegando a ver a muchos liberados de las drogas y de la autodestrucción, para empezar nuevas vidas. Hoy en día, después que la ciudad amurallada fue destruida en 1993 para dar lugar a un parque, muchas de las personas que conocieron a Jesús allí han seguido el ejemplo de Jackie y se han trasladado a otros países de Asia para continuar la misión que se comenzó en Hong Kong. A pesar del largo alcance de esta labor misionera y de los esfuerzos reconocidos por el gobierno local, Jackie encontró innumerables amenazas como misionera cristiana que realizaba una labor completamente novedosa en los márgenes de la sociedad. Una floreciente congregación surgió en Kowloon ya que aquellos hombres y mujeres liberados de la opresión y de la degradación humana difícilmente eran aceptados en congregaciones más conservadoras. Así que tuvo que desarrollarse como lideresa y formar un equipo de trabajo compuesto de mujeres y hombres para pastorear, enseñar, profetizar, orar y trabajar con todos aquellos que se sumaban a la naciente iglesia. Sin embargo, como ella misma lo expresa, durante un largo período de tiempo muchos líderes de la iglesia la conminaban a renunciar a ese trabajo por el hecho de ser mujer:

Tuve una cantidad de “ofertas espirituales” ... que eran más o menos así: “Tienes este maravilloso grupo de personas que ha llegado al Señor. Si tuvieses cobertura espiritual, Dios te bendeciría realmente. Deja que vengamos nosotros y nos encarguemos de liderar esta iglesia y así puedes seguir con tu tarea evangelística.” Muchas veces me sentí tentada. Sin embargo, mi respuesta era: ¿Qué han hecho ustedes por estos muchachos? Así que nunca entregué mis muchachos a otros líderes.⁴⁸

⁴⁷ ver <http://www.ststephensociety.com/> y la entrevista a Jackie Pullinger en <http://www.youtube.com/watch?v=3H0p4yy0NbY>, última visita 28 de enero de 2014

⁴⁸ <http://womenofchristianity.com/the-release-of-women-into-ministry-by-jackie-pullinger/>, última visita 28 de enero de 2014

Es indudable que en los ejemplos que hemos visto hay una actividad que coincide plenamente con el carácter apostólico definido en el capítulo anterior de servir de mensajeros y mensajeras del reino de Dios en los márgenes de la sociedad o en sitios donde la luz del evangelio no ha llegado aún. Sin embargo, pareciera que cuando éste carácter es ejercido por una mujer los obstáculos para su reconocimiento por parte de la iglesia se multiplican. En América Latina es común ver a las mujeres en el liderazgo de las iglesias, pero generalmente como “pastoras”, es decir, esposas del pastor principal o fundador de la congregación. En otras palabras, bajo la cobertura a la que hacía referencia Jackie. Para las plantadoras, que han iniciado un trabajo desde cero y que continúan extendiéndose a otros lugares a través de nuevas comunidades, la mayoría de las veces surgen cuestionamientos o soluciones alternativas en las que los varones toman control del liderazgo (algo que se ha observado en movimientos surgidos del ministerio apostolar de la mujer en Asia y África también)⁴⁹. Dentro de la iglesia misional contemporánea es notoria la baja o nula presencia de lideresas a nivel de la literatura del movimiento y en sus conferencias y programas de entrenamiento. Sin embargo, es bien sabido que muchas iniciativas misionales novedosas actuales son producto de la labor de dedicadas mujeres que entregan sus vidas por el bienestar y la transformación de sus comunidades.

La pregunta que resulta de todas estas observaciones es si de alguna manera existe un precedente bíblico a la labor apostólica de las mujeres. La misión imparables que se inicia en Jerusalén y es continuada por Samaria, Judea y Asia no tuvo reparos para reclutar mujeres, ni para que ellas se convirtieran a su vez en misioneras. Evidentemente, Jesucristo dio el ejemplo al tener un amplio grupo de seguidoras y al confiar las buenas nuevas de la resurrección a Magdalena quien se convierte en suerte de “apóstol a los apóstoles”. Sin embargo, habiendo la iglesia nacido en medio de un judaísmo bastante patriarcal, era bastante difícil que las mujeres pudiesen avanzar como lideresas sin que mediante la intervención del Espíritu Santo se quebrantasen algunos prejuicios y se tomaran muchos riesgos frente al patriarcado reinante.

El estudio del rol de la mujer en la iglesia primitiva ha tomado recientemente un interés notable aunque este aspecto de la historia de la iglesia permaneció dormido

⁴⁹ Ver el trabajo *Sucesoras de Pedro*, Nora Méndez (2009), Tesis de Maestría en Estudios de la Mujer, Universidad Central de Venezuela.

durante siglos. En líneas generales se asevera insistentemente que las mujeres tuvieron una participación amplia y decisiva en la predicación del evangelio y la subsecuente expansión de la iglesia⁵⁰. Una de esas extraordinarias intervenciones del Espíritu Santo lo constituye la plantación de la primera iglesia en Europa en casa de una mujer (Hechos 16:14). Muchos estudiosos de la misión cristiana en sus comienzos han llegado a la conclusión que este hecho es representativo de la contribución excepcional de mujeres de prominencia, autoridad, hospitalarias y económicamente prósperas en la predicación del evangelio, ya que ellas jugaron un papel muy importante en la fundación y promoción de las primeras iglesias caseras en muchísimos lugares⁵¹. Por ejemplo, en las iglesias que van a surgir en Filipos las mujeres van a “luchar” en la obra del evangelio y a ser colaboradoras directas de Pablo (Filipenses 4:2-3). En el caso particular de Evodia y Síntique, mencionadas al final de la carta, se trataba de lideresas de tamaño influencia que cualquier desavenencia entre ellas podía afectar a la comunidad de creyentes en Filipos y por ello Pablo las exhorta a que se pongan de acuerdo. A pesar de ese detalle en cuanto a su vida interna, las iglesias caseras de Filipos resaltan por su hospitalidad y generosidad, tal vez originada en la sensibilidad y compasión de aquellas prósperas mujeres, pues Pablo expresa, con palabras de halago, que fueron esas comunidades las únicas que le ayudaron a suplir los gastos que su misión generaba (Filipenses 4:14-18).

Sin embargo, esta participación de las mujeres en los equipos paulinos de plantación de iglesias es mucho más amplia pues incluye a varias otras que sirvieron como profetas, lideresas de sus comunidades, maestras, diaconisas, mensajeras y apóstoles. En este sentido Romanos 16:1-16 es un texto crucial pues allí se presentan muchos de esos roles, explícitamente asociados a nombres específicos⁵². Febe, es una lideresa de una iglesia casera en el poblado de Cencrea, cerca de Corinto y quien es la encargada de llevar la carta a los cristianos de Roma. Pablo la describe como hermana o compañera de misión, sierva o diaconisa de las comunidades cristianas y benefactora o patrona que ponía sus recursos materiales, relaciones, conocimientos e influencia al servicio de la labor misionera. Priscila, es una colaboradora y socia de Pablo de larga data

⁵⁰ Stark Rodney, *Op. Cit.*, pp. 103

⁵¹ Schüssler Fiorenza E., *In memory of her*, Crossroad, New York-USA, 1995, pp. 175-184

⁵² Smith, S. (2007). *Women in Mission: From the New Testament to Today*. Orbis Books: Maryknoll (New York, USA)

con la que ha trabajado en Corinto y Éfeso quien funcionaba como misionera itinerante junto con su esposo Aquila. Junia es reconocida en el texto como apóstol según la definición que Pablo usa para este término. Esta mujer es todo un caso en lo que respecta a la invisibilización de los apóstoles femeninos dentro de la historia de la iglesia, pues hasta recientemente muchas traducciones asumían un nombre masculino y obviaban el de Junia⁵³. Otras parejas misioneras que quizás se abocaban la atención de iglesias caseras son mencionadas como colaboradoras de Pablo, tal es el caso de Filólogo y su mujer Julias y de Nereo y su hermana, nuevamente indicando la activa participación de las mujeres en la consolidación de las comunidades cristianas. Seguidamente se mencionan Trifena y Trifosa quienes seguramente funcionaban como una pareja misionera itinerante al igual que Pablo y Timoteo, por lo que reciben elogio por su ardua labor.

Lamentablemente, en el Nuevo Testamento ésta es la única lista detallada donde se mencionan estas mujeres destacadas dentro de la misión cristiana. A pesar de ello, el texto pareciera indicarnos que Pablo estaba convencido de lo que había escrito en Gálatas 3:28 donde resaltaba la igualdad de hombres y mujeres como resultado de la nueva creación en Cristo. Una revisión de la literatura considerada apócrifa podría arrojar luces acerca del rol que jugaron las mujeres en la labor misionera en la expansión de la iglesia primitiva. Todo ello serviría de base para apoyar el liderazgo femenino dentro de las iglesias contemporáneas, especialmente su labor apostólica, misionera y de plantación de iglesias.

Es indudable que existe un peligro inherente en la definición del carácter misional en la forma como se hizo en el capítulo precedente puesto que la idea de la persona emprendedora o innovadora, que fomenta el cambio, capaz de detectar las oportunidades, y que no elude riesgos, puede ser fácilmente asociada con estereotipos masculinos, especialmente en organizaciones, que como la iglesia, han estado dominadas por los hombres en sus posiciones de liderazgo. En otras palabras, identificar al carácter apostólico solo con la idea de una persona solitaria, heroica, proactiva, comprometida con la toma de riesgos, que se inserta en terrenos desconocidos por su propia cuenta, es algo que se vincularía en nuestras culturas occidentales con el orden simbólico de lo

⁵³ Bailey, K. (2000). Women in the New Testament a Middle Eastern cultural view. *Theology Matters*. Vol. 6, No. 1, 1-11

masculino, dejándose a un lado a la mujer. Ya de por sí los modelos de plantación de iglesias usados dentro del movimiento de iglerecimiento están basados en una eclesiología muy estructurada y jerárquica donde la edificación de comunidades en misión no es la prioridad sino más bien la construcción de audiencias. Para ello hace falta al frente una personalidad carismática y un espíritu de emprendedor muy competitivo para que estos métodos puedan surtir el efecto deseado. Por el contrario, si en las iglesias misionales se enfatiza la presentación del evangelio del reino que básicamente se puede definir como el alcance de los pobres, los quebrantados de corazón, los ciegos, heridos, los presos y presas, y todos aquellos oprimidos espiritual y socialmente, estamos hablando de una clase de liderazgo cuyo centro es la compasión y la preocupación por los demás y por lo tanto ello requiere una redefinición alejada de los conceptos conocidos y populares en el mundo de los negocios y la política.

Por ello, si se quiere ser verdaderamente misionales, no es necesario, ni aconsejable, que las mujeres renuncien a su feminidad y formas relacionales de ver a la vida. Plantar una iglesia es como dar a luz a un bebé, y las mujeres poseen la habilidad para nutrir con sensibilidad algo nuevo, aprovechando su ternura y características relacionales. Es por ello que tienen un acceso más directo y conocen e interpretan mucho más acertadamente los contextos familiares y sociales donde se están plantando las nuevas iglesias, especialmente en sectores pobres y desprotegidos. Como vimos en los casos de Judith, Nora y de Jackie Pullinger, esa comprensión y práctica del liderazgo femenino se distancia de los modelos o paradigmas de plantación clásicos, influidos por el pensamiento competitivo masculino. Se hace claro que la medida del crecimiento numérico no es aplicable en estos casos y requiere nuevos modelos que describan la salud y el bienestar de las iglesias, más enfocados en la compasión, el cuidado de las personas y la protección de la naturaleza.

Es importante entonces estar abiertos a los modelos emergentes de iglesias misionales, llevadas adelante por mujeres, que están basadas en la gracia de Dios, donde el reconocimiento mutuo⁵⁴ y el respeto por la dignidad de todos es celebrado, donde el cuidado de los unos a los otros existe y se le dan oportunidades a todos para participar y

⁵⁴ Victoryn-Vangerud, N. (2000). *The Raging Hearth: Spirit in the Household of God*. St. Louis-Missouri (USA): Chalice Press.

ejercitar sus dones espirituales con amor y espontaneidad. Comunidades orientadas hacia el servicio, llenas de gracia, relacionales, relajadas y sencillas, sin complejas e intimidantes estructuras que producen temor, inseguridad, y miedo escénico al tener que pararse frente a un auditorio, o el gran estrés que produce integrarse a una cultura religiosa⁵⁵. Todas estas nuevas tendencias están marcadamente influenciadas por lo relacional, lo intuitivo, lo igualitario, la necesidad de diálogo, la diversidad, la solidaridad, la humildad, y la vulnerabilidad, valores estos que son centrales en el pensamiento contemporáneo de la mujer⁵⁶. Esto daría pie a un movimiento progresivo desde las jerarquías institucionales clásicas hacia la formación de redes cooperativas, de la fragmentación a la conectividad, de la dominación de las elites a la participación del colectivo, de la competencia por cargos institucionales a la cooperación, del individualismo a la mutualidad, del enfoque personalista al desarrollo de lo comunitario. En otras palabras, organizaciones basadas en Gálatas 3:28, igualitarias, de reconocimiento y cuidado mutuo, basadas en el liderazgo participativo, sin distinciones de etnicidad, género o posición social.

⁵⁵ Méndez, Nora (2004). “Man and Woman Revealing Together the Full Expression of God’s Wisdom”, *Lausanne World Evangelization Congress*, Pattaya-Thailandia, Octubre.

⁵⁶ Méndez, Nora (2009). *Op. Cit.*.

El trabajo como apostolado

Cuando comencé a estudiar en la universidad en Caracas, me reunía con un grupo de compañeros en unos salones de estudio que habían construido en la parroquia universitaria de Los Chaguaramos, cerca de los estadios y frente a la facultad de arquitectura de La Universidad Central de Venezuela. Era un sitio fresco, seguro, abierto hasta la medianoche, con la arepera El Tropezón a escasos metros y propicio para las conversaciones de todo tipo. Allí conocí a muchos sacerdotes que en aquel tiempo eran denominados “curas obreros” y que además vivían en los barrios de Caracas. Para ellos la tarea misionera era llevar el mensaje del evangelio al mundo laboral, predicando con el ejemplo, trabajando las jornadas completas y no limitándose a officiar una misa de media hora los domingos. Obviamente, estos curas no se limitaban al trabajo solamente, sus conversaciones iban cargadas con deseos de justicia, de ayudar a los obreros a superarse, muchas de sus acciones respaldaban movimientos sindicales y de lucha en pro del bienestar de la clase trabajadora. Para un joven un poco rebelde, en busca de una fe más relevante, más real y sincera, la idea era muy atractiva. Quizás desde allí me picó el gusanito que me infectó con la idea de poder ser un misionero a tiempo completo con mi profesión u oficio, algo que no ha variado ni un ápice en treinta años de labor ministerial. Influenciar los sectores académicos, de la salud o de la empresa con ideas innovadoras, formando jóvenes, buscando el progreso de un país con grandes oportunidades pero también con innumerables dificultades y vicios, es también un vasto campo misionero donde se actúa con los hechos más que con el discurso o la palabra.

Durante varios años me tocó recorrer diferentes países latinoamericanos como coordinador de misiones y plantación de iglesias para *La Viña*. En muchos lugares encontré pastores y pastoras quienes sentían que su trabajo en la obra era de segunda categoría, que estaban muy frustrados porque carecían de tiempo, que se lamentaban por no tener oficinas pastorales para preparar estudios o sermones o atender consultas, ni podían asistir a todas las reuniones y conferencias que se programaban en el círculo de líderes evangélicos de la ciudad. En su interior pensaban que nunca llegarían a calzar los zapatos de otros líderes que si estaban abocados a sus tareas de manera integral, que se habían formado para ello en instituciones académicas y que hacían un esfuerzo para

mejorar las organizaciones o iglesias para las cuales trabajaban. La razón central de toda esta percepción del ministerio no era otra sino el hecho que se trataba de líderes y lideresas bivocacionales, en otras palabras, que ejercían alguna labor profesional u oficio compartido con su trabajo para la iglesia.

Cuando escuchaba esas historias me sentía extraño pues no me identificaba con ellas, al fin y al cabo yo había servido como pastor por más de 25 años, desarrollando al mismo tiempo una labor académica universitaria muy intensa y laboriosa. Nunca en esos años pensé abandonar una cosa para hacer la otra, por el contrario, pensaba que esas tareas se complementaban y facilitaban mi misión. Pero no fui el único pues, por lo menos cuatro profesores más de la universidad en la que trabajaba, plantaron iglesias y trabajaron activamente en el ministerio pastoral, a la vez que han seguido sirviendo a la comunidad cristiana, y universitaria, con gran pasión y excelencia. Nosotros no somos los únicos, hay cientos de miles de líderes y lideresas cristianos en todos los rincones de la tierra que llevan adelante con excelencia una intensa labor misionera y apostolar junto con su ejercicio laboral y profesional.

Con el pasar de los años he reflexionado mucho sobre este tema y sigo pensando que hay un error conceptual en estas percepciones negativas hacia la bivocacionalidad. En vez de verla como una oportunidad se la ve como un mal necesario, se le etiqueta, arrincona y poco a poco se reduce al mínimo su potencial misional en comparación con su contraparte, la del ministro ordenado y profesionalizado. Si vemos que tanto Pablo como Bernabé, y los discípulos que formaron, en especial Priscila y Aquila, son ejemplos bíblicos claros del servicio bivocacional, entonces, ¿de dónde surgió esa visión que le da una importancia mayor a quiénes están a “tiempo integral” respecto a los que están trabajando en algún oficio, profesión, empresa o actividad de servicio social?

La plantación de la iglesia en Corinto, arroja muchas claves acerca del valor de la bivocacionalidad misional o del movimiento que otros, en el contexto de las misiones transculturales, han denominado de los “hacedores de tiendas” (*tentmakers*) para alcanzar a los urbanitas o moradores de las grandes urbes. Las ciudades son escenarios de misión, donde las necesidades físicas y el desempleo tienen que ser enfocados por la misión imparable y no restringirse simplemente a la espiritualidad, muchas veces evasiva y hasta apocalíptica, que no resuelve las necesidades primarias de las personas. Allí en la historia

de Corinto y considerando que Priscila y Aquila eran artesanos y comerciantes, lo más probable es que a su llegada a la ciudad hayan alquilado una vivienda que se adaptase a las actividades de manufactura que llevaban a cabo. Dichas casas poseían un piso bajo en el cual funcionaba el taller y uno alto para dormitorio, una sala de estar y la cocina. Sea en el pequeño apartamento, o bien, en el propio taller, ambos lugares podían haber sido usados para que unos veinte creyentes comenzaran la iglesia de Corinto⁵⁷. El taller de Priscila y Aquila estaba dedicado a la fabricación de tiendas de campaña o carpas y por tanto sus clientes potenciales eran personas de las clases sociales más altas. Éste era el tipo de persona que podía viajar, caminando de 15 a 20 kilómetros diarios, para luego detenerse, armar su campamento y pasar la noche⁵⁸. Así que la red relacional que se desarrolló a partir de la casa-taller de Priscila y Aquila iba desde los proveedores de cuero, que se encargaban de llevar la materia prima del campo a la ciudad, los obreros artesanos que trabajaban en la empresa, tratando, tiñendo, cortando, cosiendo y armando el producto final, los clientes locales que eran personas adineradas, los únicos capaces de comprar semejantes artesanías, y por último, los clientes foráneos, de igual condición social que los anteriores, pero que se encontraban de paso en Corinto y eran atraídos por la calidad de aquellas carpas. En este ambiente, donde pululaban diferentes personalidades, y que poseía un dinamismo singular es donde llegó Pablo a trabajar como uno más dentro de la empresa (Hechos 18:1-3). No queda duda que el negocio era un caldo de cultivo relacional, que permitía los contactos iniciales para la evangelización de aquella complicada ciudad.

Pero este patrón que observamos en Corinto se repite en muchas ciudades como Filipos, Tesalónica y Éfeso, y hasta en las regiones de Siria donde pasó un largo período de tiempo antes que Bernabé lo requiriera para que colaborara en la naciente iglesia de Antioquía. En todos estos lugares Pablo ejerció su oficio artesanal con ahínco y eficiencia a la par que su labor apostolar con gran pasión, aunque se expuso a la crítica justamente por trabajar con sus propias manos para ganar su sustento. Pero esta manera de combinar trabajo y misión hacía que no tuviese que depender de las donaciones de las iglesias o de benefactores/as y así poder sentirse libre como lo señala con vehemencia en 1 Corintios

⁵⁷ Gehring R., *House church and mission*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts, USA, 2004, pp. 134-143

⁵⁸ Bakke R., *Misión Integral en la ciudad*, Kairós, Buenos Aires-Argentina, 2002, pp. 98-99

9. Allí mismo, en ese capítulo memorable de la literatura paulina es donde expresa uno de los principios más importantes para la misión encarnacional de la iglesia y que seguramente rigió su forma de ver el trabajo y la empresa como epicentro de su labor evangelizadora en las ciudades por donde transitó:

Siendo del todo libre, me hice esclavo de todos para ganar al mayor número posible... me hice todo a todos para salvar por lo menos a algunos. (1 Cor. 9:19-23)

El enfoque misional en la plantación de iglesias requiere del empoderamiento y envío de los creyentes en todas las direcciones posibles, hacia todos los ambientes sociales posibles y dentro de todas las actividades humanas posibles para anunciar el reino de Dios. No hay duda que la iglesia ha llegado a ser dominada por la priorización del ministerio profesionalizado, por encima de otras actividades del quehacer humano. Esto es algo que se fue gestando con el transcurrir de los siglos y debido a las múltiples corrientes de pensamiento a las que estuvo expuesta la iglesia. Desde el principio hubo una fuerte influencia del mundo griego antiguo, donde el trabajo era considerado una maldición y por ello era visto con desdén por los filósofos. Más adelante en la edad media, el trabajo productivo para la satisfacción de las necesidades físicas perdió aún más su significación espiritual. La vida de contemplación se consideraba la antítesis de la vida del intercambio comercial o de la manufactura. La espiritualidad y el mundo material se veían como opuestos, y por tanto, el incremento de uno producía el decremento del otro. Por ello se produjo la separación entre la *vita contemplativa* y la *vita activa*. Fue así como el servicio religioso pasó a ser considerado la “vocación de las vocaciones”. Por ello se le criticaba a Pablo que usase sus manos para trabajar, en lugar de dedicarse a la oratoria y enriquecer su elocuencia, por lo que su trabajo se veía indigno de alguien que se consideraba apóstol y fundador de iglesias. Un escritor antiguo decía:

Dos formas de vida han sido dadas por la ley de Cristo a su iglesia. Una está por encima de la naturaleza y más allá de la vida humana... totalmente y permanentemente separada de la vida diaria de la humanidad, se dedica al servicio de Dios solamente... Está es la vida perfecta. Y la

otra, más humilde, más humana, permite que los hombres tengan mente para sembrar, comerciar, y otros intereses más mundanos... (a ésta) se le puede atribuir un grado secundario de piedad.⁵⁹

R. P. Stevens señala diversos aspectos que han influenciado en el desarrollo de una mentalidad que separa a los miembros de la iglesia entre *clero* y *laicado*⁶⁰, estableciendo así una jerarquía de funciones que no observamos en el accionar misionero de la iglesia primitiva. Esta división, es exacerbada por la introducción de la práctica de la “ordenación ministerial” en la que se enfatiza esa distinción y se le da un valor muy grande al “trabajo eclesiástico o ministerial”. Algunos otros aspectos que Stevens trata ya los hemos mencionado en este libro, como por ejemplo el énfasis desmedido en las estructuras eclesiásticas atraccionales (tipo “vengan” o “vengan y oigan”) de la iglesia contemporánea, lo que minimiza la misionalidad de los miembros y le da un peso extraordinario a las actividades de culto por encima de lo que ocurre en el campo del trabajo, el mercado, la empresa, los deportes, el sector social y la recreación.

Tomando en cuenta el precedente que nos presenta el libro de los Hechos, tanto en Corinto como en otras oportunidades a lo largo del recorrido de la misión imparables, podemos ver el asunto de los misioneros y misioneras bivocacionales de varias maneras⁶¹. Por un lado están quienes aún consideran a la misión y el trabajo como completamente *desconectados* el uno del otro, e incluso incompatibles, lo cual señala una forma muy fuerte de dualismo. Para quienes sostienen este pensamiento, si un cristiano realmente es serio acerca de la misión, debería buscar la manera de dejar su trabajo o empresa lo más rápidamente que pueda para poder dedicarse plenamente a las labores eclesiásticas. Otros consideran al trabajo y las oportunidades empresariales solo como medios para *sostener* a la misión, como algo circunstancial, hasta que otras formas de financiamiento puedan aparecer. Ésta es una sugerencia constante en los manuales de plantación de iglesias, que ve al trabajo o la empresa sin un valor cultural intrínseco, sino instrumental y pasajero, en el mejor de los casos.

⁵⁹ Eusebio de Cesarea, citado por Stevens R. P., “The market place: mission field or mission?”, www.fuller.edu/cil/dmin/emails/DMINupdate/Nov05/MARKMISSION.pdf, visitado por última vez el 15/07/2007

⁶⁰ Stevens R. P., *Os outros seis dias*, Ultimato, Viçosa-Minas Gerais, Brasil, 2005, pp. 175

⁶¹ Bang Sunki, “Tensions in Business”, *Vocatio*, Vol. 1, No. 2, 1998, pp. 17-18; ver también: <http://www.christiansatwork.org.uk/cgi-bin/caw.cgi?&page=resources&rescode=239>, última visita 15/07/2007

También es muy común, en la apreciación de muchas agencias misioneras e iglesias, ver al trabajo como una *plataforma* donde se apoya la misión. Esto es particularmente atractivo para solventar algunos problemas legales o requisitos exigidos en algunos países, con lo cual vendría a ser una forma de camuflaje para que los misioneros puedan entrar en países cerrados. En este caso, el trabajo o la empresa es un canal para el avance de la misión. Existen también quienes optan por llevar la misión al trabajo o la empresa. Es decir, ir al trabajo y allí evangelizar a algunos miembros de la empresa que no son creyentes. Pero, no necesariamente, cambiar el ambiente, visión y misión, o ética de la empresa.

Por último están los que de una manera más *holística* visualizan al trabajo y la empresa como misión, anunciando el reino de Dios en el ambiente del trabajo, el mundo organizacional y los emprendimientos sociales, a través de las actitudes y los valores cristianos. En este caso, las prácticas de la empresa, así como las capacidades del creyente en su manera de afrontar el trabajo son usadas para intentar corregir las desigualdades, buscar la justicia en el ámbito económico y social, traer esperanza, testificar de Cristo, desarrollar un ambiente más ético y profesional, mejorar la calidad de los servicios e influenciar a otras compañías u organizaciones. Las actividades profesionales, oficios, carreras, empresas, e incluso los cargos políticos no son vistas en forma utilitaria, sino como el campo diario de la misión imparables. Ello cambia radicalmente el valor del misionero bivocacional, pues se abre un mundo de oportunidades para el anuncio del reino de Dios, donde quienes solo han estudiado teología y ministerio no pueden moverse con soltura.

El Comité de Lausana en su reunión de Pattaya (Tailandia) estudió la importancia que hoy por hoy están tomando los misioneros bivocacionales en contraste con aquellos que están limitados a labores espirituales o religiosas estrictamente⁶². Entre otras cosas indicaba la fuerte globalización mundial que ha llevado a miles de cristianos a traspasar fronteras para trabajar en las más variadas ocupaciones, el incremento de los costos para el sostenimiento de misioneros y plantadores de iglesias, la falta de credibilidad de aquellos abocados exclusivamente a tareas religiosas dentro de muchos grupos sociales, y

⁶² “The local church in mission: becoming a missional congregation in the XXI century global context and the opportunities offered through tentmaking ministry”, Lausanne Occasional Paper No. 39, Forum of World Evangelization, Pattaya-Tailandia, 2004, www.lausanne.org, última visita 12/07/2007

la posibilidad de involucrarse más rápidamente en las comunidades a ser alcanzadas e impactarlas con el mensaje del evangelio.

En los últimos años he estado vinculado de manera activa en escuelas de gerencia y liderazgo a nivel internacional. Sobresale el hecho que las mismas se han tornado hacia lo que ellos denominan la responsabilidad y el emprendimiento social, en los que la innovación en los aspectos tecnológicos, gerenciales y sociales se combinan para encontrar soluciones a los más desafiantes problemas que enfrenta la humanidad. Los grupos humanos se han vuelto extremadamente vulnerables en todos los sentidos, las poblaciones son ahora muy propensas a los desastres ambientales, a la falta de energía, carencia de agua potable, de tierras productivas para la siembra, de lugares adecuados para la construcción de viviendas. A pesar de los esfuerzos la pobreza no se ha podido erradicar, independientemente del sistema político que se pretenda aplicar. Los problemas financieros y las guerras siguen allí presentes. Las Naciones Unidas y diversos organismos públicos y privados apunta a una lista de áreas que requieren la participación de todos, especialmente de los cristianos, tales como:

- Cambio climático global
- Afectación de los ecosistemas naturales
- Hambre y desnutrición
- Desigualdad económica
- Conflictos sociales
- Urbanización acelerada
- Escasez energética
- Crisis financiera
- Salud
- Educación
- Vivienda

La solución de estos desafíos requiere de una fuerza humana y profesional muy especial, plena de sensibilidad, de conocimientos y experiencia, a la vez que dispuesta a hacer los sacrificios que sean necesarios para su solución. Una buena parte de estos profesionales, emprendedores, innovadores, tecnólogos, gerentes, y activistas ya existen en los medios cristianos, pero no se les ha dado este trabajo como campo de misión. Por el contrario, cuando a estos profesionales de todos los ámbitos se les anima a plantar iglesias y participar en la tarea misionera, la única propuesta posible para ellos es el

abandono de sus carreras profesionales con las que podrían bendecir a comunidades, regiones y hasta países enteros. Bajo ese esquema se plantan nuevas iglesias, pero ellas continúan representando una forma de escapismo o alienación de las realidades circundantes y estableciéndose como nuevos enclaves de formas sofisticadas de imperialismo cultural.

Ante todos estos males asociados al mundo contemporáneo, los misioneros bivocacionales tienen su principal desafío y comisión misionera dentro del mundo del trabajo, la empresa y la labor social de amplio alcance. Por un lado, porque al estar el misionero o misionera incorporado a una empresa, se tiene acceso a las personas que allí laboran, dentro del contexto de relaciones humanas cotidianas. Las empresas, corporaciones, compañías, sin importar su tamaño, son comunidades donde se desarrollan relaciones profundas, a veces mucho más fuertes que en vecindarios e iglesias. El ambiente del trabajo genera espacios de proximidad que permiten el alcance de otros de forma relacional y natural debido a la cercanía que siempre tienen los compañeros de trabajo, especialmente en situaciones de crisis. Dado que la inmensa mayoría de las personas adultas dedican la época más importante de sus años productivos a estas labores, las posibilidades de establecer un vínculo con una persona, hacer amistad y profundizar hasta el punto de compartir áreas privadas que ameritan transformación son inmensas. Por otro lado, es necesario reconocer que el mundo del trabajo tiene una dinámica propia, una identidad, valores y temáticas intrínsecas, prioridades, propósitos, relacionalidad, ética, que lo convierten en una cultura en si misma que no escapa a aspectos vitales de la misión como la contextualización del evangelio. En esos casos, el misionero o misionera bivocacional deberá encarnarse en esos ambientes y ser capaz de anunciar el reino de Dios en formas entendibles por aquellos que conviven con él o ella en el mundo empresarial y del trabajo.

Este es un trabajo desde la base de la sociedad, donde los misioneros bivocacionales van progresivamente ejerciendo el liderazgo social a través del ejemplo y sirviendo de modelos a las nuevas generaciones que se van formando. Al no estar aislados de la realidad de las comunidades, pueden participar activamente en la búsqueda de soluciones y configurar proyectos que produzcan transformaciones palpables. No creo que sea una utopía, puedo imaginarme a cristianos y cristianas envueltos en empresas

sociales que buscan aliviar y transformar problemas energéticos, de salud, educación, violencia de género, desigualdades y muchos otros, y a la vez participar en la plantación de pequeñas comunidades en red donde el mensaje del evangelio es puesto a la disposición de quienes lo necesiten. Ambas cosas necesitan estar en armonía y permitir una nueva manera de ministrar en nuestro complejo mundo actual.

Movimientos de plantación de iglesias

La primera vez que escuché hablar de “movimientos plantadores de iglesias” fue en Costa Rica en 1998 durante la primera Conferencia Latinoamericana de La Viña. Fue Bob Fulton, uno de los fundadores junto con John Wimber, de la Asociación de Iglesias Vineyard (AVC) de Estados Unidos quien presentó el concepto a los allí presentes. Por aquellos días Bob se desempeñaba como director de misiones de la AVC y al parecer había estado leyendo con avidez los libros de Rolland Allen sobre la expansión espontánea de la iglesia primitiva y los principios misioneros del apóstol Pablo. Pienso que Bob quería ver esa clase de expansión explosiva para La Viña en nuestro continente donde pensaban que podían plantarse muchísimas iglesias. Sin embargo, lo que Bob no consideraba en aquellos momentos era el hecho de que La Viña se iniciaba con una eclesiología particular y ciertas estructuras consolidadas que buscaban ser reproducidas en América Latina. Sin embargo, la propuesta de Bob de estimular y ver un movimiento espontáneo en nuestro continente parecía tener algunos obstáculos en su realización, precisamente porque la eclesiología no era autóctona o contextualizada y la misma no había surgido desde el campo misionero donde ahora La Viña incursionaba.

Estos modelos diferentes de ser y hacer iglesia que nuestros hermanos norteamericanos nos presentaban provenían de un momento histórico de la iglesia norteamericana donde John Wimber, fundador de las iglesias Vineyard (Viña), surgió como un renovador y profeta para las iglesias evangélicas establecidas, principalmente aquellas de trasfondo no pentecostal. Sin duda estas formas eran muy atractivas pues por sus ambientes relajados, llenos de gracia, igualitarios, con poco énfasis en el sensacionalismo, de mensaje refrescante y música contemporánea e inspiradora contrastaban con la religiosidad y legalismo a los que habíamos estado expuestos en las iglesias de nuestra región. Sin embargo, venían de un contexto cultural particular, con una cosmovisión e historia que no se ajustaba a la nuestra, se basaban en recursos y capacidades que no poseíamos. Tratábamos de reproducir lo que veíamos y nos gustaba, pero generalmente no se trataba más que un remedo, una imitación bastante burda e incompleta. Así que al cabo de casi 16 años de experimentación, tenemos todavía una tarea por delante, encontrar la manera cómo los valores que se nos enseñaban acerca de la

centralidad del reino de Dios, la experiencia de la presencia de Dios, la relevancia cultural y la vivencia de una comunidad reconciliadora y compasiva, se expresaban en este vasto campo misionero y a partir de allí ver surgir una eclesiología autóctona o contextualizada y un fuerte movimiento de plantación de iglesias.

Hoy en día se ha popularizado el término *Movimientos Plantadores de Iglesias*, especialmente a raíz de un trabajo seminal publicado por David Garrison recientemente⁶³. Un movimiento plantador de iglesias es definido generalmente como una expansión rápida y espontánea de congregaciones que inician nuevas congregaciones, que se esparce en un grupo étnico, ciudad o región, o una nación entera. Tres aspectos resaltan de un movimiento plantador de iglesias, su característica multiplicativa, implicando que los modelos de iglesia usados son simples y reproducibles con suma facilidad, su alta velocidad de expansión, lo que indica que el paso de la conversión de una persona a su envío al campo de la misión es sumamente rápido (Esler⁶⁴ señala que las iglesias se forman cuando las personas se exponen a las escrituras y se convierten en discípulos que crecen espiritualmente mediante un proceso de auto-descubrimiento en lugar de depender del plantador/a de la iglesia), y su sustentabilidad, lo cual implica su independencia de recursos externos, la formación de líderes y el desarrollo de capacidades de reflexión teológica y misiológica propias.

Quizás la pregunta que surge es por qué no vemos realmente movimientos orgánicos de expansión del evangelio al estilo de los inicios del cristianismo. Por qué quienes asistimos a aquella conferencia en Costa Rica no captamos el idealismo de Bob Fulton al referirse a la expansión espontánea de la iglesia. La verdad es que muchos de los que estábamos allí, deseosos de conocer los valores de La Viña, habíamos sido condicionados durante mucho tiempo por el énfasis desmedido en el crecimiento numérico, y muy poco en la idea de la multiplicación de iglesias. De hecho, muchos de nosotros ya estábamos prejuiciados en contra las iglesias pequeñas por considerar que no tenían suficiente impacto en sus comunidades. Además, estábamos conscientes de que el énfasis en el crecimiento numérico requería una serie de habilidades que se corresponden

⁶³ Garrison D., *Church Planning Movements: How God is redeeming a lost World*, WIGTake Resources, Midlothian-Viginia-USA, 2004.

⁶⁴ Esler, T. (2013). "Two church planting paradigms". *International Journal of Frontier Missions*. Vol. 30:2, 67-73

más con el tipo de líder ejecutivo, visionario, muy disciplinado, impulsado por visiones estructurales y en cierta forma bastante autocrático. Como organización, la iglesia tiende a sofisticarse, a desarrollar una estructura compleja, a convertirse en proveedora de servicios especializados y esto, en definitiva, obliga a los miembros a prepararse para adecuarse a las exigencias de la institución, incluso para “competir” por los cargos disponibles. Entonces cómo aceptar estos movimientos plantadores en los que la sencillez de los métodos, la rápida preparación de los plantadores bivocacionales y la consecuente reducción de los costos asociados. Estábamos luchando con unos estilos que se habían vuelto parte de nuestra cultura evangélica latinoamericana.

No cabe duda que muchas iglesias de grandes dimensiones han sido pioneras en muchos campos y han traído y siguen trayendo grandes bendiciones a sus comunidades y naciones. Sin embargo, estadísticamente hablando, representan una fuerza minúscula frente a la amplitud de la misión que tenemos por delante. Hay países latinoamericanos donde se han desarrollado algunas fabulosas megaiglesias repartidas en ciertos centros urbanos, pero, paradójicamente, también hay una inmensidad de barrios, comunidades, poblados, aldeas, centros mineros, centros agrícolas, grupos tribales, tribus urbanas donde no hay una presencia cristiana influyente en esas comunidades. La gran mayoría de los expertos en misiología coinciden que la única manera de remediar tales falencias es mediante la plantación de más iglesias; idealmente *una en cada vecindario* como reza el slogan de una organización cristiana. Esto solo sería realizable mediante movimientos plantadores de iglesias contextualizados a las realidades locales, con liderazgo autóctono, y autosustentables.

A raíz de esas ideas ha surgido un ímpetu por volver a revisar el libro de los Hechos para obtener claves que guíen el establecimiento de movimientos plantadores de iglesias, no solo en países donde la misión ha sido escasa, sino en los inmensos centros urbanos que hoy en día existen y especialmente entre los ciudadanos de esta sociedad globalizada y postcristiana que estamos viviendo. Hoy por hoy, muchos misiólogos consideran que es fundamental retomar algunos aspectos de la misión imparables que se han ocultado en una maraña de maquinarias eclesiológicas, agencias misioneras, procedimientos de siembra de iglesias, de ordenación de pastores, de evaluación, selección y certificación de plantadores y misioneros, entre otras cosas. Se comparan los

resultados del primer viaje misionero de Bernabé y Pablo, después que salieron de Antioquía comisionados por la iglesia, como uno de estos movimientos. Especialmente a partir de una expresión en Hechos 16:5 donde se nos dice que: *las iglesias se fortalecían en la fe y crecían en número día tras día*. En los capítulos 13 y 14 (y al principio del 16) de Hechos encontramos una primera aproximación a la forma como el Espíritu Santo impulsó la misión imparabable mediante la plantación de comunidades en una forma espontánea y en un lapso de tiempo relativamente corto. John Stott, con su usual claridad, apunta a las razones por las cuales se produce el movimiento de plantación de iglesias del sur de Galacia. Al analizar el fenómeno señala lo siguiente⁶⁵:

... Primero, ‘parece que Pablo dejó a las iglesias recientemente fundadas con un sistema muy básico de enseñanzas del evangelio, dos sacramentos, una tradición con los principales hechos acerca de la muerte y la resurrección y el Antiguo Testamento’. Segundo, ordenó a los ancianos a través de una metodología combinada de elección y designación. Y tercero, confió plenamente en el Espíritu Santo y por ello no le huyó a los desafíos. Creía que el Espíritu Santo era una persona que moraba en los creyentes. Por tanto, tenía que confiar en los convertidos, creer en ellos. No a causa de sus virtudes naturales o suficiencia intelectual, sino debido a que el Espíritu moraba en ellos. Creía que si Cristo era capaz de cumplir lo que había prometido para él, entonces debía dejar a los convertidos para que le pudieran dar lugar a Cristo en ellos.

No cabe duda que semejante metodología contrasta demasiado con lo que estamos acostumbrados a ver en términos de la iglesia. Pablo y Bernabé establecieron iglesias cuyos fundamentos eran muy sencillos, su liderazgo estaba compuesto por nativos del lugar, lo cual lo hacia confiar en su sentido común y sabiduría, sus prácticas eran muy elementales, poseían un mínimo de ceremonia, se basaban en estructuras sociales de significación cultural como el *oikos*, y se caracterizaban por ser tremendamente expansivas y multiplicativas. Dichas comunidades estaban llenas del Espíritu y por lo tanto avanzaban el reino de Dios a los grupos sociales que no habían escuchado el evangelio. Era un movimiento sin precedentes en la historia, que llevó a la iglesia de,

⁶⁵ Stott John, *The message of acts*, IVP, London-UK, 1990, 235-239

unos pocos creyentes en Jerusalén para el momento del inicio de la persecución, a más de 30 millones en un lapso de trescientos años⁶⁶.

Es importante afirmar que es imposible “fabricar” un movimiento plantador de iglesias y llevarlo a producir los resultados que uno quisiera. No se trata de un asunto de ingeniería eclesiástica, de gerencia, de mercadeo o de infraestructura organizacional. El surgimiento de un movimiento plantador de iglesias es un hecho que depende de la soberanía de Dios. Pero, lo que si es posible, en términos humanos, es complicar, desacelerar, detener y aún obstruir que emerja un movimiento acelerado de expansión del reino de Dios entre grupos sociales no alcanzados. Entre los aspectos que más se señalan como principales obstáculos para la generación espontánea de movimientos de plantación de iglesias, Frost y Hirsh⁶⁷ apuntan tres atributos que la iglesia ha desarrollado en casi todas las denominaciones los cuales tendrían que ser transformados, o reformados, para que los movimientos de base puedan multiplicarse con libertad, naturalidad y exponencialmente. Estos atributos son básicamente su dependencia de los programas para atraer gente, su marcada tendencia a producir *gettos* de cristianos en lugar de esparcirse por el mundo y la dependencia de estructuras y organizaciones con sus consecuentes requisitos para el personal que las conforma. El problema con estos atributos es que ellos están tan inmersos en la psicología del creyente y de los ministros que su erradicación es básicamente un problema de ingeniería genética.

En el modelo *atraccional* que ya mencionamos varias veces en capítulos previos, los caballos de batalla son el culto y el sermón como centros de la actividad dominical, aspectos éstos que se ven reforzados en todas las recetas de crecimiento de la iglesia incluyendo el biótico propuesto por Schwartz. Sin embargo, en los textos bíblicos, vemos a una iglesia que a partir de la persecución en Jerusalén se convierte en *misional* y *apostólica*. Pablo y Bernabé y los otros que se les unieron, *van*, se mueven, se hacen presentes donde están aquellos que necesitan la salvación. Poco a poco le van dando carácter universal a su proyecto misionero, la teología y la eclesiología comienzan a desarrollarse mientras se hace misión en el mundo gentil griego y romano. En otras palabras, evangelizan a los ciudadanos educados y a la población rural, a gobernantes y

⁶⁶ Stark Rodney, *The rise of christianity*, Harper Collins, San Francisco-California, USA, 1996, pp. 6-7

⁶⁷ Frost M., Hirsh A., *The shaping of things to come*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts, USA, 2003, pp. 18-21

mendigos, a griegos y bárbaros que hablan otros idiomas o dialectos, van a los centros más importantes de la cultura griega en aquella región, pero también se internan en zonas de aparentemente poca importancia en el interior de la provincia de Licaonia. En esos contactos no hay protocolos especiales, sino mucha relación, apertura, paciencia y compasión. Como ya lo describí al hablar de la macdonalización de la iglesia, hoy en día, el enfoque atraccional está muy influenciado por la sociedad de consumo, pues para su éxito precisa de una oferta adecuada de productos y servicios, con la idea de que si son atractivos y de calidad, las personas llegarán a los pies de Cristo. Así se gastan recursos y una gran energía para montar eventos o actividades que atraigan a aquellos que están en necesidad. Pablo y Bernabé no perdieron tiempo en eso, fueron a la gente y se enfocaron en que se convirtieran en verdaderos discípulos.

Ahora bien, una gran parte del problema está en el dualismo que subyace en la mentalidad de las iglesias contemporáneas. En el dualismo lo que se busca es mantener una cierta distancia de todo aquello que pueda parecer “mundano”, alejado de Dios o demasiado terrenal⁶⁸. Ese dualismo simplemente lleva a separar nuestras creencias de la vida diaria y a la iglesia de la cotidianidad de las comunidades donde ella se encuentra insertada. Bajo esta cosmovisión, simplemente dejamos a una inmensa cantidad de personas sin la posibilidad de oír el mensaje del evangelio. El acto de ir a dónde están quienes más necesitan a Dios puede significar salir de la zona de seguridad de la vida eclesiástica y tomar el riesgo de entrar en territorios donde el pecado abunda. Es como volver a vivir la imagen de Jesús cruzando el lago y llegando a la región de Gadara, territorio considerado impuro y pagano, simplemente para encontrarse con un hombre que habitaba en un cementerio y destruía las cadenas con que intentaban contenerlo. Pero además, tener las agallas para que, una vez liberado, enviarlo a testificar ante su familia y paisanos. Siguiendo este modelo, Pablo y Bernabé desestimando las antiguas tradiciones dualistas judías, no tuvieron miedo de acercarse a territorio gentil, ni siquiera si se trataba de unos licaonios bárbaros que querían ofrecer unos toros en sacrificio. Adoptando el ejemplo de Jesús, fueron a las personas, sin importar su trasfondo, entraron en los lugares donde el reino de Dios tenía que ser proclamado en constante contraposición con los

⁶⁸ Wright N.T., *Bringing the church to the World*, Bethany, Minneapolis-Minnesota, USA, 1992, pp. 114

poderes dominantes y con ese recurso humano establecieron comunidades del reino y designaron líderes y lideresas que continuaran la labor allí comenzada.

El último aspecto a considerar es el institucionalismo, burocrático y jerárquico, que prevalece en la mayoría de las denominaciones y aún en iglesias individuales. Muchas iglesias están muy satisfechas con sus organigramas y los procedimientos para el entrenamiento y la ordenación de sus líderes. Lógicamente, para poder ascender en tal estructura es necesario competir y ser muy eficiente. Esto no se traduce necesariamente en salir y extender el reino, o dicho de otra manera, ser más misional, sino en cumplir mejor con los requisitos que la organización ha impuesto. Stetzer y Garrison⁶⁹ han acuñado el término *eclesionomía* para describir otro ángulo del problema, es decir, las demandas económicas y financieras que el desarrollo organizacional de las iglesias imponen. Sueldos, equipos, terrenos, edificios, espacios de radio y televisión, propaganda y pare usted de contar deben salir de los diezmos y ofrendas de los miembros de esas comunidades y obviamente toda la energía es absorbida por la eclesionomía y por ende cualquier idea de expansión espontánea y acelerada se pierde.

Es allí donde el enfoque tan sencillo de Pablo y Bernabé para el establecimiento de líderes y lograr la propia sustentación, gobierno y propagación del movimiento de iglesias de Galacia suena a locura, ciertamente parece una imposibilidad en el estado actual de la iglesia. Es por ello que la vuelta a un liderazgo plural, no profesionalizado; el desarrollo de organizaciones planas, no jerárquicas, de pequeño tamaño para evitar la burocracia y la dispersión de recursos; y la formación de redes cooperativas, son la clave para retornar a un modelo de plantación de iglesias más orgánico, multiplicativo y que tenga el dinamismo propio de un movimiento.

⁶⁹ Stetzer E, y Garrison D. “The potential for church planting movements in the Western world”, última visita 03/02/2014. <http://www.oikos.org.au/freedownloads.html>

Anatomía de un movimiento plantador de iglesias

Hace poco leía los requisitos que se pedían para ser plantador de iglesias en una región de la India, simplemente: “*saber leer y tener Biblia*”. La propuesta suena un poco loca para quienes hemos recibido educación, realizado postgrados y quienes evaluamos las capacidades intelectuales, de trabajo, y hasta espirituales, en base a títulos académicos. No se pedía un curso de griego o hebreo, ni siquiera alguna preparación en hermenéutica. No, simplemente amar a Dios, dejarse guiar por el Espíritu Santo y saber leer la Palabra aunque sea un poco. Con ello ya se podía comenzar una comunidad profética de creyentes. Obviamente esto no es más que una exageración puesto que en los movimientos de plantación de iglesias el discipulado es el núcleo central de la estructura orgánica y ello provee el marco para un proceso de crecimiento y formación del liderazgo que puede incluso llegar a niveles avanzados. Lo que puede parecer superficial, simple y hasta contraproducente, si se lleva a cabo de forma sostenida y progresiva puede dar resultados superiores a los modelos tradicionales basados en la predicación a grandes audiencias en las cuales al final se desconoce si el mensaje realmente produjo algún resultado en las personas. Neil Cole defiende ardorosamente el modelo orgánico de plantación de iglesias, basado en el discipulado, que es el centro de los movimientos plantadores, de esta manera:

Durante mucho tiempo, la iglesia ha enseñado que la solución a la herejía estaba en un predicador muy bien educado en el púlpito, cuando la solución ha estado siempre en que la Palabra de Dios esté en el corazón de las personas en las bancas. Una iglesia sólo será tan buena como lo sean sus discípulos. Mantener la Palabra y su interpretación en la mano de profesionales ha creado más bien un ambiente que es susceptible a las falsas enseñanzas.⁷⁰

El espacio existente hoy por hoy para la formación de discípulos cristianos es inmenso pues la humanidad ya no basa su raciocinio en la ética cristiana como primera opción; nuevas creencias han surgido, viejas prácticas y rituales han renacido. En gran

⁷⁰ Cole, N. (2010). *Church 3.0: Upgrades for the future of the church*. San Francisco (USA): Jossey-Bass, pág. 240.

medida, el desarrollo del movimiento de plantación y extensión espontáneo, característico de la iglesia primitiva, se debió al hecho que los cristianos eran una minoría y carecían de poder político y religioso. Una vez que la iglesia gana acceso a los poderes de la sociedad, cambia su postura y se convierte en atraccional, dualista e institucionalizada. En ese estado permaneció por siglos, mientras la mayoría de los países poderosos, y sus gobiernos, se percibían como cristianos y las iglesias apoyaban sus proyectos sociales. Sin embargo, el hombre y la mujer de hoy pueden armar su propia religión, escogiendo un poco de aquí y otro de allá. Aunque hay sociedades donde aún la iglesia cristiana tiene una influencia a nivel político a través de sus prelados y autoridades, el feligrés común y corriente asume la vida en base a una manera de pensar más postmoderna y globalizada, incluyendo su visión de las posturas éticas, las cuales pueden, en un momento dado, contradecir completamente las de la iglesia.

Aunque la idea de los movimientos plantadores de iglesias ha sido retomada para aplicarla misiológicamente en grupos sociales donde la iglesia carece de una presencia significativa, ella también tiene una relevancia en escenarios como el descrito anteriormente donde la iglesia existe institucionalmente, pero que a causa de su dualismo carece de impacto real en los individuos y comunidades. En esos casos estamos hablando de la necesidad de movimientos que sean a la vez, *pioneros*, puesto que las nuevas generaciones necesitan ser evangelizadas, y *renovadores*, ya que los padres y madres anhelan recuperar la fe perdida. Por otro lado, en las naciones del mundo en desarrollo, sean católicas o protestantes, la población pobre se ha convertido en un grupo no alcanzado más, pues viven en lugares y vecindarios que son bastante inaccesibles para una iglesia que simplemente busca atraer gente a sus locales y crecer numéricamente. Como señala John Hayes⁷¹, fundador de *InnerChange (Cambio Interno)*, para poder desarrollar un movimiento plantador de iglesias entre los pobres de las grandes urbes del mundo, hará falta una nueva generación de misioneros apostólicos que estén, al igual que Pablo y Bernabé, dispuestos a *ir*, internarse en esos barrios y *favelas* siguiendo el ejemplo encarnacional de Cristo, pero que tengan la mentalidad de enseñar a “pescar” a los pobres y comprometerse a ver surgir un liderazgo autóctono, a partir de la gente alcanzada.

⁷¹ Hayes John, *Submerge*, Regal Books, Ventura-California, USA, 2006, pp. 16

Quizás sea una visión, un sueño, una utopía, pero los cambios son inminentes y se requiere que la iglesia retorne a alguna de los principios esbozados en este libro. Algunas personas señalan que ha habido dos reformas en la iglesia, la de la teología y la de la espiritualidad, pero que aún necesitamos ver una reforma de las estructuras que permita llevar el evangelio finalmente a toda criatura. Es posible que el desarrollo de nuevos movimientos plantadores de iglesias sea un paso inicial en esta dirección. Para ello es necesario que algunos de los siguientes elementos sean puestos en marcha:

- La formación de comunidades cristianas a partir de las estructuras sociales y familiares donde ellas están inmersas y no usando estrategias artificiales de mercadotecnia. En este caso es necesario pensar a la iglesia como una serie de conexiones personales que se extienden a lo largo y ancho de la comunidad donde ella se encuentra. Esto conllevaría a que el crecimiento fuese orgánico, natural y multiplicativo.
- La proliferación de pequeñas comunidades de fe abiertas, incluyentes y participativas, centradas en Cristo y dispuestas a cumplir con la misión imparables. Pueden ser versiones contemporáneas de esas comunidades pequeñas que surgieron en Jerusalén, Antioquía y en la región de Galacia a medida que la iglesia avanzaba en su movimiento de Jerusalén hacia lo último de la tierra.
- El desarrollo de una estructura reticular no jerárquica para estos grupos o comunidades a fin de que ellos no se vean aislados los unos de los otros. Este es el concepto tan difundido en los actuales momentos sobre las redes, el cual ha invadido todos los dominios de la actividad humana. A causa de la tradición, asociamos la iglesia con un edificio, con algo sólido, pero sabemos que esto es a la vez limitativo e impersonal. Las redes no son tangibles, parecen líquidas, pero son muy poderosas en su accionar. Cada grupo dentro de la red posee sus propias iniciativas y proceso de toma de decisiones, a la par que son nodos con multiplicidad de conexiones.
- Liderazgo plural e igualitario, o bien una pluralidad de centros de liderazgo. Los líderes son reconocidos por su autoridad espiritual y no por una formación profesional para tal fin. En principio, Pablo y Bernabé establecieron ancianos en cada ciudad donde fundaban una iglesia. Por un lado, ellos no se instalan como

líderes foráneos que deseaban controlar y que tenían todas las respuestas, sino que el liderazgo era escogido a partir de los miembros de la comunidad. Por otro lado, seguían básicamente el modelo de Antioquía donde el liderazgo se ejercía en equipo. Al repetirse este patrón una y otra vez en cada localidad, esto hace al movimiento *policéntrico*, es decir, no regido por una cadena de mando directa conectada a un líder central que tiene la última palabra, tampoco existe una persona que puede hablar en nombre del movimiento como un todo⁷².

- La existencia de equipos de personas que se mueven horizontalmente dentro del movimiento y entre movimientos, al estilo de Pablo y Bernabé, con la intención de llevar la ideología fundamental, su doctrina, animar, exhortar, entrenar, impulsar a la misión, iniciar nuevas comunidades o redes, etc. Más adelante en Éfeso, Pablo denominaría a estas funciones en términos de los servicios apóstolar, profético, evangelístico, pastoral y docente. Esta es una tarea que puede ser llevada adelante por personas sencillas u ordinarias que se enfocan a nivel personal en discipular a los líderes o los miembros de los grupos. Otros u otras cuyos dones les permiten participar en reuniones y conferencias de mayor escala pueden usar sus habilidades para la expresión pública, o bien, para escribir y participar en foros de discusión, pero sin centrar la atención del movimiento en estas actividades⁷³.
- A causa del dinamismo del movimiento, el mensaje contracultural que conlleva y su visión transformadora, existe una oposición real de parte de la sociedad circundante o, principalmente, de los viejos odres, es decir, las estructuras tradicionales de la iglesia que se resisten a la transformación. Como ya vimos, la oposición o persecución sobre la iglesia en Jerusalén hizo que ella saliera y se expandiera multiplicativamente. Los movimientos crecen con la misma fuerza de la oposición con que son enfrentados, ya que se genera un espíritu de solidaridad, una necesidad de superar las diferencias y de trabajar juntos⁷⁴.

⁷² Gerlach Luther, *The structure of social movements: Environmental activism and its oponents*, Capítulo 9, en http://www.rand.org/pubs/monograph_reports/MR1382/MR1382.ch9.pdf, última visita 24/10/2007

⁷³ Cole, N. (2010). *Op. Cit.*, pág. 159-162.

⁷⁴ Gerlach L., *Op.Cit.*, pág 299

- La articulación de una ideología básica, de un mensaje concreto, de un marco de referencia para la vida, que establezca claramente la diferencia con respecto a aquellos que no están en el movimiento. No es necesario solo con formular los conceptos, sino que ellos tienen que ser sencillos y transferibles para que el movimiento pueda sobrevivir. Si la iglesia es demasiado complicada su reproducción se compromete, puesto que solo líderes profesionales y talentosos pueden llevarla adelante⁷⁵. En Galacia, Pablo y Bernabé se enfocaron en un mensaje de salvación muy claro. Para los judíos, que el Mesías se había revelado en la persona de Jesús, y que la salvación no era por obras. Para los gentiles que había un solo Dios y que éste no hacía acepción de personas, por lo que ellos tenían acceso a la salvación también. Lo demás vendría progresivamente al incorporarse a las pequeñas comunidades y participar de la vida comunitaria.
- La respuesta de los creyentes a esa ideología o mensaje básico por medio de una reorientación radical del estilo de vida, sus prioridades y prácticas. Es decir, la incorporación al movimiento a través de un acto deliberado, una decisión, o experiencia que señale la aceptación del mensaje. En el caso del movimiento de Galacia, quedaba representado por la conversión a Cristo y el compromiso con las nacientes comunidades de creyentes. Algo que es bien representado y simbolizado por el bautismo como ceremonia de iniciación cristiana.

Un tweet que leí hace poco me puso a pensar acerca de la fragilidad de los movimientos, por ello hay que tener sumo cuidado en los esfuerzos misionales y necesitamos ser guiados por el espíritu Santo en todo momento. El mensaje en cuestión decía lo siguiente:

"Siete cosas que detienen un movimiento: grandes edificios, grandes programas, grandes personalidades, mucho control, mucho dinero, grandes eventos, muchas reglas y controles".

⁷⁵ Cole N., *Organic Church*, Jossey-Bass, San Francisco-California, USA, 2005, pp. 27

La ciudad: un campo infinito de misión

Si hay algún lugar donde la misión cristiana no se detendrá en los próximos cincuenta años por lo menos es en las grandes ciudades del mundo. Con solo echarle un vistazo a las estadísticas de la mayoría de los países latinoamericanos uno puede darse cuenta que las grandes ciudades que los españoles y portugueses construyeron se han convertido en los polos de atracción de la mayoría de la población. Todo este movimiento migratorio ha ocurrido en un siglo y lo que va del actual, a pesar de los inmensos desafíos de hacinamiento, tráfico, contaminación ambiental, costo de vida, desigualdad social, fatiga y estrés, inseguridad e incertidumbre, y problemas de gobernabilidad. Las tendencias muestran que el flujo de personas a las ciudades continúa a pasos acelerados.

Entre los grandes desafíos de la misión imparables en las megalópolis actuales está cómo abordar su amplia diversidad en términos sociales, culturales, étnicos, de idioma, generacionales, de género, educativos, laborales, y muchos más. Una de las claves para el avance de la misión en las urbes es alcanzar a las personas en las realidades en las que están inmersas para que luego sean transformadas mediante el poder del evangelio. Esto implica varios desafíos misionales tales como un enfoque encarnacional de la misión, una verdadera comprensión de las necesidades, un lenguaje relevante, y un ministerio holístico que busque transformar los aspectos sociales y económicos de las comunidades en general, y de los cristianos en particular.

¿Qué puede enseñarnos el anuncio del evangelio las antiguas ciudades mediterráneas que se describen en el Nuevo Testamento? En general, el mundo urbano greco-romano era bastante complicado, rayando en el caos y la crisis constante. Las ciudades no eran inmensamente numerosas como las actuales pero si tenían una densidad poblacional increíblemente alta. Ese era el caso de Roma y Antioquía cuyas densidades eran casi el doble de la de Manhattan. Corinto quizás poseía una densidad inferior, pero, aún así superaba a íconos de las urbes contemporáneas como Calcuta⁷⁶. Así que las ciudades de esos tiempos estaban llenas de miserias, miedo, peligros, desesperanza, donde las familias se veían obligadas a vivir en cuartuchos abarrotados de personas,

⁷⁶ Stark, *Op. Cit.*, 1997, pp. 149-150

donde la mitad de todos los infantes morían. Urbes donde había demasiado antagonismo étnico y un flujo imparable de extranjeros, haciendo las calles peligrosas. Además eran ciudades que podían ser arrasadas por una guerra, un incendio o un cataclismo con facilidad, dejando a los sobrevivientes en la más completa miseria. Estos fueron los lugares que los cristianos escogieron para plantar sus bases misioneras en la cuenca mediterránea. Sitios donde la posibilidad de vencer el miedo, aliviar el dolor y de salvación en Cristo, así como la solidaridad de la nueva comunidad del reino de Dios, eran recibidos con gran esperanza.

Aunque las realidades son tan distantes y disímiles, como muchas urbes actuales, Corinto también era una ciudad bastante compleja. Ella combinaba todas las diversidades sociales y étnicas presentes en el Mediterráneo, desde comerciantes a prostitutas, de obreros portuarios a funcionarios públicos, así como una amplia variedad de creencias y cosmovisiones, iniciar una iglesia en ese lugar era una tarea bastante difícil. La ciudad se extendía a lo largo de ocho kilómetros en la península Aquea. Estaba ubicada estratégicamente en el estrecho que era un paso obligado norte-sur y este-oeste. Poseía dos puertos, Lequeo y Cencreas, distanciados por una corta franja de tierra que separaba a los mares Adriático y Egeo, por lo que Horacio la denominó la *ciudad bimarís*, lo que permitía pasar barcos o carga de un mar al otro, ahorrándose largas horas de navegación. Todo ese tráfico tenía que pasar necesariamente a través de Corinto, lo que hacía de ella una ciudad de marineros, navegantes y mercaderes que iban y venían de todas partes del mundo conocido. Allí se comerciaba con bálsamos arábigos, papiros egipcios, dátiles fenicios, marfil libio, alfombras persas, pieles de cabra, lana licaónica, esclavos frigios⁷⁷. Es decir productos y mercancías de todas las regiones y culturas. Se trataba de una metrópolis cosmopolita, pero llena de orgullo por ser la capital de Acaya, por su reconocidas cultura, riqueza y prosperidad

Como muchas ciudades portuarias, Corinto se destacaba por su inmoralidad sexual. Poseía el famoso templo de Afrodita o Venus, la “diosa helénica del amor”, ubicado en el Acrocorinto, un monte rocoso de unos seiscientos metros que dominaba la ciudad. Un millar de prostitutas sagradas servían en el templo en los cultos de fertilidad,

⁷⁷ Stott J., *The message of Acts*, IVP, Leicester-England, 1990, pp. 293-294

cosa que permitía la existencia de un floreciente turismo sexual⁷⁸. “Corintianizar” llegó a ser usado como término peyorativo para describir la inmoralidad sexual en aquellos tiempos; igualmente había otras expresiones como “ir a ganarse el sueldo a Corinto” que era sinónimo de prostituirse. Aparte de la adoración a Afrodita, se rendía culto a muchos otros dioses, entre éstos, Melicertes, la protectora de los navegantes, y Poseidón, el dios del mar, llamado Neptuno por los romanos, para quien se celebraban los juegos ístmicos con la participación de atletas y delegaciones de la mayoría de las ciudades griegas.

En términos políticos, la ciudad de Corinto que Pablo y su equipo conocieron era producto de la reconstrucción de otra más antigua que había sido destruida por los romanos, a causa de su rebeldía al Imperio. Desde el año 27 a. de C., Corinto era la sede del gobierno romano de Acaya. Por esta razón la población de la ciudad estaba constituida en buena parte de ciudadanos romanos, muchos de ellos libertos italianos, griegos venidos de otras partes, inmigrantes del mediterráneo y una colonia judía.

Guardando las distancias, hace poco cuando visité la ciudad de Panamá me pareció ver algunas similitudes con Corinto. Al principio de la década de los sesenta me tocó vivir allí cuando mi padre realizaba un entrenamiento con la Fuerza Aérea norteamericana. En aquél tiempo, era una ciudad pequeña, cuya economía estaba basada en el sostenimiento de la comunidad norteamericana allí residente, consistente principalmente de militares y funcionarios del Canal de Panamá. Cuando volví, casi cincuenta años después, mucha agua había corrido bajo los puentes del Canal, desde el traspaso a manos panameñas, pasando por el gobierno de Noriega, y el retorno a la democracia actual. En las zonas donde jugaba de niño se levantaron innumerables rascacielos, casi todos los bancos latinoamericanos abrieron sucursales allí, al igual que las grandes compañías navieras. El Canal no ha sido superado en el continente como la vía preferida de transporte de bienes y mercancías entre el Atlántico y el Pacífico y ahora se prepara para ser ampliado.

A pesar de ello, la pobreza del país es aún notoria y evidente y una inmensa cantidad de personas permanecen marginadas. La ciudad es tremendamente cosmopolita y diversa, con personas venidas de todos los continentes, por lo cual también hay una amplia oferta en el ámbito religioso. Uno puede ver los minaretes de las numerosas

⁷⁸ Vidal C., *Pablo el judío de Tarso*, Algaba Ediciones, Madrid-España, 2006, pp. 192

mezquitas, muchísimas sinagogas y un antiguo barrio judío, iglesias católicas y la adoración del Cristo negro en la costa atlántica, miles de pequeñas y grandes iglesias evangélicas y por supuesto, una multiplicación acelerada de la santería y las prácticas de la nueva era. Aprovechando su posición geográfica tan privilegiada, la ciudad es también un atractivo polo de desarrollo turístico con innumerables hoteles, casinos y diversiones asociadas. En su intensa vida nocturna es fácil intuir que la promiscuidad, prostitución y tráfico de drogas son cosas rutinarias.

La Corinto del Nuevo Testamento y la Panamá contemporánea son dos ciudades que poseen grandes similitudes, son a la vez emporios comerciales, centros de comunicación de viajeros y mercancías, lugares donde se mueven las finanzas a diestra y siniestra, atractivas a la inmigración, susceptibles a la perdición e inmoralidad, abiertas a la espiritualidad en cualquiera de sus formas e internacionalmente famosas debido a su estratégica ubicación. Iniciar un trabajo misionero transformacional en estas urbes tan complejas parece una tarea abrumadora. La intención no es la creación de nuevos gettos o subculturas dentro de una sociedad que ya de por sí está abierta a cualquier clase de religión, espiritualidad o culto, más bien el desafío está en identificar y abordar algunos de sus males, de allí la necesidad de plantar iglesias cuyo enfoque misional sea holístico o integral. Ahora bien, esto no se puede lograr sino hasta que unos pocos se decidan a iniciar la labor misionera en algunos de estos sitios. Al principio se les verá como insignificantes e incapaces de impactar la pecaminosidad intrínseca de las grandes urbes. Pero es una labor de amor que avanza una persona a la vez. Una tarea que comienza con un pequeño germen, como cuando se siembra un simple grano de mostaza, o como ese poco de levadura en la masa. La imagen bíblica es archiconocida, la mostaza crece hasta ser un arbusto donde los pájaros pueden reposar y anidar, la levadura hace crecer el pan. Así que todo será cuestión de paciencia, un paso a la vez, desde lo micro hacia lo macro.

En Corinto, Pablo se acercaba cada día de reposo a la sinagoga para conversar allí con judíos, prosélitos y temerosos de Dios. Cuando Pablo, Silas y Timoteo comienzan a tener problemas con los judíos en la sinagoga, el vecino de al lado ofrece su casa para que puedan continuar con su misión. Quien hizo esta oferta fue Ticio Justo, una persona que llevaba tiempo simpatizando con las creencias del judaísmo pero que no había estado dispuesto aún a circuncidarse. Posiblemente su casa era mucho más grande que la de

Priscila y Aquila, lo que les permitía reunir unas cuantas personas más, incluyendo principalmente algunos de los judíos disidentes de la sinagoga. No hay forma de establecer si Ticio Justo se convirtió al cristianismo y formó parte de la iglesia en Corinto. Se presume que llegó a ser un líder en base a su educación y posición social. De lo que no queda dudas es que su casa fue una base estratégica para la misión imparables puesto que en ella se convierte Crispo (Hechos 18:8), quien era el líder principal de la sinagoga en Corinto, y junto con él fueron bautizados todos sus familiares (1 Corintios 1:16), siguiendo el patrón de Cornelio, Lidia y el carcelero de Filipos. Sin embargo, el mismo Pablo menciona que Estéfanos y su casa entera fue el primer fruto de la misión en esa región (1 Corintios 16:15), quien seguramente a causa de su estatus social poseía una vivienda lo suficientemente grande para hospedar allí también una iglesia casera.

En otra referencia bastante importante a la iglesia de Corinto que se encuentra contenida en la Carta a los Romanos (16:23-24), se mencionan los nombres de Gayo (1 Corintios 1:14) y Erasto. Para muchos comentaristas Gayo, aparte de proveer alojamiento para Pablo en sus visitas a Corinto, también extendía su hospitalidad al resto de los creyentes de aquella ciudad. En estas reuniones globales (1 Corintios 14:23) la actividad más importante era la celebración de la cena comunal (1 Corintios 11:20), lo que requería un espacio bastante grande. Al parecer, entre los creyentes la única casa que poseía esas características era la de Gayo, quien tenía una elevada posición social en la ciudad. También es importante mencionar a Erasto, un miembro prominente de la administración de la ciudad, quien llega a funcionar activamente dentro de los equipos misioneros paulinos (Hechos 19:22, 2 Timoteo 4:20). Debido a la importancia política de Erasto, no existen mayores dudas en cuanto al hecho que poseía una casa suficientemente grande y una red relacional inmensa como para servir de anfitrión a otra importante iglesia casera de Corinto. Como ya se mencionó en un capítulo anterior, también estaba Febe no (Romanos 16:1-2) la lideresa o “patrona” de una iglesia que funcionaba en su casa en el pueblo portuario de Cencrea a pocos kilómetros del centro de Corinto, una viuda liberta, que poseía una posición económica bastante buena, lo que le permitía viajar como emisaria y misionera, además de poner su casa a la disposición de la misión imparables⁷⁹.

⁷⁹ Gehring R., *House church and mission*, Hendrikson Publishers, Peabody-Massachusetts, USA, 2004, pp. 142-143

Y qué decir de Priscila y Aquila, los socios comerciales de Pablo y compañeros de andanzas misionera por todo el mediterráneo.

En Hechos 18:10 Lucas señala que Pablo tenía mucho pueblo de su lado en la ciudad de Corinto. Vemos como en el lapso de dieciocho meses de intensa evangelización, mientras trabajaba en el negocio del cuero, conversando con clientes y amigos, visitando la sinagoga primero y luego las casas de los temerosos de Dios, haciendo amistad con personas relevantes de la sociedad griega de Corinto, Pablo, Priscila, Aquila, Silas y Timoteo desarrollaron una amplia red de relaciones humanas que simplemente comenzó a multiplicarse por si sola. Ninguno de ellos permaneció por mucho tiempo en aquella ciudad, pero la iglesia siguió creciendo y avanzando gracias a esa poderosa red de relaciones, contactos e influencias, a pesar de los muchos problemas que sabemos que con el tiempo se presentaron en su desarrollo y madurez. Paradójicamente, algunos comentaristas indican que para la fecha en la cual Lucas hace mención al número de creyentes que apoyaban a Pablo, se estima que sumaban entre 50 y 90 las personas que se congregaban en las diversas iglesias caseras de la ciudad⁸⁰. Lo que es sobresaliente es el hecho que esta red estaba incrustada a través del tejido de la sociedad corintia, desde las clases más bajas, incluyendo obreros del taller de cuero de Priscila y Aquila, hasta las más altas y poderosas como las familias de Gayo y Erasto.

La misión en Corinto nos muestra cómo se puede plantar una iglesia mediante el uso de redes relacionales, a partir de un puñado de mujeres y hombres que usan todos los recursos disponibles, partiendo de sus oficios, relaciones personales y arriesgando hasta sus propias vidas por causa de la misión imparables. Todo lo cual tiene una gran aplicación en medio de escenarios urbanos difíciles, como los que observamos a diario en las metrópolis de América Latina. La iglesia primitiva avanzó notablemente gracias al hecho que funcionaba más bien como una red con múltiples nodos independientes representados por cada iglesia casera. Notemos como nunca se menciona un líder principal dentro de la iglesia de Corinto, ni una iglesia casera que estuviera por encima de las otras, o que le diera “cobertura” a las demás. La estructura era bastante simple pero que permitiese para cumplir la misión dentro de la ciudad, influenciando y transformando vidas.

⁸⁰ Ghering, ob. cit., pp. 139

En los últimos años se ha desarrollado y potenciado el concepto de las redes en todas las esferas del acontecer humano. Los avances en la tecnología computacional son simplemente el resultado de ese deseo natural de hombres y mujeres de permanecer conectados y ser parte del ramal de alguna red. Sin embargo, la topología de una red es todavía muy extraña como concepto organizacional para la iglesia. Nos hemos acostumbrado demasiado a las jerarquías y organigramas verticales más que al tejido plano de la red, el cual con su flujo constante y su apertura a las múltiples interacciones, es difícil de concebir en el mundo cristiano. Muchas veces se comparan a las iglesias celulares con la iglesia primitiva a causa de la existencia de células o grupos pequeños distribuidos a lo largo y ancho de las ciudades. El problema es que dichos grupos no son necesariamente autónomos o misioneros, sino que están incorporados dentro de algún escalón de una estructura jerárquica de la cual son muy dependientes. Las diferencias son sutiles pero fundamentales.

Neil Cole⁸¹ discute en detalle sus experiencias en la gestación de movimientos orgánicos de discipulado y plantación de iglesias en ámbitos urbanos, en el que sobresale la configuración de redes de comunidades de pequeño tamaño, que a su vez se agrupan en redes de redes, y de allí hacia estructuras más complejas y grandes. Cole es insistente en su idea del uso de estructuras bien sencillas, que sean de fácil modificación y adaptación. De hecho, expresa su ideal de la siguiente manera:

... lo pequeño no cuesta mucho. Es fácil de reproducir. Lo pequeño es más sencillo de cambiar e intercambiar. Lo pequeño es móvil. Es más difícil de detener. Lo pequeño es íntimo. Se infiltra más fácilmente. Lo pequeño es algo que las personas ven como factible, como algo que ellos mismos pueden hacer....⁸²

Lo que llama la atención en esta propuesta, y que guarda relación con la plantación de la iglesia de Corinto, es que la unidad básica que sustenta las redes está formada por un grupo pequeño de dos o tres creyentes que se reproducen constantemente. Es el pequeño grupo reunido en la casa de Ticio Justo para hablar acerca del mensaje del evangelio. Un grupo que comienza a esparcirse poco a poco por toda la ciudad, hasta que

⁸¹ Cole Neil (2011), *Church 3.0*,

⁸² *Ibid*, pág. 173

ésta es impactada por las transformaciones que están ocurriendo en las vidas de las personas tocadas por el evangelio.

Conversando en la plaza

Durante un tiempo estuve visitando la Universidad Central de Venezuela en Caracas para comenzar un grupo cristiano en uno de los departamentos de esa casa de estudios. Generalmente tenía que atravesar un área, localizada en los alrededores de la biblioteca y de la majestuosa Aula Magna, mejor conocida como: *Tierra de Nadie*. Se trata de un lugar espectacular. Uno de los días que andaba por allí había una exposición de carteles sobre investigaciones científicas acerca del medio ambiente. Al lado de aquellos serios jóvenes tecnólogos y tecnólogas, un grupo bastante grande de otros muchachos entrenaban una mezcla entre arte marcial y danza brasileño mejor conocido como *capoeira*. Frente a aquel grupo, el sonido del *berimbau* y las contorsiones de la *ginga* cariocas se entremezclaban con unas parejas que bailaban una cosa que llaman *salsa casino*. Eso sin contar unos chicos que muy cerca de allí ensayaban los atléticos movimientos que caracterizan al *hip hop* urbano. Alrededor de aquella mezcolanza, que a muchos puede parecer un caos, había también estudiantes preparándose para exámenes, hablando de política y en una de las salas de conciertos acababa de terminar una asamblea convocada por la asociación de profesores para discutir sobre la amenaza a la autonomía de la universidad venezolana. Miles de personas de todos los trasfondos iban y venían, aquel espacio que cada día parece una pequeña torre de Babel, es sin lugar a dudas un termómetro de la temperatura cultural de la cosmopolita y compleja ciudad de Caracas.

De la misma forma como ese punto de encuentro universitario y ciudadano me atrae, a la vez me confronta con el cumplimiento de la misión imparabla. La razón es que muchas veces veo a la iglesia bastante limitada en su capacidad para comunicarse a esos niveles en que se mueve la sociedad. Sin embargo, al leer sobre eventos como el que ocurrió en Atenas cuando Pablo es invitado al Areópago, me doy cuenta que si es posible llevar adelante la misión en esos sitios y anunciar el evangelio a las personas que los frecuentan. Para lograrlo, tenemos que asumir una actitud diferente, salir de la comodidad, incluso estar dispuestos a la crítica y al sufrimiento, y a quebrantar unos cuantos paradigmas. La visita a Atenas nos muestra un nuevo enfoque de lo que hasta ese momento había sido el proceso de la iglesia primitiva y representa un modelo para la contextualización del evangelio. A ese respecto, veamos qué fue lo que ocurrió en esta

nueva etapa de la misión imparables y que principios podemos entresacar para nuestra práctica misionera contemporánea.

La “*tierra de nadie*” de la Universidad Central de Venezuela es definitivamente un ágora urbano postmoderno como hay muchos en toda nuestra América Latina. Hace quizás unos veinte años, este lugar existía con características más o menos similares, con una mayor expresión política, fundamentalmente de izquierda, menos artistas de calle, pero siempre con gente moviéndose de un lado a otro, dialogando, discutiendo y dándole vida a la plaza central de la universidad. Por aquellos años algunos cristianos se adentraban en esos lugares portando un famoso librito que contenía en forma muy programática cuatro pasos concretos para conseguir la salvación. También había otros que llevaban un *pin* con dos signos de interrogación que iniciaban una conversación bastante estereotipada, que había sido planificada con el fin de arrinconar al incauto interlocutor hasta hacerle tomar una decisión. En esas andanzas muchas personas se convirtieron al evangelio y surgieron algunas iglesias y otras crecieron abundantemente. Era una forma muy racional o conceptual de presentar el evangelio, con poco o ningún diálogo, sin mayor respeto por las preguntas y dudas subyacentes en aquellos que eran abordados, muchos menos mostrar interés en conocer sus creencias o formas de ver la vida, que eran siempre consideradas anticristianas, aunque la gran mayoría de ellos eran de trasfondo católico. Sin embargo, hoy por hoy, tales metodologías son prácticamente irrelevantes y por ser tan cuadradas y manipuladoras en su concepción, son rechazadas por una población joven que ha cambiado su manera de razonar y experimentar la vida en las últimas dos décadas de manera acelerada.

Ante tal estado de cosas, ¿Qué importancia puede tener para nosotros la conversación de Pablo en un lugar tan antiguo como el Ágora o el Areópago de Atenas reseñada en Hechos 17? ¿Qué relevancia para la evangelización y la plantación de iglesias? La primera observación tiene que ver con el aumento del hambre espiritual a todos los niveles, seguido de una consecuente proliferación de la oferta de creencias, religiones o “espiritualidades”. Lo segundo está relacionado con la necesidad de entablar diálogo con las personas donde ellas están, donde con más facilidad se abren a una conversación sobre temas espirituales, en amistad y cordialidad, sin sentirse amenazadas

o invadidas en su búsqueda personal. Alister McGrath⁸³ dice que la buena preparación del terreno para evangelizar descansa en dos premisas fundamentales: de nuestro conocimiento de los amigos y del conocimiento que tengamos de Dios y de la fe cristiana, por lo que hay que invertir un gran tiempo en profundizar en ambos elementos. Pienso que ambos aspectos fueron bastante resaltantes en la experiencia de Pablo en Atenas, a pesar que muchos estudiosos consideran que sus frutos allí fueron nimios, pues solo un tal Dionisio, miembro del Areópago, una mujer llamada Damaris y unos pocos más fueron receptivos al mensaje del evangelio. Sin embargo, sabemos por lo que hemos venido viendo en la misión imparables que con ese núcleo ya era suficiente para comenzar una iglesia con gobierno, sustento y expansión propia en aquella ciudad.

Dentro de la ecuación de McGrath, uno de los grandes problemas de los cristianos contemporáneos para llevar adelante la misión imparables es que han limitado su círculo de amistades a la esfera de aquellos que ya conocen el mensaje, que se han convertido y bautizado y que forman parte de una iglesia o comunidad cristiana. La evangelización, por lo tanto, tiene que proceder por caminos creados artificialmente. Bien sea, a través de campañas públicas, atractivos anuncios, reuniones prefabricadas o, a través de la forma más impersonal y estereotipada de todas como lo es el uso de medios audiovisuales. Aunque ya hemos mencionado esto en otras secciones de este libro, los cristianos le pierden el pulso al devenir de sus comunidades, quedan fuera de ellas, no hablan su lenguaje, no dialogan con las diferentes corrientes de pensamiento allí presentes. Cuando las iglesias comienzan el duro retorno a volverse misionales, uno de los aspectos más difíciles de confrontar es que muchas congregaciones han sido *gettos* aislados de la realidad social circundante. Desde el punto de vista personal resulta doloroso ver como se han abandonado amigos, compañeros, conocidos sobre los cuales se podía haber ejercido una influencia cristiana, porque la iglesia absorbió toda nuestra energía, tiempo y recursos.

La visita de Pablo al ágora nos da una idea para trabajar en estos tiempos de postmodernidad y nuevas espiritualidades. Ir al encuentro y comenzar a construir puentes de comunicación con viejos y nuevos amigos. En el concepto de la iglesia misional, no

⁸³ Green Michael y McGrath Allister, *¿Cómo llegar a ellos?*, Editorial Clie, Colección Teológica Contemporánea, Terrassa-Barcelona, España, 2003, pp. 57

hay forma de que ellos vengan a nuestro territorio y dialoguen en nuestros términos. Tenemos que salir e ir a ellos donde se encuentren con un sentido de misión, pero también mostrando un interés genuino. No es proselitismo, sino amor lo que nos debe mover y sacarnos de nuestra comodidad y relativa seguridad actual. ¿Dónde están esas ágoras actuales, esos puntos de encuentro, esos lugares de diálogo? ¿Dónde podemos identificar otras “*tierras de nadie*” donde la gente acude para socializar? ¿En dónde y cómo podemos comenzar a construir puentes?

Un concepto que se ha divulgado mucho últimamente y que proviene originalmente de la arquitectura y el urbanismo es el de los llamado “*terceros lugares*” o como los hemos denominado aquí los “puntos de encuentro” o las “plazas postmodernas”. El sociólogo Ray Oldenburg⁸⁴ identificó estos lugares como esos escenarios, ajenos al trabajo y al hogar, que permiten que personas de distinta condición puedan reunirse, conocerse y pasar juntos el tiempo. Existe una gran variedad de estos espacios públicos que acogen a todo tipo de personas en encuentros periódicos, voluntarios, informales y gratamente esperados. Ellos son terrenos neutrales en los cuales la gente puede reunirse, ir y venir a su antojo, sin anfitriones, donde todos se sienten cómodos y a gusto. La actividad que sustenta estos “terceros espacios” suele ser la conversación impredecible de la cual surge la novedad, pero a la vez que permite el conocerse, descubrir intereses comunes y darse cuenta de las capacidades que poseen las personas para desarrollar proyectos conjuntos. Las afinidades que se derivan de estas asociaciones casuales e informales contribuyen a la formación de comunidades fuertes y tienen un potencial muy grande para la generación de amistades profundas.

Así como Pablo, al llegar a Atenas, identificó al Ágora como un “tercer lugar” muy importante de la cultura griega, en nuestro accionar misional, necesitamos descubrir esos espacios en nuestras comunidades y ciudades y comenzar a frecuentarlos. Obviamente, las características de cada uno ellos dependen del contexto, no es lo mismo una cancha pública de baloncesto en un populoso barrio de un cerro de Caracas a una librería en el centro de Buenos Aires, pero el concepto de punto de encuentro sigue siendo el mismo. Algunos lugares han sido creados deliberadamente para funcionar como puntos de encuentro como los cafés o los actuales *lounges*, otros surgen espontáneamente

⁸⁴ Oldenburg R., en http://en.wikipedia.org/wiki/Ray_Oldenburg, última visita 24/10/2007

o circunstancialmente, como los grupos de padres que observan a sus hijos entrenar natación o fútbol durante horas, varias veces a la semana.

Frost⁸⁵ señala que los “terceros lugares” son muy importantes para llevar adelante la misión cristiana puesto que generalmente en ellos las personas están más relajadas, menos a la defensiva y más abiertas a una interacción y conversación más significativa. Sin embargo, para estar en ellos es necesario dedicar tiempo y ser genuinos, es decir, no involucrarse para hacer proselitismo, sino estar allí como una parte natural de la vida. El problema está en que la gran mayoría de los cristianos han definido sus vidas alrededor de su casa, trabajo y la asistencia a las actividades de la iglesia. Pero, éstas últimas son tan numerosas y exigentes que terminan absorbiendo cada instante de tiempo disponible.

Cuando comenzamos a congregarnos, en la que sería nuestra iglesia por más de 12 años, había reuniones de oración todas las noches y además, los domingos teníamos dos cultos, uno de los cuales era denominado “evangelístico”. La verdad es que allí no quedaba tiempo ni para la familia. Se trabajaba porque había que producir para comer, pero todas las amistades y distracciones sociales quedaban relegadas al olvido y nosotros circunscritos al círculo social de la iglesia. Sin duda que el evangelismo en esas condiciones tenía que llevarse delante de una manera muy limitada y antinatural.

Con el paso del tiempo y después de unos cuantos golpes, logramos salir de esas camisas de fuerza religiosas. Así también lo hicieron muchas congregaciones, pero en Latinoamérica, tierra propicia para las modas, se han terminado adoptando sistemas destructivos de la vida social y por ende poco misionales, como lo son los programas de iglesia celular (entre estos el mejor conocido es el de *grupos de 12* o *G-12*, ya referido en un capítulo previo). Éstos sistemas organizativos de la iglesia simplemente succionan todo el tiempo libre que los creyentes tienen, a través de numerosas reuniones celulares o de liderazgo, aparte de tener que asistir a los servicios dominicales y a otras reuniones o retiros adicionales⁸⁶. Para las iglesias urbanas, tal exigencia implica invertir como mínimo unas dos horas adicionales por cada reunión solo en transporte. Hagamos un cálculo rápido y con facilidad veremos que en las congregaciones latinoamericanas se puede llegar a más de 20 horas a la semana dedicadas solo a actividades eclesíásticas.

⁸⁵ Michael Frost, *Exiles*, Hendrickson, Peabody-Massachusetts, USA, 2006, pp. 58

⁸⁶ Comiskey Joel, *Groups of 12*, Touch, Houston-Texas, USA, 1999, pp. 118-120

Bajo tales condiciones, quién puede tener disponibilidad para ir con calma al gimnasio, caminar con amigos en el vecindario, participar de actividades comunales, sacar tiempo para ir a “tierra de nadie” y tomar clases de *capoeira*, asistir a talleres de bailoterapia o zumba⁸⁷, tomarse un café con calma en la panadería y discutir las noticias de la prensa con los habituales del lugar, ni hablemos del “tiempo de calidad” en familia. Sin embargo, ya sabemos que es allí, en la simplicidad de las interacciones humanas, en la espontaneidad de las mismas y en la proximidad social que ellas proveen, donde está la materia prima para nuestro accionar misional.

⁸⁷ Gimnasia aeróbica basada en el baile de ritmos caribeños como salsa, merengue, guaracha, cumbia, etc.

Una imagen vale más que mil palabras

Desarrollar proximidad con las personas y dialogar son fundamentales en el cumplimiento de la misión imparables y en la plantación de iglesias misionales en medio de una cultura postmoderna. La presencia en números significativos de cristianos dentro de diversos espacios de proximidad social donde son sal y luz, es el primer paso para llevar adelante la misión y anunciar el evangelio en esos lugares. Sin embargo, también es necesario que desarrollemos la capacidad para entablar el diálogo, para conversar, para abordar e interpelar la cultura en la que estamos inmersos.

Para construir puentes relacionales con quienes se encuentran dentro de una cultura particular, llámese ésta globalizada, postmoderna, islámica, socialista, o neoliberal, es necesario observarla con detenimiento, analizarla, estudiarla, adentrarse en sus ritmos, descifrar sus códigos de comunicación. El objetivo del misionero no es anular una cultura sino vencer la resistencia para que las personas oigan el evangelio y lograr que éste sea entendido por ellos en los términos de esa cultura. Notamos en Hechos 17 que Pablo comienza su visita a Atenas escudriñando la ciudad y conociendo a las personas. Observó los símbolos, se integró a la dinámica social existente, había leído sus poetas y filósofos, descubrió sus miedos, anhelos, sueños, creencias y costumbres. Todo esto sería usado más adelante para hacer una presentación del mensaje que pudiese tocar las fibras de aquella sociedad. De cualquier otra forma el evangelio hubiera sido un elemento foráneo y extraño, sin respuestas claras para aquella cultura, por lo que habría sido rechazado con facilidad.

Esa comunicación adecuada del evangelio, que toca los corazones y conciencias de hombres y mujeres, de forma tal que puedan responder a ese mensaje, es fruto de la observación atenta y la encarnación en su cultura. Ello va a definir, no solo el contenido a ser comunicado, su contextualización, sino también el vehículo de transmisión o las formas de articularlo y expresarlo. En Atenas, a la usanza de la época, Pablo es invitado al Areópago y allí debe asumir la pose de los filósofos y elaborar un discurso de acuerdo a sus estándares y protocolos. En una cultura como la actual y en nuestra presencia activa en los “terceros lugares”, puntos de encuentro o espacios de proximidad, se hace necesario que descubramos también cómo esa comunicación procede. En ese sentido,

McGrath⁸⁸ hace un énfasis en el valor de la explicación de la realidad y las experiencias de índole personal, usando lo que denomina nuestra *metanarrativa personal*, por lo que nos impulsa a que estemos preparados para contar nuestra propia historia, los hechos de nuestra conversión, las experiencias vividas y lo que todo eso significa para cada uno. Esto es importante puesto que parece que nuestra cultura no está tan interesada en conceptos absolutos, definiciones muy objetivas, o algoritmos para solucionar problemas, sino en la vida de las personas, con todas sus aristas, su no linealidad y su carga de intersecciones y cambios. Es por ello que esas propuestas evangelísticas que son formuladas con una pasmosa claridad, que siguen una especie de secuencia lógica, que dependen de respuestas muy simples a preguntas muy complejas, son usualmente tenidas en sospecha y rechazadas por el urbanita globalizado contemporáneo. Es allí donde los encuentros personales, que desembocan en amistades duraderas y profundas son, hoy por hoy, el mejor vehículo de evangelización en medio de la cultura postmoderna.

Hoy estamos ante una sociedad occidental globalizada, abierta a todas las corrientes de pensamiento, donde el cristianismo es una tendencia más que hace vida en esa ágora virtual que es el Internet. También es una cultura donde la espiritualidad ha retomado su auge y ha despegado de maneras impensadas tan solo veinte años atrás. Sin embargo, es una espiritualidad que no da tanta importancia a las instituciones, sino más bien a las experiencias individuales y grupales. Dice Leonard Sweet que se trata de una espiritualidad más interna que externa, más individual que institucional, más de experiencias que cerebral, más íntima que pública⁸⁹. De allí que los intentos por hacer proselitismo religioso a favor de grandes instituciones o connotadas iglesias, tenderá a fracasar rotundamente tarde o temprano. Las nuevas iglesias están surgiendo no alrededor de grandes predicadores capaces de verbalizar, argumentar y expresar con magistralidad sus puntos de vista sobre la fe, sino a partir de las narrativas de personas comunes y corrientes, de experiencias comunales, de emociones compartidas, de la esperanza y de la radicalidad. De esta forma, el evangelio del reino de Dios, seguido de señales y prodigios, tiene mucho más sentido y será incluso mejor entendido en las circunstancias actuales.

⁸⁸ Green Michael y McGrath Allister, *op. cit.*, pág. 65

⁸⁹ Sweet Leonard, *SoulTsunami*, Zondervan, Grand Rapids-Michigan, USA, 1999, pp. 199

A pesar de ese pluralismo y espiritualidad, la nuestra es también una cultura llena de injusticias, violencias, abusos, guerras, desigualdades, por lo que el contenido del mensaje debe tocar estos aspectos en la medida que ellos vayan surgiendo de nuestra observación y encarnación en la cultura. En Atenas Pablo recurrió a las palabras y articuló un discurso en el que de maneras muy inteligentes evaluó y confrontó las fisuras o puntos débiles de aquella sociedad, así como su búsqueda espiritual desmedida e incansable que rayaba en lo idolátrico. Su discurso nos da claves para contextualizar, pero su estilo comunicacional, basado en la retórica, resulta inadecuado ante una sociedad como la nuestra en la que la “imagen” ha pasado a ocupar el primer lugar como elemento básico en la construcción de mensajes. Esta es la era en la que el antiguo dicho de que “una imagen vale más que mil palabras” ha llegado a cobrar una fuerza y validez inusitadas.

La primera vez que quedé estupefacto con la realidad del papel que juega la imagen en la sociedad actual ocurrió cuando veía uno de los juegos de la Copa América 2007 realizada en Venezuela. En el momento en el que se cantaban los himnos, uno de mis hijos que es fotógrafo profesional me decía que observara los flashes en las tribunas. Miles de cámaras digitales y teléfonos celulares de todos los tamaños y precios eran accionados por sus usuarios y el espectáculo de aquellas luces era increíble. Más recientemente se presentaron comparaciones de la cobertura del anuncio de la elección del Papa Benedicto con la del Papa Francisco, en sólo unos pocos años el uso de equipos móviles para captar y transmitir las imágenes en tiempo real a casi toda la humanidad fue algo sorprendente, el uso de Twitter y Facebook llevó la historia casi segundo a segundo, no solo con palabras sino con fotografías y videos.

Éstas son simplemente ilustraciones de cuán cerca de cada uno está la posibilidad de producir y manipular una imagen, de cómo la sociedad postmoderna ha desarrollado una visión más aguda y por ende una imaginación mucho más aguda y cómo la imagen mueve las emociones de las personas y las prepara para experimentar la espiritualidad en su propia vida. Es por esto que en la comunicación y el diálogo para anunciar el evangelio en esos puntos de encuentro deben prevalecer las narraciones, metáforas, visualizaciones e imágenes, al igual que lo hizo Jesucristo, quien en otros contextos, apeló recurrentemente a las parábolas para hacerse entender.

He allí el reto que nos plantea la visita de Pablo a Atenas, incidir en una cultura al comunicar el mensaje de una manera entendible. Lo que implica tener interlocutores interesados, un mensaje claro, acerca de Dios y Jesucristo, codificado adecuadamente y presentado de una forma que penetre en el corazón y alma de las personas. Si Pablo nos enseña acerca de la curiosidad, sensibilidad y respeto que debemos tener hacia las culturas, Jesucristo nos revela un medio de comunicación, basado en la imaginación, mucho más eficiente para las condiciones actuales de nuestra sociedad y que debemos retomar con todos los elementos que disponemos en la actualidad para mejorar nuestra conversación en las plazas postmodernas.

Predicando y experimentando el Reino

Hace unos años atrás mi esposa y yo decidimos hacer algunos ajustes en nuestra manera de ser y hacer iglesia. Cansados de la repetición de los mismos patrones por más de veinte años, nos arriesgamos a desarrollar un modelo más misional, comunal, participativo y fluido, definido por las interacciones y relaciones interpersonales y no por estructuras de poder, rituales, dogmas y otros elementos que producen un sabor artificial en la vida cristiana. En ese proceso nos encontramos con un hueso duro de roer en lo que respecta a la comunicación del mensaje del reino. No solo porque en esta nueva modalidad no podíamos conformarnos con un auditorio que meramente oyera pasivamente nuestros elaborados discursos semana tras semana, permaneciendo la mayoría de las veces indiferentes a la enseñanza, sin crecimiento real y por encima de todo ajenos a la misión imparabile. Sino por el hecho de que, en nuestro ejercicio pastoral, nosotros también nos habíamos vuelto adictos al sistema, necesitando quienes nos escucharan y aplaudieran nuestra retórica. Habíamos establecido una relación co-dependiente y la congregación era nuestro medio de afirmación como ministros. Sin embargo, debíamos resistirnos a los embates de la costumbre y dar lugar a otras dinámicas más integrales.

En primer lugar debíamos reconocer que el mensaje que teníamos que compartir debía ser vivido, transpirado, experimentado. En otras palabras, preguntarnos a nosotros mismos qué clase de mensaje estaban comunicando nuestra vidas, si las personas a nuestro alrededor podían ver a Cristo reflejado en nosotros⁹⁰. Así como Pablo se refería acerca de su propia persona ante los ancianos de Éfeso, ¿podíamos nosotros también hacerlo frente a quienes estábamos alcanzando con el mensaje del evangelio? En segundo lugar, nos dimos cuenta que estaba ocurriendo un cambio cultural acelerado en el que se nos requería movernos de la instrucción pasiva a la activa y participativa, un movimiento del esquema paternalista en que nos habíamos formado a un formato asociativo y cooperativo.

Incluso mi experiencia universitaria en la enseñanza era desafiada con el movimiento del monólogo al diálogo, de la instrucción a la interacción, de la experticia a

⁹⁰ Frost M., Hirsh A., *The shaping of things to come*, Hendrickson Publishers, Peabody-Massachusetts, USA, 2003, pp. 155

la incertidumbre que producen la improvisación y la espontaneidad. Hoy con la introducción de medios tecnológicos la enseñanza se habla incluso del salón de clases invertido (*flipped classroom*), donde el alumno estudia y experimenta el material por su cuenta y la clase es para discutir las experiencias con los demás. Un nuevo paradigma se nos abre en el horizonte, donde todos en la comunidad tenemos que contribuir en el proceso de crecimiento espiritual, donde la congregación tiene que aprender a discernir con poder la Palabra y a su vez adquirir la autoridad que antes solo se le confería al predicador ungido⁹¹.

El siguiente paso fue entender que el mundo en el cual estábamos viviendo es demasiado complejo como para que solo una persona tenga las respuestas dominicales a las preguntas de muchos. Se hace necesario que todos y cada uno comencemos a pensar teológicamente de acuerdo a las realidades que estábamos viviendo, fueran estas familiares, ocupacionales, emocionales, financieras o políticas. La pregunta es cómo relacionar la Biblia con estas situaciones y no huir de los temas complejos. Nos percatamos que en estos casos la idea del monólogo de un sabelotodo que pretende imponer su cosmovisión no tiene mucho sentido. Por último, comenzamos a apreciar la pluralidad de ideas, de visiones, la riqueza que hay en la multiplicidad de opiniones, las cuales guiadas por el Espíritu y con la ayuda de la oración comunitaria nos van llevando a confrontar las realidades de la vida diaria de una manera más creíble y honesta.

Cuando Pablo se despide de los ancianos de Éfeso el les recuerda que había predicado acerca del *reino de Dios* entre ellos desde su llegada a aquella ciudad (Hechos 20:25). Desde su primera visita notó que la misión allí iba a ser compleja pero Priscila y Aquila se quedaron y llevaron adelante su labor como comerciantes y misioneros y una pequeña comunidad de creyentes surgió en medio de los efesios. Al retorno de Pablo el ambiente estaba dado, arrancando con el derramamiento del Espíritu Santo sobre doce discípulos de Juan que, al igual que Apolos, no habían tenido esta experiencia espiritual en sus vidas. Como de costumbre, el objetivo inicial de Pablo fue dirigirse a la sinagoga local, pero allí se enfrentó con la dificultad de que sus enseñanzas fueron objetadas.

Entonces se planteó una nueva alternativa, aprovechar uno de los espacios dedicados a la exposición pública de filosofías para comenzar a dialogar del evangelio

⁹¹ Allis Davis, “The Problem with preaching”, www.next-wave.org, última visita 28/08/2007

tanto con discípulos como quien quisiera acercarse por aquel lugar. Era como ofrecer un curso intensivo con el maestro Pablo cuyo objetivo central era que toda la provincia de Asia escuchase la Palabra del Señor, con el requisito de que los participantes estuviesen abiertos a debatir, discutir y creer, de costo gratuito, frecuencia diaria, por una extensión de dos años, a dictarse en el local de la escuela de Tirano de 11:00 AM a 4:00 PM (19:8-10). Solo que lo que acabo de describir suena demasiado académico y muy pulcro, cuando en realidad las condiciones no eran tan ideales:

Tirano era un maestro de Filosofía y, de manera comprensible, ocupaba su local en las horas más frescas del día, aquellas en las que sus alumnos no corrían el peligro de verse agobiados por el calor. Hacia las once del mediodía, cuando el sol comenzaba a convertirse en insoportable, Tirano y, por supuesto, sus discípulos se marchaban a comer y dormir la siesta. Precisamente entonces era cuando Pablo llegaba a la escuela donde se quedaba hasta las cuatro de la tarde. A esas alturas, llevaba a las espaldas varias horas de trabajo manual fabricando tiendas de campaña para poder mantenerse (Hechos 20:34). Sin embargo, en lugar de ir a descansar como el resto de los efesios, Pablo comenzaba una nueva jornada, bajo un calor asfixiante, ante unos alumnos con el suficiente interés por la verdad como para soportar a su lado aquel mismo sofoco. Sobre las cuatro, cuando concluía su enseñanza, el apóstol reemprendía su trabajo manual hasta la puesta del sol.⁹²

Como señala Bakke, el vocablo que usa Lucas para describir lo que ocurría en la escuela de Tirano es la raíz de la palabra castellana “diálogo” (19:9)⁹³. Básicamente la metodología usada era el método socrático de preguntas y respuestas, muy adecuado para interpelar con el mensaje del evangelio a la cultura helénica de la religiosa ciudad de Éfeso. En cierto sentido Pablo se parecía más a un músico de jazz, acostumbrado a la improvisación, que a un abogado o teólogo, más entrenados para la argumentación en base a un sistema fijo de pensamiento:

Había dos aspectos característicos de su improvisación. Primero, adaptaba creativamente su mensaje y métodos para ajustarse a cada nuevo desafío y circunstancia. Su pensamiento y práctica eran contextuales, es decir, conformados por cada nueva situación

⁹² Vidal C., *Pablo, el judío de Tarso*, Algaba Ediciones, Madrid-España, 2006, pp. 214

⁹³ Bakke R., *Misión Integral en la ciudad*, Kairós, Buenos Aires-Argentina, 2002, pp. 101

o contexto. Segundo, sus improvisaciones eran coherentes, pues poseían patrones y experiencias muy fuertes y definidas, conectadas con todo lo que decía y hacía. Esta coherencia yacía fundamentalmente en la admiración personal y la fidelidad que profesaba a Jesús y en su preocupación con los temas de la muerte y resurrección de Cristo⁹⁴.

Ahora bien, ¿Qué tópico podía ser tan atractivo como para que los participantes en aquella conversación socrática aguantaran el peor horario del día y dialogaran con una persona que ni siquiera podía ganarse la vida como ministro religioso? ¿Cuál era el tema central de semejantes discusiones y enseñanzas que se tomaban hasta cinco horas diarias? Como ya dijimos, Pablo era coherente en su conversación, por lo tanto, sin duda alguna que su tema favorito sería *discutir acerca del reino de Dios*, tal y como lo había hecho inicialmente en la sinagoga (Hechos 19:8). Podemos asumir que durante aquellos dos años de ir y venir al pequeño auditorio a cielo abierto de la escuela de Tirano, durante el mediodía y a pleno sol mediterráneo, las conversaciones improvisadas y las enseñanzas dialogadas versaron fundamentalmente sobre el tema de la llegada del reino en la persona de Jesús. Esta irrupción del reino marca el inicio de una nueva sociedad, un pueblo nuevo, definido por nuevas relaciones con Dios y con los hombres, creados en Cristo para buenas obras (Efesios 2:10). Entre estas obras se encontraban nada menos que el abandono de la idolatría y la reconciliación con un Dios único y verdadero, pasos que eran bastante complicados para aquellos gentiles.

Para la población de una ciudad tan idólatra como Éfeso, resultaba significativo que unos hombres y mujeres, perdidos y remotamente alejados del judaísmo, pudiesen tener acceso a Dios por la obra de la Cruz. Lo que es más, que dejaran de estar separados, y que pasaran a ser ciudadanos del reino de Dios, como parte vital de su familia e integrantes del nuevo pueblo escogido conformado por la iglesia (Efesios 2:19). En otras palabras, que a partir de su aceptación de la salvación en Cristo, comenzaban a estar bajo el gobierno de Dios, con todas las bendiciones y responsabilidades que ello conllevaba, así como a disfrutar del afecto, amor y apoyo mutuo de la comunidad de creyentes, formada ahora por judíos y gentiles, y a recibir el amparo y protección de Dios⁹⁵. Este fue

⁹⁴ Strom M., *Reframing Paul*, IVP, Downers Grove-Illinois, USA, 2000, pp. 182

⁹⁵ Stott J., *La nueva humanidad*, Editorial Certeza, Buenos Aires-Argentina, 1987, pp. 101-103

el mensaje que los judíos y griegos de la provincia de Asia escucharon por un lapso de dos años, lo cual lógicamente comenzó a producir señales visibles en las vidas de las personas. Es así como sanidades, liberaciones, milagros de diversa índole, y sobre todo un ardiente deseo de alinearse voluntariamente con el gobierno de Dios, lo que conducía a cambios de los estilos de vida (Hechos 19:11-12, 18-20), comenzaron a ser parte vital de la cotidianidad de la nueva sociedad que estaba emergiendo en Éfeso.

Vemos plasmado en estas descripciones el efecto del discipulado práctico con un fuerte componente experiencial. No se basaba solo en un discurso, en meras palabras que describen una utopía, ni en un sistema filosófico inalcanzable para los que escuchaban. Se trataba de la descripción de un reino que buscaba ejercer su dominio en todas las esferas de la vida, desde el comportamiento ético y moral personal, la vida en pareja, los hijos, las relaciones laborales y hasta las dimensiones cósmicas que afectan la realidad presente, esa lucha con huestes espirituales a la que hacía referencia Pablo. Toda esta manera cristocéntrica de pensar se encuentra plasmada de una forma muy especial en la carta a los efesios, donde se nos dan algunas claves acerca de lo que Pablo conversó durante los dos años que pasó dialogando en la escuela de Tirano. Allí se indica cómo la transformación personal, producida al recibir las enseñanzas de Jesús, se manifiesta mediante una nueva manera de pensar, ser y hacer, cónsonas con la *nueva creación* en Cristo:

...se les habló y enseñó de Jesús según la verdad que está en él. Con respecto a la vida que llevaban se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de la mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad. (Efesios 4:20-24)

Debemos entender del pasaje que la clase de vida que los habitantes de Éfeso llevaban, era particularmente corrupta, dominada por la idolatría y las pasiones sin freno, llena de engaños y triquiñuelas, todo lo cual requería una transformación radical. Al respecto, John Stott expresa elocuentemente a qué estamos haciendo referencia:

¿Qué era lo que se les había enseñado? Que transformarse en cristianos implicaba un cambio radical, es decir una “conversión” (como se llamaba habitualmente el lado humano de la experiencia) y “recreación” (el lado divino). Implicaba el repudio de nuestro yo interior, nuestra humanidad caída y la asunción de un nuevo yo o de una humanidad recreada.... El “viejo hombre” del cual hay que despojarse, y el “nuevo hombre” del cual hay que vestirse.⁹⁶

Un aspecto que vale la pena señalar acá tiene que ver con la forma como esta discusión o diálogo acerca del reino fue llevada a cabo. La proclamación del mensaje cristiano era una conversación de dos vías, con preguntas y respuestas, con libertad para expresar dudas. Sin embargo, hoy por hoy, la oratoria le ha robado el lugar a la conversación en la comunicación del mensaje del reino dentro y fuera de la iglesia, y lo que se supone debiera ser un animado diálogo se ha convertido en un aburrido monólogo. En nuestra mentalidad contemporánea viciada con las ideas de una religión que depende de la predicación como centro del culto, nos cuesta mucho salir de la imagen que nos evoca un emotivo orador disparando frases a una congregación de personas ávidas de escuchar algo significativo para sus vidas. Es un estilo muy sistemático, ordenado, elegante, planificado de acuerdo a la audiencia y por consiguiente diseñado para producir resultados. Solo unos pocos pueden elevarse a este estándar, de allí que aliado al sermón está todo el concepto de “ordenación” ministerial de aquellos capacitados para predicar. Todo esto se distancia bastante de las características de la comunicación del mensaje de Pablo en Éfeso quien sin usar recursos oratorios, los cuales sabemos que despreciaba⁹⁷, sin grandilocuencias, sin púlpitos ni locales reservados exclusivamente para las homilias, sin despliegue de profesionalismo religioso, buscaba estar más conectado con la realidad cotidiana de aquellas personas, tratando que el mensaje del reino hiciese mella en sus vidas, actividades y relaciones.

Es que la comunicación del mensaje del reino no se puede llevar adelante solo con palabras, aún cuando éstas sean las correctas y hayan sido razonadas a profundidad. Hace falta una dimensión relacional, una integración con la comunidad de creyentes, una vivencia que ponga en evidencia las bondades de lo que se está predicando. Es algo que

⁹⁶ Stott J., *op. cit.*, pp.173-174

⁹⁷ 1 Corintios 2:1

traspasa el entrenamiento oratorio, el conocimiento del griego y el hebreo, el manejo de la ortodoxia y ortopraxia eclesiásticas y está más vinculado con la espontaneidad, la improvisación ante situaciones inesperadas, la resiliencia ante el dolor, la compasión y el anhelo por la justicia, lo que R. Paul Stevens denomina *ortopatía*⁹⁸, es decir, estar de acuerdo con lo que le importa verdaderamente a Dios.

Cuando Pablo se refiere a su predicación entre los efesios no está simplemente hablando de un evento, un culto o un sermón, sino a su esmerada dedicación de tres años, en los que, de noche y día, no cesó de recordarles acerca de la gracia y cuál era todo el propósito de Dios para con ellos (20:31,27). No era un programa masivo que buscaba conversiones o prosélitos sino que el esfuerzo estaba dirigido a cada uno en particular (20:31), sin excluir a nadie (20:21), y realizado tanto en la dimensión pública como en la intimidad de los hogares (20:20). Además, era un esfuerzo colectivo, plural, donde participaron muchas personas como Priscila, Aquila, Timoteo, Gayo, Aristarco, Apolos, Sópater, Tíquico, Trófimo y muchos más. El respaldo de este esfuerzo estaba en la transparencia de los mensajeros, cuyas vidas eran conocidas en la comunidad en la cual no había nada oculto (20:18). El costo personal de aquel servicio implicaba resistir los ataques y las humillaciones de quienes los adversaban (20:19). Además, Pablo trabajaba duro en sus negocios, sin ambiciones, para suplir las necesidades de su equipo y ayudar a los más necesitados (20:33-35). Esta es una manera práctica de comunicar o predicar el reino de Dios, no desde el púlpito, sino “entre” las personas, encarnándose para identificarse con sus necesidades.

⁹⁸ R. Paul Stevens (1999), *op. Cit.*, pág. 209

La medida del éxito

Hace poco recordaba junto con mi esposa una situación que vivimos en una oportunidad que nos preparábamos para iniciar una comunidad de personas con problemas relacionales y sexuales. Teníamos varios meses de ardua preparación y casi dos años reuniéndonos para entender lo que íbamos a hacer exactamente, habiendo realizado dos conferencias de entrenamiento y para estrechar lazos con las iglesias locales. Un pastor amigo de una iglesia ubicada en la zona de Chacao en Caracas nos había prestado un espacio pues no teníamos dinero para alquilar nada. Junto con mi amigo Enrique García nos habíamos dedicado a escribir un material didáctico bastante extenso pero que se adaptaba a nuestras realidades. La comunidad iniciaba con 15 personas que se comprometían por nueve meses a reunirse todas las semanas en un proceso de discipulado y sanidad intenso. Finalmente llegó el día de la inauguración y me levanté muy temprano para leer, prepararme y llevar a nuestros hijos a los colegios o a la parada de autobús para los que ya iban a la universidad, según fuese el caso. De repente escuché ruidos extraños pero muy suaves, como un susurro continuo. Me asomé a una de las ventanas que daba al jardín y vi que la grama estaba más oscura de lo usual. El sol no había terminado de brillar completamente, así que salí a ver de qué se trataba. Entonces me di cuenta que la casa estaba completamente tomada por una inmensa colonia de hormigas. Eran millones de ellas y no sabíamos qué hacer. Salían de todas las rendijas posibles, de la tierra, todo el patio estaba invadido. Comenzamos a orar y de inmediato nos dimos cuenta que aquello nos iba a hacer perder la primera reunión del evento para el que nos habíamos estado preparando con tanta dedicación. La primera reunión era importante pues el tipo de discipulado era delicado y se requería seriedad y credibilidad ante personas que estaban de por sí bastante maltrechas tanto espiritualmente como emocionalmente. Sentimos que se trataba de un ataque espiritual, una oposición vehemente al avance del reino de Dios. Las hormigas duraron atravesando la casa todo el día hasta la noche, al día siguiente ya se habían ido y no había rastro de ellas. Obviamente, nosotros perdimos la reunión y pasamos un pésimo día. Sin embargo, ello nos advirtió que necesitábamos redoblar la intercesión pues los ataques a esta misión que comenzábamos no iban a cesar nunca en los años subsiguientes.

Aunque parezca jocosa la historia de los “demonios con forma de hormiga” como los terminé llamando, para nosotros quedó como un símbolo de que cualquier misión que pretendamos llevar a cabo siempre va a enfrentar un conflicto espiritual contra los poderes que pretenden detener la proclamación del reino de Dios. La palabra conflicto habla de confrontación, pugna, disputa, o guerra. Cuando Jesucristo comenzó a anunciar el *reino de Dios*, el sabía que estaba entrando en un conflicto directo con todas las estructuras de poder, socio-político y religioso, que existían alrededor, y también con el mundo espiritual de maldad que las controlaba. La definición del reino de Dios presentada por Jesús chocaba fuertemente con todas las expectativas judías acerca del reino mesiánico que ellos esperaban. En primer lugar, su anuncio del reino iba dirigido hacia la clase social mas necesitada, aquellos despreciados por la nación de Israel por diversas causas: pobres, mujeres, enfermos contagiosos, pecadores, a los cuales, en la forma que un médico se acerca a sus pacientes, Jesús traía un nuevo sentido a sus vidas. El pobre recibía esperanza, el enfermo sanidad, y el pecador perdón a través del contacto directo y también por intermedio de sus enseñanzas acerca del reino de Dios. Sin embargo, en cada ocasión donde esto ocurría, el conflicto con la jerarquía político-religiosa visible se magnificaba. De la misma forma, en lo que fue otra característica de su ministerio, las luchas de Jesús con fuerzas demoníacas arreciaban. A dondequiera que él se movía, allí estaban estas fuerzas, presentando una confrontación directa.

Igualmente pasa con la extensión de la iglesia en el libro de Hechos. La oposición de los poderes se manifiesta de diversas maneras, pero de todas las ciudades que allí se mencionan, Éfeso es quizás donde es posible percibir con mayor claridad la presencia activa de la maldad a todos los niveles. Desde espíritus que atacan, atemorizan y buscan poseer a las personas, hasta estructuras de maldad establecidas y consolidadas dentro de la sociedad. Por ejemplo, por detrás de la manifestación externa visible expresada en el poderoso culto a Artemisa (Hechos 19:27), se escondía una maraña de hombres, mujeres, relaciones, acuerdos, pactos, normas, estructuras sociales que eran controladas por las fuerzas de maldad y sus huestes de terror y dominación. Es justamente a la comunidad cristiana de Éfeso a quien Pablo les enuncia su consigna en cuanto a la lucha espiritual:

...nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales... (Efesios 6:12)

Artemisa o Diana de los efesios era la diosa de la fertilidad, de la vida y de los animales, en su honor se había construido un maravilloso templo con 128 columnas de más de 20 metros de altura cada una, lo que lo llevó a ser considerado como una de las “siete maravillas del mundo”. La influencia de la adoración de Diana se extendía a diversas esferas de la vida económica, social y cultural del Asia menor. El templo de Diana era a la vez un centro comercial, banquero y financiero. Por un lado, generaba un lucrativo negocio turístico con los peregrinos que visitaban la ciudad para visitar el templo. Por el otro, el templo servía como banco financiero aprovechando las inmensas cantidades de dinero que se movían durante los festivales para préstamos y depósitos. Lógicamente, debido a la influencia que tenía en la economía, el culto era pilar fundamental de la sociedad, cualquier intento de erradicar este monopolio y de menguar su poder significaba una amenaza que debía ser combatida a capa y espada. Una fe monoteísta en expansión como el cristianismo representaba por lo tanto un grave peligro.

Como el contexto religioso de Éfeso estaba lleno de una multiplicidad de dioses y diosas, no había ningún problema en incorporar un nuevo culto pues éste solo venía a ser un *complemento* a los ya existentes⁹⁹. Como en todas las ciudades importantes del imperio, los habitantes de Éfeso tenían frente a ellos una gama inmensa de dioses para escoger, es por esto que aparte de la adoración de Artemisa, las prácticas mágicas, la astrología, una variedad de cultos paganos, y la magia judía convivían en la oferta religiosa. En general, cada creencia servía para cubrir algún aspecto de la vida cotidiana. A su vez, los dioses se especializaban en sus habilidades propias por lo que se hacía necesario tener una gran diversidad de ellos. La vida religiosa de la antigüedad estaba marcada por un pluralismo exagerado, caracterizado por:

...Una masa de alternativas. Demasiados cultos, demasiados misterios, demasiadas filosofías de vida para escoger, uno podía acumular creencias sobre creencias y nunca

⁹⁹ Stark R., *Cities of God*, Harper San Francisco, San Francisco-California, USA, 2006, pp. 3

sentirse completamente seguro... como ningún dios podía demandar la adherencia (o exclusividad), las personas enfrentaron la necesidad y la carga de tener que ensamblar su propio portafolio de divinidades...¹⁰⁰

Esa plasticidad del sistema de creencias generó una gran cantidad de dificultades en el financiamiento de las actividades religiosas paganas, pues en la medida que el Imperio se expandía y el número de templos y dioses se multiplicaba, el sostenimiento de los mismos se hacía cada vez más precario. Es por esto que cuando hace su aparición una nueva religión que demandaba la *conversión* del politeísmo a una nueva fe monoteísta, afectando la espiritualidad de la ciudad al conminar a sus conversos a renunciar a las prácticas religiosas que habían sostenido por años, en especial a dejar de consumir y pagar por los servicios espirituales, los conflictos no se hacen esperar.

Al leer Hechos 19 uno puede percibir con cierta facilidad las características espirituales de aquella ciudad. Muchas personas, al parecer, estaban afectadas por los espíritus malignos (Hechos 19:12-13); existían también judíos exorcistas profesionales (19:14); muchos individuos se dedicaban a prácticas espirituales perversas de diversa índole (19:18); una cantidad muy grande de personas, supuestamente de buena posición económica, estaban inmersos en el ocultismo y la magia (19:19); pero, detrás de todo este entramado de situaciones que afectaba y enfermaba a los habitantes de la ciudad, se desarrollaba un lucrativo negocio que giraba en torno a la espiritualidad animista de Éfeso y que pretendía controlar todo para sus propios beneficios (19:24-25). En fin de cuentas, como ya mencionamos, espiritualidad y dinero estaban estrechamente vinculados. Dos formas de idolatría, a Artemisa y a Mammón, se unían para ejercer su hegemonía sobre una región, afectar a sus habitantes e influir sobre las autoridades civiles, militares y religiosas.

Lo que se relata en este capítulo de Hechos es una demostración fehaciente de cómo el anuncio del evangelio del reino genera confrontación de poderes. Esto ya había sido anticipado por Jesús quien había hablado de la expulsión de demonios por medio del Espíritu Santo como una señal inequívoca de la irrupción del poder del reino en algún grupo humano o sociedad (Mateo 12:28). En Éfeso las señales del reino no se hacen

¹⁰⁰ Stark, *op. cit.*, pp. 33

esperar y por eso se producen milagros extraordinarios, liberaciones y la renuncia a las prácticas hechiceras que abundaban y dominaban la cosmovisión de los efesios. De esa forma, la instauración del reino a través de las comunidades de creyentes que se van a establecer a lo largo y ancho de la ciudad comienza a producir conversiones, confesión, liberación y transformación en las personas (Hechos 19:18-19). También conduce a una pérdida progresiva del poder de los “hombres fuertes” (Mateo 12:29) que hasta ese momento habían sustentado el pecado y las múltiples formas de idolatría de aquella región.

Pablo está consciente que la batalla espiritual no es directamente contra nuestros semejantes sino contra principados, potestades, autoridades y fuerzas del mal que ejercen su hegemonía en el ambiente espiritual, en las ideologías, conceptos, culturas y cosmovisiones. En vista de ello, la guerra espiritual no puede ganarse con rituales simples, ceremonias sacadas de algún manual de ritos, amuletos o rezos, sino mediante nuestro conocimiento de Jesús, de su llamado, de su herencia y de su poder. Esta es la importancia que tiene en el texto el episodio de los siete hijos de Esceva (Hechos 19:14), quienes fracasan en su intento de usar el “nombre de Jesús” como *mantra* o palabra mágica para expulsar a los demonios. Estos exorcistas eran judíos de la época, cuya cosmovisión los había ido llevando a creer en la existencia de espíritus malignos, pero que a la vez se habían dejado contaminar con las prácticas mágicas. Creían fervientemente en métodos, objetos y oraciones recitadas para manipular los espíritus y echar fuera demonios. Se sabe que usaban procedimientos sacados de un supuesto “testamento de Salomón” donde se especificaban pócimas, objetos y palabras a expresar durante el ritual de exorcismo. Los hijos de Esceva intentaron incorporar el nombre de Jesús como una invocación más y así innovar en su oficio, pero ello significó un fracaso rotundo y su ridiculización pública.

El desastre de los exorcistas produjo beneficios a favor de la causa de la iglesia en Éfeso pues llevó a que numerosas personas comenzaron a glorificar el nombre del Señor Jesús, indicando esto que de alguna manera, el sólido dominio de principados y potestades de maldad en aquellas tierras comenzaba a resquebrajarse (19:17). Muchos de los que habían creído llegaban ahora y confesaban sus actos malvados; igualmente, un buen número de los que practicaban la hechicería juntaron sus libros en un montón y los

quemaron delante de todos (19:18-19). El acto de “confesar” era una renuncia a lo secreto y lo oculto que caracterizaba la actividad mágica, al quemar los libros, estaban rindiendo sus rituales y procedimientos. En otras palabras era un simbolismo de cómo los principados y potestades iban perdiendo su “poder” y majestad. La Palabra de Dios se difundía con poder arrollador y la señal del reino era manifestada por medio del abandono de la idolatría (19:20).

Pero, como ya se ha señalado, la expansión del evangelio en Éfeso significaba la pérdida progresiva del control espiritual por parte de los dioses paganos, representados por sus sacerdotes y por quienes fomentaban su culto, especialmente aquellos que se lucraban directamente de las prácticas rituales. Así pues, el gremio de los plateros generó un gran alboroto protestando porque temían que el templo de Artemisa perdiera su poder. Aunque, en realidad, se sentían amenazados económicamente por la reducción de las ventas de estatuas, libros mágicos y toda la parafernalia que la idolatría lleva consigo. En su deseo de echar fuera de Éfeso a las enseñanzas cristianas, involucraron a los judíos y a las autoridades romanas en la protesta, demostrándose así nuevamente cómo principados y potestades ejercen su poder espiritual dentro de la población. Claramente, lo que estaba en juego en Éfeso era quién poseía el dominio espiritual sobre la ciudad. La vieja espiritualidad politeísta, abierta a toda clase de experimentación que complementase el panteón existente, se ve amenazada por la emergente fe monoteísta de los cristianos que reclamaban el abandono de la idolatría y proponían el establecimiento de nuevos estándares de moralidad, lo que cambiaría radicalmente los patrones de comportamiento de los ciudadanos:

El avance de una fe que no rendía culto a los dioses ni, siguiendo la tradición judía, a las imágenes chocaba obviamente con el fecundo negocio de los imagineros. Si la comunidad se mantenía en buena medida encerrada sobre sí misma, como era el caso de los judíos, esas posibilidades de choque quedaban limitadas. Si, por el contrario, como sucedía con los cristianos, las comunidades no solo no se replegaban sobre si mismas, sino que además expandían su mensaje, (el choque) se convertía en inevitable.¹⁰¹

¹⁰¹ Vidal C., *op. cit.*, pp. 219

Para Demetrio y los plateros los cambios de la sociedad que la fe cristiana provoca son cuantificables en base a las ganancias menguadas y por lo tanto no ven otra salida sino la oposición a su avance (19:24-27). Esta clase de conflicto la vemos cada vez que la misión imparabable comienza a amenazar la estabilidad de los poderes establecidos, como cuando el reino irrumpe en las personas y éstas comienzan a abandonar el consumo de drogas, prostitución, promiscuidad sexual, corrupción, injusticias y obviamente, como en el caso que estamos describiendo, el ocultismo. Aún cuando podemos identificar a quienes se oponen abiertamente, como era el caso de Demetrio; según Pablo, no contendemos realmente contra hombres y mujeres de carne y hueso, sino contra expresiones de la autoridad humana a través de sistemas jerárquicos u organizaciones con poder religioso, económico o político, que apelan a ideologías y filosofías para producir un ambiente que afecta a la sociedad como un todo. De una manera inexplicable, el ejercicio del poder trasciende a las personas que controlan los sistemas de autoridad, mientras que éstos cobran vida propia al servicio del mal. Por lo tanto:

Es contra esa dimensión suprahumana del poder en instituciones y en el cosmos contra quienes luchamos, no con meros agentes humanos. Porque es la institución misma la que se encargará de reemplazar a una persona por otra que, similarmente, sin importar cuáles sean sus preferencias personales, terminará replicando las decisiones de sus predecesores, porque esto es lo que requiere el sistema para su supervivencia. Es esta cualidad suprahumana la que le otorga ese carácter celestial, casi eterno, superior al quehacer humano, que poseen los “poderes”.¹⁰²

Vemos plasmado allí en el relato del inicio de la iglesia en Éfeso el efecto en las dimensiones personal y sistémica de los poderes. Hombres y mujeres afectados por espíritus malignos que son liberados, gente que confiesa sus maldades, personas que abandonan sus prácticas perversas, se contraponen ante una sociedad que se jactaba de su idolatría y que vivía de ella, desarrollando un sistema social que fomentaba el culto a Artemisa. Es lo que observamos cuando en el desarrollo de la misión encontramos hombres y mujeres dominados por una sexualidad sin límites, muchas veces riesgosa y adictiva, inmersos en un entorno comercial que fomenta esas prácticas, a la par de

¹⁰² Wink Walter, *Naming the powers*, Fortress Press, Philadelphia, USA, 1984, pp. 85-86

gobernantes laxos que cierran sus ojos ante flagrantes violaciones a la moralidad y a la justicia frente a la explotación sexual de mujeres y niños. Pero, lo que vemos en Éfeso es que esos poderes tiemblan frente a la manifestación de las señales del reino pues ellas son a favor de esos hombres y mujeres explotados. Se llenan de temor porque saben que su dominio se tambalea frente a ese poder que:

...es la fuerza grandiosa y eficaz que Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no sólo en este mundo sino también en el venidero. Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo... (Efesios 1:19-22)

Quizás me he extendido un poco al considerar estos aspectos del conflicto espiritual que se presentaron en la plantación de la iglesia de Éfeso. Pero me parece importante a considerar cuando nuestra idea en este libro ha sido la consideración de la iglesia impulsada por una fuerza centrífuga que la catapulta hacia lugares desconocidos, situaciones límites, sectores marginales de la sociedad donde el ministerio cristiano es escaso o inexistente. La historia que da inicio a este capítulo sirve de ilustración para demostrar cómo nuestra labor misionera con quienes estaban oprimidos por conflictos relacionales, adicciones sexuales, confusión en cuanto a su identidad de género, distorsiones en su masculinidad o feminidad, iba a sufrir muchos ataques sucesivos pues se trataba de un trabajo pionero, en un área que había sido dejada a un lado por las iglesias tradicionales por las implicaciones y conflictos que ella conllevaba. Pero éste campo es solo uno de las muchas posibilidades y de tantas situaciones diversas que uno puede encontrar en la cultura y la sociedad, en la medida en que decidimos adoptar una postura o modo misional en nuestras comunidades. Penetrar en sectores marginales, sumidos en la miseria puede suponer enfrentar mentalidades dominadas y sumisas, incluso entregadas a vicios, violencia, corrupción. Tratar de desarrollar formas de trabajo y negocios que sirvan de testimonio podría significar enfrentarse con los poderes y costumbres establecidas en esos campos. Proveer educación a niños y niñas quizás signifique enfrentarse a formas de patriarcado que prefieren su esclavitud disfrazada.

Los poderes que la iglesia misional enfrenta pueden ser ejercidos o representados por gobiernos, entes financieros, leyes, tradiciones, doctrinas, rituales, ideologías, prácticas idolátricas, desigualdades, o la pobreza, todo lo cual nos habla de la naturaleza multifacética de los poderes que enfrentan la misión de Cristo que la iglesia misional personifica en el mundo. Los mismos se manifiestan en las formas de ejercicio del poder en todos los ámbitos de la sociedad, incluyendo las iglesias, en la desigualdad de géneros, en la política y la economía de las naciones, en las relaciones humanas, en la ecología, la sexualidad, la educación y por su puesto en la religión¹⁰³. Tomando la idea desarrollada por Walter Wink, podemos decir que la labor de la iglesia misional, al igual que la de Pablo en Éfeso, comienza con la identificación de las formas cómo esos poderes, principados y fortalezas espirituales afectan y dominan la vida de los individuos. Al desenmascarar esas fuerzas del mal que nos oprimen, ellas pierden todo su poder coercitivo sobre las personas y el evangelio del reino produce libertad, quita la ceguera, y sana nuestras dolencias y quebrantos. Dichos efectos se ven tanto a un nivel individual como sistémico, el alboroto se nota en la sociedad y las instituciones. Por ello es que al confrontar los poderes, la iglesia misional se une a la misión de Dios en lograr que esas fuerzas se sometan a sus propósitos divinos, y entonces vemos cómo individuos, familias, comunidades, sociedades, instituciones, organizaciones y naciones se ven obligadas a cambiar.

¹⁰³ Wink, Walter (1992). *Engaging the powers: Discernment and resistance in a world of domination*. Minneapolis (USA): Fortress Press, pág. 46-47

Llevando el mensaje de Cristo donde no sea conocido

Siempre me he preguntado ¿Qué es eso que mueve al misionero/a o plantador/a de iglesias? ¿Cuál es esa pasión que consume que lo lleva a cruzar fronteras físicas, culturales, religiosas? ¿Cómo se forma esa compasión por los semejantes y ese deseo ardiente de producir cambios en individuos y comunidades? No creo que tenga las respuestas pero sí he podido ver cómo estos aspectos se expresan en muchos amigos y amigas compañeros en la misión imparables. Incluso, muchas veces los misioneros tienen que moverse en contra de la inercia de la propia iglesia para poder llevar el mensaje del reino de Dios a los grupos no alcanzados.

Un amigo plantador de iglesias me contó cómo inició el trabajo en uno de los barrios más peligrosos y violentos de Medellín. Pertenece a una denominación evangélica tremendamente conservadora y alienante, con toda clase de normas, la mayoría de ellas descontextualizadas con respecto a la realidad del barrio. Cuando comenzó a plantar, se regía por esas normas y sólo unas pocas mujeres y algunos niños se acercaban a sus reuniones. Mientras tanto, por las noches sufría en la terraza de su humilde casa mirando como multitudes de jóvenes eran arrastrados a las drogas y al mundo del sicariato y la guerrilla. Él también había salido de esa cultura, pero ahora se había santificado tanto, que acercarse a ellos era llegar muy cerca de la impureza y la corrupción. Una noche sintió que Dios le hablaba y bajó de su casa al lugar donde estaba un grupo de muchachos fumando marihuana. Los chicos se quedaron estupefactos, “¿qué hacía aquel pastor allí? Seguramente venía a amenazarles”. Peor aún fue cuando él les preguntó por qué hacían los tabacos tan gruesos, cuando en sus tiempos eran más bien unos “pitillos”. Así comenzó una conversación que hoy en día se extiende a un profundo trabajo con jóvenes, en un barrio que ha visto disminuir sus niveles de delincuencia y violencia. Pero hubo que romper una barrera y eso también tuvo sus costos.

Otra amiga en su labor de plantación de iglesias junto con otras lideresas, pasaba horas de manejo en carreteras y autopistas de la zona central de Venezuela. En cada ciudad y pueblo trataban de comenzar una iglesia casera siguiendo el modelo paulino. Pero el espacio físico para los encuentros era muy limitado e impredecible. Ella me confiaba: “en Maracay nos reunimos debajo de un árbol de mango, con el piso de tierra y

pendientes que no nos caiga un fruto en la cabeza. En Cagua son apartamentos o pequeñas casas, en otras partes son viviendas modestas, pero hay sitios donde hay mucha escasez. Un tiempo nos reunimos en una casa tan pequeña que era prácticamente una sola pieza con su cama, la cocinita, un bañito, tenía de todo pero mínimo”. A pesar de estas limitaciones y del esfuerzo de tener que conducir el vehículo de sitio en sitio, las luchas más fuertes provenían de las críticas que les hacían por plantar iglesias de una manera diferente y por el hecho de ser mujeres. Sin embargo, con oposición y todo, el esfuerzo no se detenía, más bien se ampliaba a través de las redes sociales que cada familia poseía en la zona.

Nuevamente nos preguntamos ¿de donde surge esta resiliencia de los misioneros/as? ¿esa capacidad de ser creativos, de soportar, de perseverar y estar allí hasta que Dios actúe en la vida de las personas? Tal vez encontramos algunas respuestas en la actitud de Pablo en su tarea apostolar. De acuerdo con su concepción misional, Pablo estaba convencido que debía llegar hasta la ciudad más importante del Imperio en aquellos tiempos: *Roma* (Hechos 19:21). Habiendo estado ya en lugares tan resonantes como Antioquía, Tesalónica, Filipos, Corinto, Atenas y Éfeso, solo faltaba llegar a la capital a partir de donde podría propagarse el mensaje hacia regiones más distantes como Cádiz, Córdoba, Sevilla, Londres, León, Milán y así poder cumplir con la meta de ser testigos hasta los confines de la tierra. Como él mismo lo declara en la carta a los Romanos:

Mi propósito ha sido predicar el evangelio donde Cristo no sea conocido, para no edificar sobre fundamento ajeno. Más bien como está escrito: “los que nunca habían recibido noticias de él, lo verán; y entenderán los que no habían oído hablar de él”. (Romanos 15:20-21)

Algunos creyentes ya se habían adelantado y abierto algunas puertas en Roma, pero con una población que casi llegaba al medio millón de habitantes, todavía había mucho por hacer en aquel lugar. Sin embargo, Pablo lo que quería era llegar hasta España y plantar iglesias en esas regiones alejadas del Imperio (Romanos 15:24, 28), pero antes de eso se ve obligado a retornar a Jerusalén para llevar consigo una ayuda humanitaria a

los cristianos empobrecidos de aquella ciudad, la cual había sido recolectada entre las iglesias gentiles de Macedonia y Acaya (Romanos 15:25-26).

Hasta ese punto, el peregrinaje de Pablo había sido bastante largo, difícil, doloroso, pero también muy productivo para la causa del evangelio. Sin embargo, unos cuantos años antes Pablo pertenecía a esa clase de héroes improbables, esos hombres y mujeres por los que nadie hubiese dado un céntimo. Al contrario, la iglesia le temía y despreciaba pues había sido un azote en contra de las iglesias caseras en Jerusalén, Judea y aún hasta Damasco. Ahora se disponía a retornar a Jerusalén donde era doblemente odiado, pues su pasado de perseguidor y de haber participado en la muerte de Esteban era parte de la historia local. Además, se tenía conocimiento de su proyección como apóstol entre los gentiles, con todas las implicaciones que ello conllevaba en términos de las acusaciones acerca de los cambios introducidos en cuanto a la ley, prácticas y cultura judías, que eran protegidas con especial celo por la comunidad hebrea de Jerusalén.

La comunidad cristiana de Jerusalén estaba formada por miles de judíos cristianos que no habían abandonado las costumbres hebreas y seguían tremendamente aferrados a la ley mosaica (Hechos 21:20). Esto no eran buenos augurios para quien había dedicado un gran esfuerzo para evangelizar a los gentiles en las grandes ciudades del Imperio. La tensión que existe entre una iglesia preocupada por las tradiciones, que no está tomando demasiados riesgos en su tarea misionera, y las comunidades misionales, enfocadas hacia el mundo, que sacrifican mucho para poder seguir adelante con la misión imparables, se va a ver reflejada en esta visita de Pablo a Jerusalén, puesto que se encuentra con una iglesia más preocupada por el comportamiento “espiritualmente correcto” que con la verdadera misión. Como de costumbre, la polarización y la división en la iglesia tienen esa capacidad de obstaculizar o frenar la actividad misionera. Esto es lo que mi amigo en Colombia y la misionera en Venezuela experimentaron en carne propia. Sin embargo, a pesar de ello, es muy difícil detener el impulso del Espíritu para continuar la misión imparables¹⁰⁴.

Como resultado de esta tensión, y por sugerencia de Santiago y los ancianos de Jerusalén, Pablo acepta someterse a un tiempo de purificación, así como a financiar el de

¹⁰⁴ Redford Shawn, “The contextualization and translation of christianity”, en *Mission in Acts*, Gallagher R. y Hertig P. (editores), Orbis Books, Maryknoll-New York, USA, 2004, pp. 290

otros cuatro jóvenes, pensando que esto sería como una forma de desagravio a la comunidad judeocristiana. Un grupo de judíos de Asia lo acusaron falsamente de profanación, supuestamente por haber permitido que uno de sus acompañantes, Trófimo, un gentil efesio, entrase en el templo. La rápida actuación de un batallón romano evitó su muerte, pero de todas formas fue detenido preventivamente. Como consecuencia de ello, en la narración de la conversación que Pablo sostiene con Claudio Lisias (23:26), comandante del batallón encargado de la administración y vigilancia de la ciudad, y a partir de las palabras que logra dirigirle a la multitud, encontramos una descripción bastante completa de su testimonio personal, lo cual nos permite conocerle con un poco más de detalle (Hechos 21:37-22:29).

Allí se refiere a su origen netamente judío. Según sus palabras había nacido en Tarso de Cilicia pero había sido criado en Jerusalén donde ingresó en la escuela de Gamaliel (Hechos 5:34-39) para aprender con lujo de detalles acerca de la Torá (Hechos 22:3). Más adelante, hará otras menciones a su origen, como por ejemplo que también era ciudadano romano por nacimiento (Hechos 22:27-29). Lo cual lo ubicaba en una clase especial pues los griegos o judíos, que eran ciudadanos romanos por nacimiento constituían una elite social. Normalmente, los extranjeros que querían hacerse romanos compraban la nacionalidad a funcionarios corruptos a precios muy elevados (Hechos 22:28). Igualmente, resalta su lugar de origen, llamándola “una ciudad muy importante” (Hechos 21:39), pues se trataba de un centro de filosofía y retórica, dedicado a la educación y al aprendizaje, al nivel de Alejandría y Atenas. Más adelante, cuando pide a Festo en Cesárea que su juicio sea radicado en la corte del César (Hechos 25:11-12), nos damos cuenta que provenía de una familia acomodada pues, solo quienes pertenecían a la clase alta, los de buena reputación, o los vinculados con el emperador, podían pedir radicar un juicio en su jurisdicción. Posiblemente, el padre de Pablo era una persona prominente, con obligaciones cívicas en Tarso y dentro del imperio. Pablo era por lo tanto, hebreo de pura cepa, parte del “verdadero” Israel (Filipenses 3:5), que había estudiado con uno de los mejores maestros de la Torá, además tenía la ventaja que era romano de nacimiento y de buena posición económica. Aparte de ello, provenía de una ciudad honorable y culta lo que lo hacía amplio conocedor de la cultura griega.

Luego señala que había sido un “celoso” seguidor de la ley, que había perseguido hasta la muerte a todos aquellos que no la cumplieren, incluso con la autorización de los sacerdotes de Jerusalén. En Gálatas 1:14 se describe a sí mismo como un fanático religioso con un exagerado celo por las tradiciones de sus antepasados. Según N. T. Wright¹⁰⁵, Pablo se había vuelto fariseo de la estricta corriente “shammaíta”, distinta a la de Gamaliel que era mucho más suave. Los *shammaitas* estaban dispuestos a matar o usar la violencia por causa de su “celo” para lograr que judíos y paganos guardasen la ley. En otras palabras, se trataba de un militante extremista y agresivo. Era un fanático religioso, que perseguía a muerte a hombres y mujeres seguidores de Jesucristo (Hechos 22:4), un individuo que poseía un “celo” que lo inducía a matar si era necesario:

Nosotros usamos la palabra “celo” para indicar calor de corazón y espíritu, ilusión por una causa. Y esto es aplicable al significado que se le daba en el primer siglo, aunque entonces este era más amplio. Para el cristiano de nuestros días el “celo” es algo que se hace postrado de rodillas, o en la evangelización, o en obras de caridad; sin embargo para el judío del siglo I el “celo” era algo que se demostraba con cuchillo.¹⁰⁶

Para estos fanáticos religiosos, como lo había sido Saulo de Tarso, la existencia de tantos paganos, especialmente debido al poder del yugo romano, y de muchos judíos que eran demasiado laxos en cuanto al cumplimiento de la Torá, entre los que se contaban los judeo-cristianos, lo que hacía era alejar el momento histórico en el cual Jehová se revelaría, vencería al mal y rescataría a la nación elegida. Por lo tanto, la misión de Saulo quedaba clarísima, debía hacer lo que fuese necesario, incluso hasta llegar a matar, a fin de intervenir en la historia para que se cumpliese todo lo que estaba profetizado sobre Israel. Una de las cosas que debía lograr era que el pueblo judío llegase a ser perfecto en su obediencia. Por lo tanto, una de las tareas consistía en forzar a quienes no estuviesen alineados a que guardasen la ley, apelando a la violencia, si fuese necesario. Lo otro que debían conseguir, en segunda instancia, era que los gentiles escuchasen la palabra del Señor y se sometiesen a ella.

¹⁰⁵ Wright N.T., *El verdadero pensamiento de Pablo*, Editorial CLIE, Tarrasa-España, 2002, pp. 32

¹⁰⁶ Wright N.T., *op. Cit.*, pp. 33

En su intervención ante la multitud frente al cuartel romano, Pablo revela que estaba verdaderamente convencido que con quien se había topado en el camino a Damasco, no era otro, sino el propio Jesús resucitado (Hechos 22:6-10), como lo señaló reiteradas veces en su cartas (1 Corintios 9:1; 15:8; Gálatas 1:11-12, 2:8) y lo expresaría ante el rey Agripa más adelante (Hechos 26:12-18). La descripción del acontecimiento nos muestra a un Pablo que se mueve de un extremo a otro, del orgullo étnico que poseía, a la humillación de caer al piso de su caballo frente al resto del convoy que le acompañaba (Hechos 9:4), de la seguridad y autocontrol de sí mismo, a quedar completamente confundido y perdido (9:5), de ser un hombre acostumbrado a dar órdenes, a tener ahora que recibirlas (9:6), de poseer una gran fortaleza y un espíritu indomable, a encontrarse repentinamente vulnerable y dependiente de otros para su orientación y cuidado (9:8). Son situaciones contrastantes en este encuentro de Pablo con Jesús, pero que no explican totalmente cómo el celoso judío que había sido hasta ese momento, al salir de Damasco, se convertiría en *testigo ante toda persona de lo que había visto y oído* (22:15). El Saulo que iba de sinagoga en sinagoga encarcelando y azotando a los seguidores de Jesús, tenía ahora que redireccionar todo el celo, energía y convicción que había usado hasta ese entonces, para llevar a cabo una nueva misión apostólica basada en el mensaje de la gracia de Dios que posee el evangelio del reino:

... seguía creyendo que el mensaje del Dios verdadero estaba por encima de los dioses falsos. Seguía creyendo que la mayoría de los judíos eran desleales al Dios verdadero, y se les tenía que volver a la verdad. Pero la verdad, ahora, era la verdad cristiana. El celo de Pablo que le empujaba a enfrentarse a los paganos con el mensaje del Dios verdadero como estandarte, y la crítica que hacía a sus compatriotas judíos como resultado de dicho enfrentamiento, seguía teniendo la misma forma que el celo de Saulo de Tarso. Pero el Dios por el cual Pablo lucha es un Dios visto bajo una perspectiva diferente.¹⁰⁷

Es esa nueva perspectiva de Dios lo que va a dominar su mensaje renovado. A partir de allí iba a hacer todo lo posible para que los gentiles conocieran al Señor, al *kirios*, representado en Jesús y trabajaría con ahínco para que los judíos aceptaran al verdadero Mesías cuya identidad había sido confirmada por la resurrección de Jesús de la

¹⁰⁷ Wright N.T., *Op. Cit.*, pp. 91

cual era testigo (Romanos 1:4). Por eso se hizo judío con los judíos y gentil con los gentiles. Por eso arriesgó tantas cosas, por eso regresó a Jerusalén, ya que el anhelo de su corazón era que los israelitas llegaran a ser salvos (Romanos 10:1), por eso iba camino a España, pues quería predicar a Jesús donde su fundamento no hubiese llegado aún. Bajo estas premisas podemos entender mejor sus palabras:

Todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero como pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo y encontrarme unido a él... Lo he perdido todo a fin de conocer a Cristo, (y) experimentar el poder que se manifestó en su resurrección... (Filipenses 3:7-11)

En términos de la misión imparables, lo que notamos es que Pablo convierte cada encuentro con gente prominente, cada instancia de juicio, cada conflicto o situación riesgosa en una oportunidad para testificar del evangelio. Podemos ver cómo Pablo resalta la misión en cada ocasión que le es propicia, en algunos casos con consecuencias negativas como abuso físico, retardos procesales, burlas, juicios amañados, y encuentros con personalidades. Son oportunidades para innovar, para desarrollar una teología de la misión que se va a expresar en sus escritos. Finalmente logra ser trasladado a Roma y después de un tortuoso periplo se le dio casa por cárcel. Mientras esperaba por el momento de presentarse ante el tribunal imperial, a Pablo vivía en una casa alquilada que era custodiada por un soldado romano (28:16). Como no podía asistir a la sinagoga, convocó a los judíos a que se reunieran con él para hablarles del mensaje del reino de Dios. Durante un día entero les habló y explicó todo lo referente acerca de la llegada del reino por medio de Jesús, usando todos los recursos disponibles en las Escrituras. Pero, como ya le había ocurrido en numerosos lugares, la mayoría judía no fue receptiva al mensaje. Ante los testigos allí presentes reafirmó una vez más, que se abocaría a alcanzar a los gentiles pues ellos si estaban dispuestos a escuchar el mensaje de salvación en Cristo (Hechos 28:28).

Su casa en Roma fue abierta para continuar compartiendo, conversando, dialogando acerca del mensaje del reino con los que le visitaban durante un lapso de tiempo de dos años. Además, formó allí un equipo de trabajo integrado por (Colosenses 4:7-14): Tíquico; Onésimo un esclavo que también había estado preso en Roma; Aristarco, otro preso; Marcos, el primo de Bernabé y quien en sus años mozos había abandonado el equipo de Pablo; otro judío llamado Jesús el Justo; Epafras que era de Colosas; Lucas, el médico escritor del libro de los Hechos y quien narra estos últimos capítulos en primera persona; y Demas quien colaboró fielmente hasta que le abandonó para irse a radicar a Tesalónica (2 Timoteo 4:10). Igualmente se aboca a la escritura, produciendo en su cautiverio las cartas a los Colosenses, Efesios, Filipenses y la de Filemón. La prisión, lejos de deprimir a Pablo, lo llevó a una reflexión más profunda y a prepararse para varios años más de misiones y plantación de nuevas iglesias. La reclusión de la que fue objeto, algo que usualmente parece incapacitar para la misión, es creativamente transformada en un centro estratégico de plantación de iglesias en la Europa ocupada por el Imperio Romano. Desde esa simple casa:

... Pablo dirigía los esfuerzos de la iglesia por alcanzar el Imperio con el evangelio, al escribir muchas de las cartas que ahora forman parte del Nuevo Testamento. Expandiendo y fortaleciendo a esa iglesia que eventualmente enfrentaría la persecución romana. Así que, con la protección y apoyo del Imperio, condujo un instituto bíblico (Filipenses 1:12-14). Hizo relaciones con miembros de la guardia pretoriana (la elite responsable de la custodia del emperador), quienes le servían, los prisioneros que estaban a su alrededor, así como con varios de los soldados quienes se convirtieron a Cristo, lo que llevó a plantar una iglesia en las barracas del palacio del César. También, entre la servidumbre del César se formó una congregación cristiana. De esta manera, Pablo aprovechó sus prisiones para edificar una poderosa iglesia bajo el apoyo de la propia Roma.¹⁰⁸

Independientemente de todos los detalles históricos que se encuentran dentro de la narrativa que Lucas hace en estos pasajes del libro de los Hechos, es necesario recalcar la vocación evangelística de Pablo y de quienes le acompañaban. En un espacio de tiempo que abarca casi unos cinco años, Pablo testifica a toda clase de personas, comenzando por

¹⁰⁸ Linthicum R., "The apostle Paul's acts of power", Gallagher P. y Hertig P., *op. Cit.*, pp. 310

sus rabiosos parientes judíos en Jerusalén, las autoridades religiosas del judaísmo de la época, familias reales de origen hebreo, judíos emigrantes en la capital del Imperio, funcionarios romanos que tienen que juzgarlo, soldados, centuriones, y hasta guardas pretorianos en Roma, presos camino a ser procesados, paganos de la isla de Malta, la servidumbre del palacio del César, y cualquiera que quisiera visitarle y conversar con él y su grupo en la modesta casa que alquiló en el barrio asiático de la gran capital imperial. Éste era un vecindario lleno de forasteros e inmigrantes, donde no había aún comunidades cristianas y allí dialogaba con judíos, romanos, griegos, africanos, asiáticos o cualquiera que fuese contactado por su equipo, quienes se *atrevían a anunciar sin temor la palabra de Dios* (Filipenses 1:14) en las calles de Roma¹⁰⁹. Ni siquiera las prisiones detuvieron el ímpetu por alcanzar a hombres y mujeres con el mensaje de salvación, por el contrario, ello más bien había contribuido con *el avance del evangelio* (Filipenses 1:12). A sus cerca de sesenta y tres años de edad, seguía manteniendo el mismo celo por comunicar el reino de Dios y enseñar acerca de Jesucristo que había recibido en el camino a Damasco muchos años antes.

Tal descripción de la característica misional y apostolar de aquellos primeros cristianos representa un desafío para la iglesia contemporánea. Nos encontramos en un mundo plural en el que bullen numerosas perspectivas y creencias y que se convierte en una arena emocionante para anunciar *sin temor alguno* el mensaje del reino. ¡Qué bueno sería que la iglesia tuviera sus puertas abiertas al diálogo, tal y como lo estaban las de la humilde vivienda de Pablo en Roma! Pero, contrariamente, hemos hecho demasiado énfasis en promover o vender un producto o en tratar de construir algo en nuestras propias fuerzas, o bien hemos querido reclutar adeptos a una causa. Ese concepto de “recibir a todos” los que quieran conocer las bondades de la vida en el reino, que aplicaba la comunidad paulina de Roma, está en la línea del evangelismo como invitación a un compañerismo espiritual, que con el evangelismo como metodología o procedimiento diseñado para la obtención de resultados, medidos en número de declaraciones de fe. Esta es una humilde manera de predicar el mensaje y de testificar que los cristianos:

¹⁰⁹ Bakke Raymond, *Misión Integral en la ciudad*, Kairós, Buenos Aires, Argentina, 2002, pp. 106

... como cualquier otra persona, están hambrientos de la esperanza por la existencia de un Dios que reine en amor y que quiera lo mejor para la tierra entera. La comunidad de la iglesia testificaría que han escuchado que ese reinado está viniendo, es más, que ciertamente ya ha irrumpido en el mundo. Confirmarían que han escuchado que la invitación está abierta para recibir ese reino diariamente, por tanto también convidarían a otros a unírseles dentro de ese llamado amoroso de Dios. Para quienes acepten la invitación, la iglesia colaboraría en su proceso de entrada en el reino de Dios, y continuaría caminando con ellos como compañeros en ese peregrinaje espiritual. Este es el camino para la renovación del corazón de la iglesia y su evangelismo¹¹⁰.

Sin duda que la expresión: *me hice todo para todos a fin de salvar a algunos* (1 Corintios 9:22) resume bastante bien la mentalidad del apóstol Pablo en su deseo de hacer cumplir el mandato de Hechos 1:8 que rige a la misión imparables. Es el combustible que alimenta los esfuerzos de mi amigo en el barrio en Medellín y mi amiga manejando su carro en las peligrosas carreteras venezolanas, pero también es el de Juan tratando de traer paz entre los malandros de Caricuao en Caracas, de Nora y Judith entre las familias de Los Teques, de Jackie Pullinger con los drogadictos en Hong Kong, y muchos otras personas que mantienen la misión imparables viva. Esa expresión de Pablo es una frase que ayuda a activar la iglesia misionales. Es un motor para la innovación y la creatividad en la misión, para que la iglesia no se quede auto-contenida, formando una especie de subcultura donde sus miembros se sienten seguros, pero sin tomar los riesgos que se requieren para cumplir la misión imparables.

¹¹⁰ Guder Darrel (editor), *Missional Church*, Eerdmans Publishing, Grand Rapids-Michigan, USA, 1998, pp. 97

Innovación y Resistencia al Cambio

En el mundo de los negocios existe lo que se denomina la *innovación disruptiva*, en la cual las organizaciones van realizando cambios progresivos en sus productos y servicios hasta que se produce una transformación brusca que rompe con los paradigmas existentes. Esto fue lo que ocurrió con *Ushahidi*¹¹¹, una plataforma computacional que fue lanzada por primera vez en 2008 para servir de documentación de los abusos que se estaban cometiendo con la población después de las elecciones de Kenia. Esa primera versión fue creada en menos de dos semanas por programadores que estaban en diferentes localidades del mundo y a partir de allí comenzó a ser usada en otros lugares donde había situaciones de conflictividad política.

Dicha plataforma se convirtió en una innovación disruptiva cuando en enero de 2010 fue puesta en funcionamiento apenas unas horas después del desastroso terremoto de Haití. Hasta ese momento toda información que se manejaba en desastres naturales tenía que provenir de enviados especiales de las organizaciones de rescate, usualmente asociadas a grupos internacionales certificados. Pero el terremoto de Haití fue tan devastador que no había forma de llegar a los lugares pues las carreteras habían desaparecido, los canales regulares de comunicación se habían roto y todas las fuerzas gubernamentales que podían responder con celeridad se encontraban dispersas y acéfalas. Pero quedaban los teléfonos celulares y los ciudadanos comunes y corrientes dispersos en los sitios donde habían heridos, atrapados, huérfanos, necesidades de provisiones. Las llamadas de esos teléfonos y sobre todo los mensajes de texto se comenzaron a coleccionar en la plataforma *Ushahidi*, y fue ese sitio en Internet el que sirvió como referencia para las operaciones de rescate durante las siguientes semanas.

A partir de ese momento se comenzó por primera vez a usar información generada en el lugar del desastre y suministrada por el ciudadano común para coordinar y guiar operativos de gran magnitud en situaciones como huracanes, terremotos, guerras civiles, incendios, tsunamis y otras situaciones extremas. La solución cambió los paradigmas que existían radicalmente. La información sobre emergencias y desastres de gran magnitud ya

¹¹¹ Mora F. (2011) *From the bottom up: Empowering crowds to map a crisis. A case study of Ushahidi Inc. (Nairobi-Kenya)*. ECCH: The case for learning, Case # 912-019-1. www.ecch.com

no estaba centralizada y dominada por la burocracia de las agencias internacionales o los organismos de los estados. Todo lo contrario, los eventos eran documentados con los recursos que las personas en sus comunidades disponían, a través de mensajes de texto, de fotos, videos, correos electrónicos, Facebook, Twitter y cualquier otro formato comunicacional de libre acceso y la historia de cómo se responde y documentan los desastres cambió radicalmente. Es una metáfora para la iglesia que habla constantemente del sacerdocio de todos los creyentes pero que continuamente termina centralizando todo en unos pocos que son los que terminan haciendo el trabajo de forma profesionalizada. O de la iglesia que pretende atraer a las personas como consumidores pasivos dentro de grandes auditorios en lugar de empoderarles y enviarles a plantar pequeñas comunidades del reino en todos los grupos sociales y lugares geográficos pensables. Es pasar del control y la rigidez, del dominio del predicador, de las denominaciones a una forma de iglesia abierta o líquida donde las expresiones locales de la misión imparables cobren un valor extraordinario.

A través del libro de los Hechos vemos como el Espíritu Santo produce constantemente estas disrupciones o cambios bruscos que obligan a realizar transformaciones que desafían el status quo de la naciente iglesia. Salir de Jerusalén no fue fácil, extenderse por el resto del mundo conocido implicó muchas innovaciones en el pensamiento, la teología, la práctica y hasta en las personas envueltas en la tarea misionera. De la misma forma, pienso que la iglesia misional representa un invernadero de cambios disruptivos en la iglesia cristiana. Las ideas de encarnarse en territorios, culturas y comunidades donde el mensaje de Cristo ha perdido su fuerza o es inexistente, de formar pequeñas comunidades del reino frente a los ideales hegemónicos de las megaiglesias, de iniciar movimientos que afecten comunidades y naciones, de experimentar nuevas estructuras organizativas, de proveer formas de participación para todos, de crear ingeniosas formas de comunicación y relacionamiento, son motivadores excepcionales para la innovación en la misión. Sin embargo, creo que la motivación de todo esto no es simplemente la curiosidad o la rebeldía, sino una pasión que consume y que se resume en la frase del apóstol Pablo con que comenzamos el capítulo anterior, en la que expresa su ardiente deseo de *“predicar el evangelio donde Cristo no sea conocido”*,

Sin embargo, existe la tentación en los grupos misionales de volverse hipercríticos ante la iglesia más tradicional o convencional. Especialmente por la impaciencia que produce la falta de diálogo con el mundo¹¹², por ver a la iglesia encerrada en cuatro paredes, y percibirla como muy distraída en reuniones y eventos, muy sofisticada, poco comprometida con temas relativos a la justicia y la ecología, entretenida con el perfeccionamiento de sus estructuras. Generalmente, quienes se encuentran plantando iglesias misionales terminan por limitar sus relaciones con aquellos menos envueltos en la misión imparabla, pues sus prioridades y prácticas comienzan a diferir y a distanciarse. Se pierden así oportunidades de relación para que la iglesia como un todo sea animada una vez más para el cumplimiento de la misión.

En su retorno a Jerusalén, previo al viaje a Roma, Pablo nos muestra la interacción entre esa iglesia que está surgiendo en el campo de la misión, esparcida en las diversas ciudades del Imperio, y la creciente comunidad de creyentes de Jerusalén, mucho más consolidada y tradicional. La primera dedicada a la búsqueda de nuevos frentes donde anunciar el mensaje, pero a la vez muy incipiente, libre de estructuras y normas pesadas. Mientras que la otra, que seguía siendo una referencia para el cristianismo por sus vínculos directos con el ministerio de Jesús, pero que, a causa de cuestiones culturales y ceremoniales, estaba muy limitada en cuanto a su capacidad para tomar riesgos misionales, particularmente entre los gentiles. A pesar de sus extraordinarios inicios y crecimiento numérico, poco a poco iba haciéndose más irrelevante pues no se diferenciaba mucho del judaísmo que la rodeaba, incluso adoptando su legalismo a través de los sacerdotes que se habían unido al grupo cristiano que los apóstoles dirigían¹¹³. Por el contrario, Pablo y sus acompañantes representaban el movimiento verdaderamente disruptivo de plantación de iglesias que surgió a partir de la comunidad de Antioquía, pues representó un cambio radical de manera de pensar, implicó el desarrollo de una nueva teología, de una nueva iglesia, que nació a partir de un nuevo concepto, que se puede definir simplemente como: *el derrumbamiento de la pared divisoria entre judíos y gentiles* (Efesios 2:11-19).

¹¹² Tomlison Dave, *The postevangelical*, Triangle, Londres, Reino Unido, 1995, pp. 2-5

¹¹³ Cole, N. (2010). *Op. Cit.*, pág. 100-105

De la misma forma, las disrupciones que produce el Espíritu Santo en las iglesias a lo largo de la historia y en sus nuevas versiones contemporáneas, se caracterizan por su creatividad, energía, y por la innovación de la misión de acuerdo con las características de las comunidades que están siendo penetradas con el mensaje¹¹⁴. Pensemos por un momento si la tarea misionera se enfocara en la inmensa cantidad de problemas y situaciones que vivimos en cuanto a pobreza, salud, vivienda, seguridad, alimentación, ambiente, aparte de otros temas como la necesidad de comunidad, de relación, de confianza, incluso de amistad. Extrapolemos por un instante lo que todo esto significa en cuanto a prácticas y formas de la vida cristiana, y más aún en lo que respecta al desarrollo del pensamiento teológico. Todo lo anterior termina por producir una nueva eclesiología que nace de la misión, una manera completamente distinta de ser y hacer iglesia. Esa era la experiencia de Filipos, Atenas, Corinto, Éfeso y regiones circunvecinas donde unos atrevidos misioneros sin manuales, estructuras, o normas, pero si experimentando y arriesgando mucho, impactaron las ciudades donde llegaron con el mensaje y la vida del reino. El problema es que estas nuevas iglesias y comunidades del reino constituirán novedosas expresiones que contrastarán mucho con lo conocido, con las costumbres, con las interpretaciones habituales de las escrituras.

Ray Anderson señala que mientras que la iglesia de Jerusalén evolucionaba a partir de las prácticas judías, las iglesias que emergían en el mundo gentil nacían a partir de transformaciones radicales en relación a la cultura hebrea y sus tradiciones, lo que producía un nivel de discontinuidad o disrupción muy alto, bastante difícil de manejar:

Los cambios de primer orden constituyen modificaciones dentro de una misma manera de comportarse como respuesta a un nuevo ambiente o a un estímulo. Por lo tanto, poseen un alto grado de continuidad en el proceso de transición. La iglesia de Jerusalén, a pesar del “momento” vivido en Pentecostés, rápidamente incorporó este evento dentro de un movimiento que poseía un alto grado de continuidad en relación a la tradición de los doce. Poseía su mismo código genético para usar una expresión contemporánea, proyectando el pasado histórico hacia el presente... Los cambios de segundo orden, por el contrario, producen un nuevo sistema y una nueva manera de actuar más que un nuevo

¹¹⁴ Roxborough A, y Romanuk F., *The missional leader*, Jossey-Bass, San Francisco-California, USA, 2006, pp. 41-45

comportamiento dentro del mismo sistema. Durante la transición, el nivel de discontinuidad es muy elevado. Los cambios de primer orden parecieran basarse en el sentido común, mientras que los de segundo orden lucen extraños, inesperados y llenos de paradojas. En los cambios de segundo orden hay menos extrapolación acerca del pasado, sino un intento de reestructurar el presente en términos de las metas esperadas¹¹⁵.

A partir de estas consideraciones, es relativamente sencillo intuir el antagonismo que podía existir entre la iglesia de Jerusalén y el pensamiento paulino, especialmente en relación a la nueva visión cristiana en la que se veía a judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres como iguales en Cristo, lo que hacía que en las nuevas iglesias, cualquier asunto referente a rituales o consideraciones especiales por causa de la ascendencia hebrea fuese relegado a un segundo plano o a considerarlo como irrelevante:

... el veía el final de la ley con la venida de Cristo. Su enseñanza a menudo se distanciaba radicalmente de la convencional teología e interpretación bíblica judaicas. Se exasperaba al ver la ceguera judía ante el cumplimiento de las profecías, Se molestaba con aquellos que ponían restricciones judías a su mensaje y sus amigos... sabía que no necesitaba de la aprobación de los líderes de Jerusalén ni de los apóstoles.¹¹⁶

A pesar de todo lo que Dios está haciendo en medio de los gentiles, la crítica no se hace esperar, pues los tradicionales o ortodoxos reclaman que los judíos cristianos en esas iglesias gentiles han aprendido a adaptarse a las nuevas comunidades, comenzando a tratar como opcionales algunas de las cosas que la ley colocaba como obligatorias¹¹⁷. Lo que los líderes de Jerusalén veían con temor era el hecho que esta práctica podía cundirse allí y en el resto de las iglesias de Judea, las cuales se habían multiplicado considerablemente, con la consecuente pérdida del prestigio de los judío-cristianos ante los celosos cumplidores de la Torá de la comunidad hebrea de aquella ciudad. El razonamiento de Pablo de hacerse judío con los judíos, gentil con los gentiles, y débil con los débiles, entra en juego por el bien de la misión imparables. Su visita a Jerusalén era el

¹¹⁵ Anderson Ray, *An emergent theology for emergent churches*, Intervarsity Press, Downers Grove-Illinois, USA, 2006, pp. 22-24

¹¹⁶ Strom Mark, *Reframing Paul*, Intervarsity Press, Downers Grove-Illinois, USA, 2000, 76-77

¹¹⁷ Bruce F. F., *The book of the acts*, Eerdmans Publishing, Grand Rapids-Michigan, USA, 1988, pp. 406

tiempo de hacerse judío y anunciar el reino de Dios a los de su propia familia. Para lograrlo, demuestra un deseo de conciliación y un amplio espíritu de tolerancia, actuando dentro de lo que podríamos denominar una ética misional:

...estaba preparado para someterse a ciertos rituales de purificación con el fin de pacificar los escrúpulos judíos. Quizás Santiago se había excedido un poco al abrigar la esperanza de que Pablo viviera en completa obediencia a la ley en todos los aspectos de su vida (Hechos 21:24), si es que acaso eso fue lo que trató de expresar. Pablo estaba dispuesto a hacerlo en ciertas y determinadas ocasiones, para evangelizar, por ejemplo, o como aquí, por el bien de la solidaridad judío-gentil. De acuerdo con sus convicciones las prácticas culturales judías pertenecían a esa clase de asuntos que le eran indiferentes, de los que ya había sido liberado, los cuales practicaría o no, de acuerdo con las circunstancias.¹¹⁸

De la misma manera que los cristianos de Jerusalén perdían la paciencia muy rápidamente con el crecimiento orgánico de la iglesia en el resto de la cuenca mediterránea, hoy por hoy, la iglesia más tradicional, se ve a veces confundida por la tendencia muy marcada hacia descentralización, horizontalidad, flexibilidad, libertad, responsabilidad comunal, actitud relacional, naturaleza participativa, capacidad de penetración, sensación de caos e innovación teológica que la iglesia misional propone y demuestra algunas veces. Todo lo anterior simplemente magnifica la incertidumbre, mientras que la iglesia establecida, convencional, ha hecho todo lo que está a su alcance para no dejar huecos y controlar las situaciones, dándole respuesta a todas las variantes posibles. Así como los líderes judío-cristianos de Jerusalén pensaron con candidez que un ritual purificador produciría algún cambio, o traería algún control sobre el indómito Pablo y sus amigos gentiles, muchas veces se intenta regular o limitar lo que es válido o no de las novedosas y a veces irreverentes estrategias misionales de la iglesia contemporánea, creándose más conflictos y luchas que merman la pasión por la misión imparabable.

Roxborough y Romanuk se refieren a esta fase de la iglesia como la *zona reactiva* en la cual los líderes enfrentados con una situación de discontinuidad, se ven confundidos y ansiosos, viendo que las reglas o normas que antes funcionaban muy bien ya no

¹¹⁸ Stott John, *The message of Acts*, Intervarsity Press, Leicester, Reino Unido, 1990, pp. 342

responden ante las nuevas crisis que se presentan. En esos casos, en lugar de tratar de entender la situación y buscar soluciones más creativas, la respuesta típica de la iglesia reactiva es tratar de imponer medidas regulatorias que le permitan recuperar el control perdido¹¹⁹. Eso es exactamente lo que tratan de hacer con Pablo en Jerusalén, lo cual podría producir a corto plazo la reducción de la ansiedad y el estrés de los líderes, pero no significaba absolutamente nada en cuanto al futuro de la misión imparables. Como se demostró a lo largo de la historia, las iglesias que surgían dentro de las grandes ciudades del Imperio continuarían adelante con su vida misional, tratando de alcanzar a judíos, gentiles, libres, esclavos, mujeres u hombres con el evangelio del reino de Dios y finalmente se convertirían en los referentes primarios del cristianismo hasta que se produce la institucionalización de la iglesia con Constantino.

Hoy por hoy cuando nos enfrentamos a un cambio cultural masivo en el cual las referencias previas se han modificado o bien no existen, precisamos del surgimiento de una iglesia misional que tome riesgos, que experimente, que sea creativa, no importa que la innovación sea disruptiva. Se habla insistentemente de la misión urbana, especialmente entre los millones de pobres latinoamericanos, así como de plantar iglesias con características muy adecuadas a los contextos ciudadanos, usando los hogares como base y aprovechando las redes relacionales existentes. A la par de todo esto también se observa el incremento de la espiritualidad en todas sus expresiones y la aparición de nuevas religiones. También nuevas formas de pensar han brotado en medio de la postmodernidad, haciendo que el cristianismo pase de la posición de poder social que poseyó por más de 17 siglos, a ser una opción más dentro de un creciente abanico de posibilidades. Quizás sea la hora para un verdadero y floreciente movimiento misional, del cual desconocemos las formas que tendrá exactamente, pero así como en Antioquía hubo que experimentar y atreverse a ir a quienes no conocían el evangelio, habrá que hacer lo mismo en estos tiempos con muchísimos grupos sociales de esta civilización líquida, para que la misión pueda seguir imparables hasta los confines de la tierra.

¹¹⁹ Roxborough A, y Romanuk F., *Op. Cit.*, pp. 51

Acerca del Autor

Fernando Mora nació en Maracay (Venezuela) en 1953. En 1970 comenzó sus estudios universitarios en la Universidad Simón Bolívar de donde se graduó en 1975 con el título de Ingeniero Electrónico. Fue becario de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho en Sacramento-California (USA) donde hizo estudios de postgrado en Ingeniería Biomédica, los cuales completó con un doctorado en el área, otorgado por la Universidad de Tours (Francia) en 1991. En 1978 recibió a Cristo y comenzó su proceso de crecimiento cristiano junto con su esposa Nora Méndez. En 1984 inicia su labor ministerial en una pequeña congregación de la ciudad de Los Teques. En 1987 se unen a un grupo que había iniciado lo que más adelante sería la Comunidad Cristiana la Viña de Los Teques y que en aquellos tiempos era conocida como Comunidad de Vida Cristiana (CVC). En el año 2000 inician la plantación de La Viña de San Antonio de Los Altos de la cual salen en el año 2005 para tratar de plantar una red de iglesias caseras, experimento éste que duró hasta el año 2009. En 1998 Fernando funda junto con Enrique García el ministerio Zapatos Nuevos con la intención de ministrar a personas con problemas relacionales y sexuales, esta labor intensa se solapó con la plantación de la iglesia de San Antonio. En 1996 comienza el relacionamiento formal con la Asociación de Iglesias Viña de la cual se hacen miembros en 1998. A partir del 2003 y hasta finales del 2007, Fernando se desempeñó como coordinador de misiones y plantación de iglesias de La Viña para América Latina, habiendo tenido que visitar iglesias y trabajar con líderes en todo el continente. Desde 1979 y hasta el 2001 Fernando fue profesor titular de Ingeniería Biomédica de la Universidad Simón Bolívar habiendo sido co-fundador del Grupo de Bioingeniería y Biofísica Aplicada, de la Maestría en Ing. Biomédica y del programa doctoral. Entre 2009 y 2012 trabajó a tiempo completo en la Universidad de St. George's Grenada en la creación de sus programas on-line de gerencia y liderazgo. Actualmente se dedica a la escritura en diversos temas y al mentoreo de una nueva generación de líderes en varios campos, especialmente la iglesia cristiana. Fernando y Nora tienen cuatro hijos que destacan en sus labores de innovación y emprendimiento en la educación, las artes y el deporte. También tienen dos nietos que han alegrado esta etapa de sus vidas. Por lo pronto su vida está compartida entre Carrizal, San Antonio de Los Altos y Mérida.